

Malditas

Una estirpe

transfeminista

txalaparta

Itziar Ziga



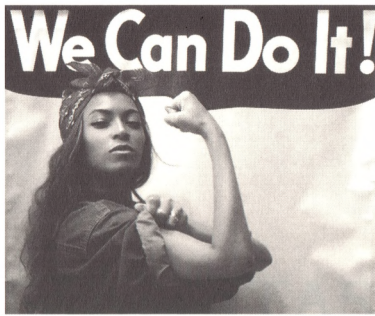




Ishtar fue la gran diosa babilónica del amor y de la guerra, adorada por el pueblo y por sus sacerdotisas, prostitutas y travestis sagradas. Sumeria conquistó Jerusalem, por ello la historia judía demonizaría a Ishtar y a las serpientes que la acompañaban. Trataron de insultarla llamándola La Gran Ramera y La Puta de Babilonia. Hermana de otras divinidades antiguas como Lilith, Astarté, Inanna, Anahit, Ixchel, Isis, Tanit, Cibele, ... que fueron sepultadas por la imposición del mono-teísmo patriarcal, contra cuyas devastadoras consecuencias luchan todas las malditas que pueblan este libro. Se dice que las vírgenes negras son mutaciones sincréticas de Ishtar. Hace años me contaron que Itziar viene de Ishtar. Ya sé lo que la etimología vasca opina sobre el tema, pero Ella se ríe desde mis entrañas.

La idea de ilustrar esta portada con tan mítica maldita fue de María Perkances. Debió susurrársela alguna hora violeta nuestra Andra Mari, vestida de rojo, surcando los cielos en su carro dorado.

Malditas



Itziar Ziga

**MALDITAS
UNA ESTIRPE
TRANSFEMINISTA**



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, septiembre de 2014
TERCERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, octubre de 2016

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DE LOS TEXTOS: Itziar Ziga

EDITORIAL TXALAPARTA, S.L.L.
San Isidro 35, 1. A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tel. 948 703 934
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.eus

DEPÓSITO LEGAL
NA. 1592-2014

ISBN
978-84-15313-93-9

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
Gráficas Iratxe
Polígono Agustinos, calle M, 5
31160 Orkoien - Navarra



**Para Eukene Hernández Arrieta, por llevarme
volando por las carreteras del infierno...
Graxianarengana.**

YO NO SOY HIJA DE BETTY FRIEDAN

El feminismo no es uno, sino que en su composición puede ser comparado con una gota de mercurio que estalla y se pluraliza, pero que guarda dentro de sí una composición que le permite multiplicarse, separarse y volver a unirse por medio de alianzas.

SAYAK VALENCIA

Hablar del fin de la historia no es sino una excentricidad del pensamiento saciado por el exceso de bienestar, y que, como elaboración caprichosa no puede traspasar los límites de la teoría mesiánica ni las fronteras del viejo mundo.

SERGIO RAMÍREZ

FEMINIST

BEYONCE

DEMASIADAS VECES EN MI VIDA he escuchado que la publicación de *La mística de la feminidad* de Betty Friedan en 1963 provocó tal impacto en las conciencias de las alienadas amas de casa estadounidenses que prendería la mecha del feminismo contemporáneo. Como escritora, no deja de maravillarme que se atribuya a un libro el poder de detonar una revolución. Y de mosquearme. Pero ¿qué potente revulsivo contienen esas páginas capaz de despertar a toda una generación de bellas durmientes?, ¿de verdad el inmenso movimiento feminista occidental posterior a la Segunda Guerra Mundial lo emprendieron las mujeres más privilegiadas?, ¿qué hacían mientras tanto las obreras, las lesbianas, las negras, las chicanas, las putas, las transexuales, las madres solteras, las monjas, las

desempleadas?, ¿no luchaban contra su propia y específica opresión?, ¿no aportaron nada al feminismo?

La mayor prueba de que el feminismo que promovía Betty Friedan es blanco, burgués y heterosexual no está en *La mística de la feminidad*, ni siquiera cuando afirma «no podemos seguir ignorando esa voz que desde el interior de las mujeres dice: quiero algo más que un marido, unos hijos y una casa». Porque, en su contexto estadounidense, ¿quién iba a cuidar del marido, los hijos y la casa de esa mujer que por fin había encontrado una salida a su asfixiante burbuja doméstica? Sin duda, una explotada criada chicana o negra. Aún y todo, Betty Friedan no demostró tan inequívocamente que el feminismo que ella promovía era el de las mujeres privilegiadas cuando escribió, sino cuando actuó. Cuando se opuso como líder de la megaorganización now en 1969 (el año de la revuelta de Stonewall, nada menos) a que la agenda del emergente movimiento de mujeres incluyera la visibilidad de las lesbianas y advirtió que serían «la amenaza lila» para el feminismo.

¡Cuán equivocada estabas, Betty, las bolleras somos el motor, las abejas obreras del activismo feminista! Y llevamos décadas batallando por reivindicaciones prioritarias que no nos conciernen vitalmente (denunciar la violencia machista dentro de las parejas y familias heterosexuales, despenalizar el aborto¹, conciliar el trabajo doméstico con el profesional ya que el maromo que no tenemos en casa se niega a asumir como suyas las labores que sostienen un hogar y a sus habitantes) porque hemos aceptado que,

1.- En la marcha feminista grandiosa contra la Ley Gallardón del 5 de abril de 2014, en Iruñea, había una pancarta que me arrebató: LAS LESBIANAS ABORTAMOS CADA VEZ QUE FOLLAMOS.

siendo minoría dentro del colectivo de mujeres, nuestras luchas no pueden ir primero. Y así pasaron cinco décadas...

Ahí esta la trampa, cuando el feminismo con la excusa de no perderse ni dispersarse por el camino, solo atiende a la opresión de género. Porque, ¿quienes son las mujeres a las que solo afecta la opresión de género? Las blancas, heterosexuales, burguesas, pertenecientes a un pueblo no colonizado, diagnosticadas como mujeres al nacer y cuyas capacidades funcionales cumplen con la norma. Ellas sí que son minoría, una minoría socialmente privilegiada. Y algunas de estas mujeres de esta minoría privilegiada (no todas, por supuesto, sería terriblemente injusta si generalizo en esto) han tratado de erigirse muchas veces como líderes y han escrito la historia del feminismo a su imagen y semejanza. Una historia que he escuchado demasiadas veces, que todo volvió a empezar con Betty Friedan.

Al calor del proyecto de ley que pretende limitar y penalizar más la autonomía reproductiva de las mujeres en todo un conjunto de territorios llamados por la fuerza España, he escuchado en varias ocasiones que el movimiento feminista bien podría volver a aglutinarse en torno a la defensa del aborto. ¿Y por qué no nos aglutinamos esta vez como feministas para exigir todas juntas la despatologización de la transexualidad, la derogación de la Ley de Extranjería, que las viudas cobren el 100% de la pensión del marido para salir de la miseria y las mujeres con alguna discapacidad una renta que les permita no ser las siervas cautivas de sus familias, que las presas no cumplan las condenas lejos de sus hogares y no se les arrebaten sus criaturas a los tres años, la eliminación inmediata de las últimas reformas laborales que agudizan la feminización de la pobreza y de todas las normas que permiten el acoso

policial a las trabajadoras del sexo? Aunque solo sea para variar. Puestas a aglutinarnos, demandas urgentes y vitales no nos faltan.

Intenta imaginar solo por un instante una gran confluencia de corrientes y colectivos feministas sumando fuerzas durante al menos un año por cualquiera de las reivindicaciones que he propuesto. Imagina. Sabes perfectamente que algo así no va a suceder ni de coña. Sin embargo, el aborto concentra multitudes feministas (afortunadamente). Nuestras agendas políticas siguen siendo mucho más rígidas de lo que a veces queremos creer.

El argumento más utilizado para que las prioridades feministas sean aquellas que combaten solo la opresión de género es que el sexismo afecta a todas las mujeres y no así el racismo, el clasismo, la lesbofobia, la transfobia, el capacitismo, el colonialismo... Pero a estas alturas de la jugada, ya deberíamos haber aprendido que un feminismo que solo haga frente al sexismo será siempre privilegiado y reforzará todas las demás opresiones. Luchar solo contra el sexismo no nos une, sino que nos aleja, nos centrifuga, nos jerarquiza. Y en esta emboscada se encuentra paralizado demasiadas veces el movimiento de mujeres. Reconocer esto no solo me cabrea, sobre todo me desilusiona, me duele.

Aún y todo, explicado así llega a parecer que ese feminismo que pretende ser troncal y por ello solo atiende a la opresión de género para (des)unirnos a todas, encumbra casi sin querer los intereses de las mujeres más privilegiadas. No nos engañemos, no todo es tan inocente. Una tarde aciaga escuché afirmar a Celia Amorós que el relativismo era el suicidio político del feminismo. Y después se despachó largo rato contra el uso del hyjab, uso o desuso que concierne a un colectivo de mujeres al que ella no

pertenece y que está situado en las jerarquías sociales por debajo del colectivo al que ella sí pertenece. Hasta llegó a despreciar la postura respecto al tema (dispar a la suya) de Fatima Mernissi por tratarse de una mujer económicamente acomodada. ¡Qué valor! Aquella tarde comprendí que el relativismo para Celia Amorós era que alguien no estuviera de acuerdo con ella. Y volví a toparme de frente con el Feminismo del Gran Poder.

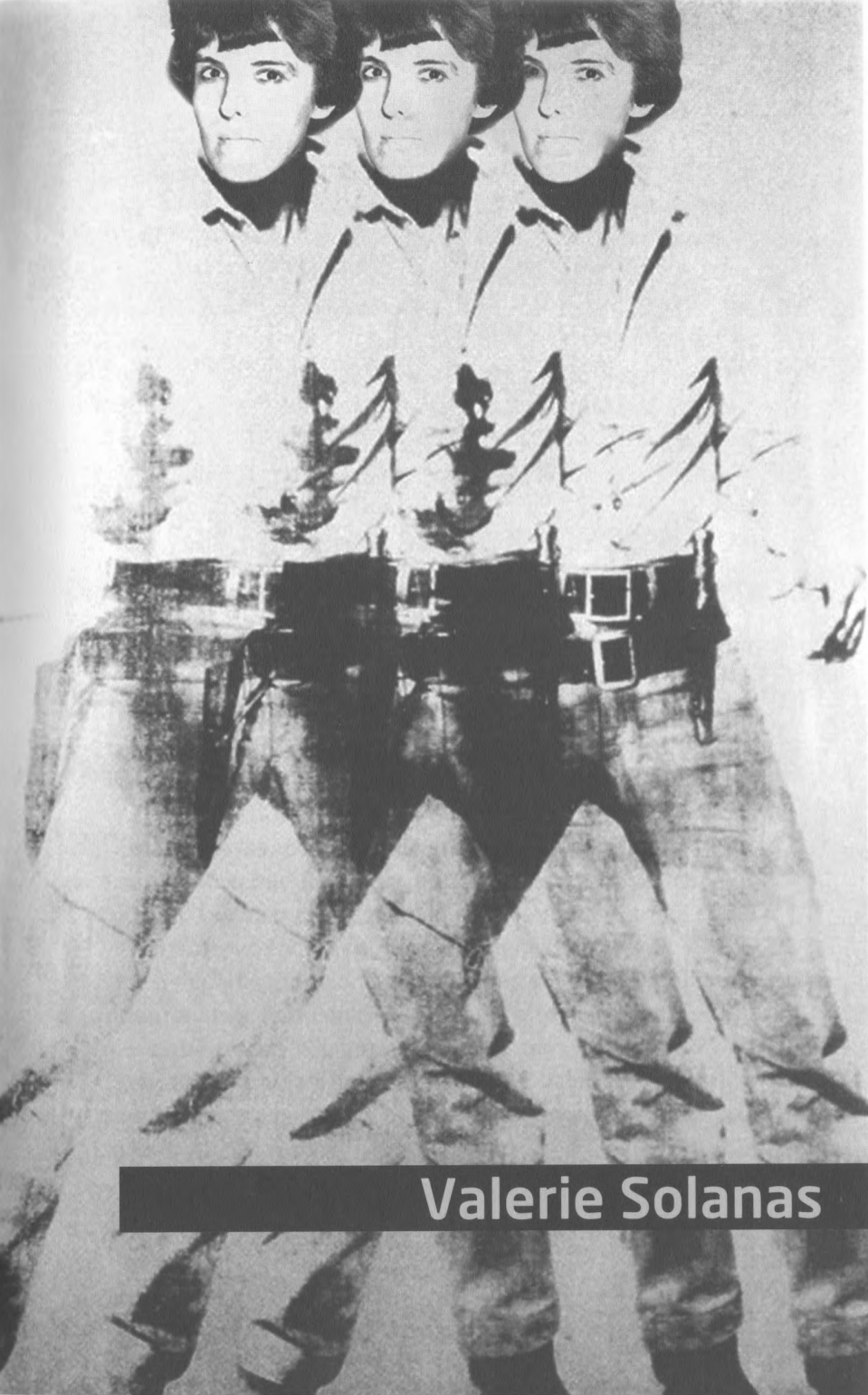
Lo que no debe volver a ser nunca el feminismo es la excusa para que unas mujeres manden callar a otras. Las blancas que no querían dejar hablar en 1851 a Sojourner Truth, las líderes de now que no quisieron escuchar a las lesbianas, las lesbianas normalizadas que pretendieron arrebatarse el micrófono a Sylvia Rivera el 28 de junio de 1973, las antipornografía que trataron de boicotear el encuentro que fundaría el feminismo prosexo, las abolicionistas que mandan callar a las putas... ¿Por qué será que las feministas que pretenden erigirse como auténticas y poseedoras de la verdad siempre se encuentran en una posición social superior a las feministas que tachan de equivocadas, incluso de no feministas?

Este es un libro de gestas para negar esa historia única del feminismo en la que las mujeres más oprimidas siempre tenemos un papel secundario, pasivo, como si fuéramos a remolque de las más privilegiadas. Esta es mi aportación a una genealogía transfeminista. Muchas negras, anarquistas, transexuales, bolleras, prostitutas, pobres, se la han jugado por una lucha feminista radical que no solo combata la opresión de género, sino todas las opresiones que atraviesan sus vidas y las nuestras a la vez. Pero pocas veces aparecen en los libros que narran la historia del feminismo, al menos aquí.

La selección ha sido casi automática porque son mis amigas invisibles desde hace años, mujeres cuyas vidas y legados me enaltecen. Esta es una lista de malditas que propongo, pero no pretendo abarcar con ellas totalidad ni diversidad alguna. El conjunto de estas ocho feministas solo revela mis caprichosas preferencias. Aunque todas tienen algo en común que me ha hecho descartar a otras: fueron, son y serán mujeres de acción a las que les persigue cierto malditismo y que nunca trataron de erigirse como líderes ni han medrado socialmente gracias a su activismo. Más bien al contrario. Seis de ellas han pasado por los calabozos y una fue esclava.

Siempre he sido muy devota de nuestras genealogías más radicales. Desde que tengo conciencia colectiva y propia, para mí indistinguibles, me he sentido provenir de una estirpe guerrera, bastarda y dispersa que se han esforzado mucho en ocultarme. Siempre me he sabido superpoblada por dentro por multitudes que lucharon antes que yo y a quienes debemos toda la libertad y la plenitud que logramos arrancarle a la vida. Porque no nos han regalado nada, al revés, nunca paran de intentar usurpárnoslo todo, incluso la memoria. Como Edith, la mujer de Lot, adoro mirar atrás.

Este es un libro de aventuras feministas, de pasiones incontrolables, de obsesiones justicieras que complicaron e iluminaron las vidas de estas ocho malditas sin las que yo me sentiría menos posible, más pequeña, más extraña, más enfadada, más huérfana... y mil veces más aburrida en este mundo.



Valerie Solanas

VALERIE JEAN SOLANAS NACIÓ EL 9 de abril de 1936 en una pequeña localidad costera del estado de Nueva Jersey llamada Ventnor. Su padre abusaba sexualmente de ella. Su madre, tras divorciarse, se volvió a casar y envió a Valerie con sus abuelos para que no les diera problemas. En el colegio católico las cosas tampoco le iban bien, se enfrentaba a las monjas y fue amonestada por golpear a un compañero que había atacado a una chica más joven. Su abuelo borracho le pegaba cuando se negaba a ir a clase. Así comenzó todo para Valerie Solanas.

Asfixiada por su entorno familiar, se vio en la calle con quince años. Parió un niño que fue entregado en adopción. Aunque nunca volvieron a encontrarse, David Blackwell reivindica hoy la figura de su madre. Valerie fue siempre una lesbiana evidente, al margen de sus relaciones con

2.- La primera bala, canción emblemática de Negu Gorriak.

hombres y de que durante toda su vida se prostituyó para subsistir. Incluso en los años cincuenta, cuando la sociedad estadounidense se volvió fanáticamente heterosexual y excluía con saña a las ovejas descarriadas, ella jamás renunció a visibilizarse como la bollera marimacho que era. Valerie Solanas, igual que Sylvia Rivera, fue una marginada irreductible. Ninguna tenía nada que perder, menos aún la posición social o el futuro profesional. Hoy, muchas veces se pone en duda la integridad de su lesbianismo arguyendo que a menudo folló con hombres, y no siempre por dinero. Valerie demuestra mejor y más tempranamente que nadie que no es lesbiana aquella que no intima con hombres, sino la que manifiesta su vínculo sexual con otras mujeres arriesgándose al castigo social.

A pesar de la precariedad y del desamparo familiar, siendo una adolescente logró graduarse y acceder a la Universidad de Maryland, donde estudió Psicología. Costeaba la carrera gracias a su trabajo como puta callejera y a las becas que obtenía por ser una alumna brillante. Continúo en la Universidad de Minnesota donde trabajaba en el laboratorio investigando los impulsos nerviosos de los ratones hembra. Por último, asistió a clases en la Universidad de Berkeley, donde comenzaría a escribir el *Manifiesto scum*. Ya entonces publicaba una columna en un periódico universitario donde instaba a las mujeres a desechar a los hombres incluso para reproducirse.

A mediados de los sesenta llega al Greenwich Village, el barrio neoyorkino donde se cobijaban y explayaban hordas de disidentes sexuales venidas de todo el país. En las calles de Manhattan, la tenaz Valerie no cesaba de interpelar a la gente que pasaba por su lado en busca de dinero, combinando mendicidad creativa con servicios sexuales, sin perder la oportunidad de propagar su me-

siánico hembrismo antisistema con su labia incontenible. También vendía, incluso regalaba, a mujeres y hombres viandantes copias del *Manifiesto scum* que autopublicó en 1967 y que arranca con esta inolvidable declaración:

«Vivir en esta sociedad significa, con suerte, morir de aburrimiento, nada concierne a las mujeres, pero, a las dotadas de una mente cívica, de sentido de la responsabilidad y de la búsqueda de emociones les queda una, solo una única posibilidad: derrocar al gobierno, eliminar el sistema monetario, instaurar la automatización total y destruir al sexo masculino».

Manifiesto scum vocifera contra la apariencia de conformidad de la sociedad estadounidense de la época atacando sus roles de género. «Nuestra sociedad no es una comunidad, es una colección de unidades familiares aisladas». Ataca a los hombres por dominar a las mujeres y propone su exterminio. «El hombre por naturaleza es una sanguijuela, un parásito emocional y, por lo tanto, no es apto éticamente para vivir, pues nadie tiene derecho a vivir a expensas de otro». Pero también a las mujeres que son cómplices de su propia dominación, a las que denomina certeramente Hijas de Papá, es decir, hijas del patriarcado. «La Hija de Papá, pasiva y cabezahueca, deseosa de aprobación, de una palmada en la cabeza, del respeto del primer montón de basura que pasa». Revela la espantosa debilidad de los machos y el deseo insoportable de los hombres de ser mujeres al que se refiere como «envidia del coño». «Los hombres esperan que las mujeres adoren aquello que los petrifica de horror: ellos mismos». Desgrana la mezquindad de las relaciones sociales y de la cultura que resultan de esa hegemonía masculina que ella considera contranatura. «Los hombres poseen el don de Midas negativo: todo cuanto tocan se

convierte en mierda». Maldice tener que vivir aburrida en semejante despropósito social. «Cuanto más estúpida es una mujer, más profundamente encaja en la cultura del hombre». Predice una súbita y violenta revolución a manos de una élite de mujeres valientes, las SCUM, que en pocas semanas restaurarán el orden benigno de las cosas. «Cuando dé por el culo al sistema, saquee, separe parejas, destruya y asesine, SCUM GANARÁ RECLUTAS». Todo reventará en pedazos irrecomponibles. «SCUM nace para destruir el sistema, no para lograr derechos dentro de él». Valerie lo tenía todo previsto respecto a las mujeres que se opondrían. «Unas pocas de las más veletas lloriquearán, se enfurruñarán y arrojarán sus juguetes y trapos de cocina al suelo, pero SCUM, su apisonadora, pasará imperturbable sobre ellas». Y era misericordiosa con los hombres que iban a ser mayoritariamente eliminados. «Los pocos hombres que queden en el planeta podrán arrastrar sus días mezquinos. Podrán hundirse en las drogas o pavonearse travestidos, observar a las mujeres poderosas en acción, como espectadores pasivos, intentando vivir por delegación. También podrán ir al centro suicida del vecindario más próximo y amistoso para morir allí, en las cámaras de gas, de muerte serena, rápida, sin dolor».

Mucho se ha escrito desde entonces sobre si Valerie Solanas era irónica cuando escribió *Manifiesto SCUM* o si hablaba totalmente en serio. Creo que hay diatribas que solo expresan nuestra incapacidad para comprender. Es imposible leerlo sin reír, sin asentir, sin aplaudir y también sin perderse, sin desconcertarse, sin enloquecer. Y su vigencia hoy, casi medio siglo de feminismo después, solo puede ser sobrecogedora.

Valerie estaba desatada a finales de los sesenta, igual que la ultraconservadora sociedad estadounidense que

empezó a reventar por todas sus costuras. La imparable lucha por los derechos civiles; la hora de la población negra que ya no estaba dispuesta a soportar más sin rebelarse ante la pobreza, la discriminación y la violencia a las que era sometida por un sistema supremacista blanco; el grito de las mujeres desposeídas de todo poder social tras la Segunda Guerra Mundial; el creciente antimilitarismo de una población sacrificada en una contienda demasiado lejana y demasiado larga (Corea, Vietnam) para defender el modelo capitalista que les estaba decepcionando y explotando a la vez, el anhelo colectivo de un mundo mejor. Valerie estaba en el epicentro de la revolución social. Y no pensaba conformarse con una tentativa.

Multitudes iconoclastas se hacinaban en la Gran Manzana, parecían compartir objetivos comunes, era fácil confundirse en aquel instante febril. Incluso la fugaz confluencia entre Valerie Solanas y Andy Warhol era posible entonces. Como señala Mary Harron, la directora de *Yo disparé a Andy Warhol*, esa película que descubrió para el gran público a la perpetradora del *Manifiesto SCUM*, «Valerie era una revolucionaria mientras que Warhol no tenía ningún deseo de cambiar el statu quo». Andy solo quería seducir al mercado capitalista, Valerie ansiaba verlo reventar por los aires. Ella creía en la revolución y él creía en su ilimitada capacidad de transformar cualquier cosa en un producto, incluso a la tremenda y abyecta Valerie Solanas. Ella empezó pecando de ingenuidad, él de arrogancia. Hasta que ella invirtió aquella relación de poder.

Valerie se acercó a La Fábrica con la intención de que Warhol produjera la obra de teatro que acababa de engendrar, *Up Your Ass*, literalmente «qué te den por el culo». Con ese fin le entregó una de las dos copias mecanografiadas que tenía de la misma. Él le aseguró que la lee-

ría. Es entonces cuando Valerie comenzó a frecuentar La Fábrica; a Andy Warhol y a su camarilla les divertía, a la vez que les repugnaba y les hastiaba. Ella comenzó a impacientarse, llamar por teléfono y presentarse con insistencia. Andy nunca hablaba claro, tampoco con ella, y le dio largas. Ella le pidió que le devolviese su obra. Finalmente le dijeron que la habían perdido, sin disculparse ni darle mayor importancia. Andy Warhol pregonaba que en el capitalismo del espectáculo todo el mundo tendría derecho a quince minutos de gloria, los quince minutos de Valerie para él ya habían pasado. Fue entonces cuando ella comenzó a exigir dinero como compensación y Andy le propuso pagarle 25 dólares para que actuara en una de sus películas, *I, A Man*. Accedió.

Mientras tanto, Valerie se había acercado a otro residente del hotel Chelsea, el editor de Olympia Press, Maurice Girodias. Firmaron un contrato en el que ella se comprometía a darle su siguiente obra así como otros escritos. Recibió un adelanto de 500 dólares. Cuando Valerie leyó el contrato sola, creyó que Girodias se la había jugado y que todo lo que ella escribiera a partir de entonces iba a pertenecer al editor. Entonces comenzó a sospechar que Warhol y Girodias conspiraban juntos para robarle su obra. Todo encajaba y ella no podía soportarlo. Decidió defenderse.

Valerie consiguió una pistola automática del calibre 32. El 3 de junio de 1968 a las 9 de la mañana y según Girodias, fue a por él pero no lo encontró, aunque a día de hoy esta versión se pone en duda. Lo innegable es que apareció por La Fábrica. Paul Morrissey, el socio de Warhol, hartado ya de ella, le pidió varias veces que se fuera, asegurándole que Andy no iba a aparecer. Pero Valerie insistía, como siempre. Lo esperó subiendo y bajando en

el ascensor, ansiosa. Dicen que Andy Warhol felicitó a Valerie Solanas al verla porque ese día iba maquillada. Sonó el teléfono, mientras Warhol atendía la llamada Valerie le disparó tres veces. Las dos primeras balas fallaron, la tercera atravesó los pulmones, el esófago, el estómago, el hígado y el bazo de Andy Warhol. Después disparó en la cadera a un crítico de arte que se encontraba allí llamado Mario Amaya y la pistola se le encasquilló cuando encañonaba en la cabeza a Fred Hughes, el representante de Warhol. En ese momento llegó el ascensor a la planta y Valerie se fue.

A las 8 de la tarde se entregó a un policía de tráfico novato en Times Square. Le dijo: «me están buscando, yo he matado a Andy Warhol. Él tenía demasiado control sobre mi vida». En aquel momento Valerie no sabía que Warhol había sobrevivido milagrosamente. El *Daily News* titulaba al día siguiente: «Actriz dispara a Andy Warhol». Valerie exigió una rectificación. En la edición de la tarde agregaron: «Soy una escritora, no una actriz». Hay una foto grandiosa en la que Valerie grita y gesticula mientras blande en la mano ese periódico que la agraviaba tanto al reducirla a otra actriz de Warhol ante la mirada pasmada de un policía. «Tengo un montón de razones. Leed mi manifiesto y os diré quién soy», clamó ante una nube de periodistas.

La internaron inmediatamente en el pabellón psiquiátrico de Bellevue bajo observación. El 13 de junio comparecía ante el tribunal instructor. Fue defendida entonces por una abogada feminista llamada Florynce Kennedy que definió a Valerie como «una de las portavoces más importantes del movimiento feminista». Valerie quedó imputada por intento de asesinato, asalto y posesión ilegal de un arma de fuego, aunque se le declaró incompe-

tente. Olympia Press publicaba *Manifiesto SCUM* en agosto, mientras ella se encontraba encerrada en Belleveu, donde permaneció durante todo un año. Se le diagnosticó esquizofrenia paranoide. En aquellas navidades del 68 llamó desde el psiquiátrico a Warhol. En junio de 1969 se celebró el juicio. La sentencia: tres años de prisión. Warhol se negó a declarar.

Valerie salió de la cárcel en 1971 pero fue detenida otra vez a los pocos meses por acosar a Warhol. Durante años, estuvo saliendo y entrando de prisiones y manicomios. Valerie siempre estaba muy cabreada y, aunque algunas de sus obsesiones eran paranoias, también se cometieron con ella agravios que, en aquel momento, nadie le reconocía. Se aprovecharon de su trabajo, nunca cobró derechos por las ventas de su manifiesto, le faltaron a promesas y, cuando trató de pedir explicaciones, fue apartada. Debe costar bastante mantenerse serena y cuerda cuando casi toda la gente que te rodea y en quien has decidido confiar considera que no eres una interlocutora válida. Era fácil aprovecharse de una mujer tan vulnerable y fronteriza, negarle la realidad a una loca. Aunque a Andy Warhol le costó la salud y la tranquilidad de por vida.

Valerie Solanas no fue la única mujer que tras haber colaborado con Warhol se sintió utilizada por él, aunque sí fue la única que decidió hacer algo al respecto. Él repetía una y otra vez la misma jugada: elegía a una favorita, la encumbraba durante un tiempo hasta que era sustituida por una nueva estrella. Empeñado en demostrar que cualquier producto podía considerarse arte con una buena campaña de marketing, fomentaba el culto a su persona. Muchas de las chicas destronadas acabaron como juguetes rotos, el consumo indiscriminado de drogas tampoco les ayudaba a mantener una imagen nítida

de sí mismas ni a superar su despecho. Entre ellas destaca la cándida y malograda Edie Sedgwick, que había llegado a cortarse y teñirse el pelo como Warhol creyéndose su *alter ego*. Siempre me ha intrigado que la única feminista conocida que ha tratado de eliminar físicamente a un hombre fuera lesbiana y disparase contra un gay.

De cualquier manera, una marimacho andrajosa como Valerie nunca deseó ni llegó a ser una favorita en aquella Fábrica poblada por hombres gays y por mujeres heterosexuales y glamourosas. Más bien al contrario. Además, ella no era sensible a las adulaciones de los hombres ni adoraba a Andy Warhol. En enero de 2014 se ha publicado en Estados Unidos la primera biografía completa de Valerie, 47 años después del alumbramiento de *Manifiesto SCUM*, nada menos. *Valerie Solanas, The Defiant Life of The Woman Who Wrote scum (and Shot Andy Warhol)*, de la profesora de estudios de género y psicóloga Breanne Fahs. La autora afirma que «las mujeres asociadas a La Fábrica han sido mucho más críticas con el tratamiento de Andy hacia la imagen de la mujer, mientras que los hombres de La Fábrica mantienen un culto fanático e irreflexivo hacia él». Paul Morrissey gritó hace poco a Breanne Fahs por teléfono cuando ella le explicó que estaba escribiendo un libro sobre Valerie Solanas. Literalmente le vociferó: «¡deberías escribir sobre Lady Gaga!».

La fama que nunca buscó terminaría por sumir a Valerie en una mayor marginación. Envío cartas a hombres poderosos, a los que ella llamaba «la mafia», asegurando que había sido secuestrada y que no iba a ser liberada hasta que hicieran que el *Daily News* publicase *Manifiesto scum*. Estaba convencida de que ese grupo de poderosos había logrado que, en una de sus hospitalizaciones forzadas, le fuera colocado un radiotransmisor en el útero para tenerla

controlada. Hoy sabemos que a Valerie se le había practicado una histerectomía encubierta en el centro Bellevue, un sanatorio con un historial terrorífico que realizaba tratamientos experimentales a sus pacientes. Entre 1981 y 1985 vivió en Phoenix, Arizona. Un agente de policía la recuerda «demacrada, delgada, de pie en un cruce con un camión blanco que le llegaba hasta las rodillas». En aquella época tenía el cuerpo cubierto de heridas que ella misma se había provocado tratando de librarse de esos transmisores que le obsesionaban y a través de los que estaba convencida trataban de controlarle. Gritaba a los transeúntes blandiendo el mismo tenedor que utilizaba para escarbar en su carne.

Pasó sus últimos años en San Francisco, donde seguía prostituyéndose. Algunas compañeras de puterío la recuerdan elegante y profesional, con un vestido plateado de lamé. Murió con 52 años de una neumonía en el hotel Bristol, el 25 de abril de 1988. Andy Warhol había fallecido un año antes. Su madre aseguró a los medios que Valerie había pasado sus últimos años de vida sobria, emparejada con un hombre y escribiendo tranquilamente en su casa. Nadie le creyó. Sin embargo, en algo no mentía: el encargado del hotel Bristol recordaba a Valerie tecleando encabritada en su máquina de escribir. Por si acaso, aquella madre que nunca quiso protegerla ni cuidarla, quemó todas las pertenencias de su hija, todos los escritos de sus últimos años. Para entonces, *Manifiesto SCUM* ya era un texto imprescindible del feminismo en Occidente.

En 1977 y tras muchas conversaciones con la autora, la pionera Ediciones de Feminismo lograba publicar *SCUM* en castellano. Las responsables de la editorial barcelonesa recuerdan las llamadas de Valerie, en las que a menudo cambiaba la voz y se hacía pasar por su agente o por una

amiga y cómo se esforzaba en no ser localizable. También su obsesión porque le confirmaran que había lesbianas en el colectivo editorial. Entonces, rematados prohombres como Francisco Umbral montaron en cólera. Por fin una mujer reconocía aquello de lo que los machos siempre nos han acusado a las feministas y que casi nunca nos hemos atrevido a formular: nuestra intención de acabar con ellos.

Para colmo, Valerie Solanas no solo había escrito ese panfleto que exhortaba al exterminio del género masculino, también lo había llevado a la práctica. Era una feminista homicida, la mayor prueba que podía ofrecer de que el *Manifiesto scum* iba en serio. Valerie Solanas jamás se arrepintió de disparar a Andy Warhol, aunque tampoco se vanagloriaba de haberlo hecho. Para ella fue una reacción inevitable. En 1977, afirmó: «lo que hice fue un acto moral, lo inmoral fue haber fallado. Tenía que haber realizado antes prácticas de tiro». De cualquier manera, aunque el estupidizante sistema heteropatriarcal capitalista que ella tanto detestaba no fue derrocado ni por asomo en las décadas posteriores mientras ella mantenía su iluminada radicalidad, jamás volvió a atentar contra nadie.

Cuando la autora de aquel manifiesto incendiario saltó a la fama en 1968 por disparar a Andy Warhol, asociando feminismo con violencia, el movimiento de mujeres en Estados Unidos se encontraba en un momento de emergente unidad. Por supuesto, Betty Friedan y otras líderes liberales que trataban de definir un feminismo reformista y moderado que sirviera a los intereses de las mujeres más privilegiadas simulando representar el beneficio para todas las mujeres, se espantaron con aquella chalada radical paupérrima prostituta lesbiana homicida e incontrolable que inesperadamente irrumpía en la opinión

pública personificando lo más opuesto que se podía concebir a sus planes. Aunque también muchísimas activistas de la megaorganización now la apoyaron sin reservas, valentía que no deja de sorprenderme si recordamos que defendían a una mujer que, motivada por su rabia de género, había disparado a quemarropa y premeditadamente a dos hombres indefensos.

Si *La mística de la feminidad*, publicada en 1963 por Betty Friedan, arquetipo de la mujer blanca burguesa y heterosexual a ultranza es la biblia del feminismo liberal, el *Manifiesto SCUM*, autoeditado por Valerie Solanas en 1967, es el libro maldito fundacional del feminismo radical. En realidad, ambos textos retratan el mismo orden social, solo que uno desde dentro y otro desde fuera. Betty Friedan es reformista; Valerie Solanas, revolucionaria. La primera quería transformar solo las relaciones de poder de género para que las mujeres como ella, a las que solo les afectaba el machismo, ampliaran sus oportunidades vitales. Pero, como burguesa privilegiada que era, jamás atacó al sistema capitalista; y, como mujer casada con un hombre y, por tanto, validada por la heterosexualidad obligatoria, trató de apartar las reivindicaciones de las lesbianas de la agenda y del discurso feminista. Betty Friedan era una transformadora de las relaciones de género, pero una reaccionaria respecto a las relaciones de clase y, sobre todo, respecto a la libertad sexual. Valerie Solanas, como bollera indigente que era, necesitaba que todo el sistema de poder reventase.

A pesar de que me enerva lo sobrevalorada y poco cuestionada que sigue estando Betty Friedan, sinceramente, creo que las feministas mayoritariamente hemos comprendido, reconocido y dado valor a Valerie Solanas, sin justificarla ni condenarla, como una de las nuestras,

quizás como nuestra hermana más osada. Y, sobre todo, *Manifiesto scum*, esa lúcida barbaridad, es un clásico del feminismo occidental. Aunque detestaba la acumulación monetaria por encima de casi todas las cosas (suya es la frase «nada, humanamente, justifica el dinero ni el trabajo»), si hoy Valerie Solanas cobrase el 10% como derechos de autora de las reproducciones de *scum*, sería millonaria.

Manifiesto scum sigue acertando como una bala en la conciencia: cabrea a quien tiene que cabrear y enaltece a quien tiene que sublevar. Sigue desplegando una inusitada clarividencia que revela la raíz de la injusticia y desata, además, una carcajada libertadora. Pero, sobre todo, *Manifiesto scum* nos incita a las mujeres a permitirnos algo que se nos ha prohibido patriarcalmente y que acaba oprimiéndonos más que nada porque frustra la expresión de nuestra inconformidad como oprimidas: la rabia. Casi medio siglo después, ahí radica su grandeza. El feminismo pragmático que sabe negociar con el sistema para ir ampliando nuestras posibilidades poquito a poco nos puede ser imprescindible, pero nunca es suficiente. ¿Dónde metemos tanto cabreo? *Manifiesto scum* sigue abrazando a las mujeres que gritan. Creo que nadie, a parte de Valerie Solanas, puede explicarlo mejor que Vivian Gornick en la introducción al *Manifiesto scum* que editó Olympia Press en 1971:

«El *Manifiesto scum* es la voz de una criatura, de una criatura del mundo occidental, una criatura de nuestra época, perdida y herida. Voz salvaje y desalentadoramente glacial, cruel, sin indulgencia para con el mundo que ha querido privarle de vida, es una voz situada más allá de la razón, más allá de la decencia burguesa. Es la voz de alguien a quien han empujado a llegar más allá del límite, de alguien que ha perdido sus cargas psicológicas, que

nunca más podrá satisfacerse con otra cosa que no sea sangre. Desde este estado de ánimo, Solanas revela los auténticos sentimientos de la feminista, su quintaesencia; y tales sentimientos están regidos por una rabia atroz. Rabia hasta la muerte. La rabia que habita el inconsciente racial, acumulación de experiencias de siglos, y con la que nace cada mujer. Una rabia que no todas las mujeres se han atrevido a descubrir en su interior, a aprender y a aceptar».



Sojourner Truth

«SOJOURNER TRUTH, COMO ELLA AHORA SE HACE LLAMAR, pero cuyo nombre, originalmente era Isabella, nació, en lo mejor que puede calcular, entre los años 1797 y 1800. Era hija de James y Betsey, esclavos en el estado de Nueva York». Así comienza su biografía, *Narrative of Sojourner Truth, a Northern Slave*, publicada con gran éxito en Boston en 1850 y en la que había trabajado junto a Olive Gilbert, dadas las limitaciones de su analfabetismo. Su padre, al que apodaban Bomefree, fue capturado en la Costa de Oro, la actual Ghana, y su madre, conocida como Mau Mau Bett, era hija de africanos secuestrados donde hoy situamos Guinea. Tuvieron once o doce criaturas y todas fueron arrancadas de sus brazos para ser vendidas como ganado humano.

Sojourner evocaría siempre aquel sótano insalubre que compartió con el resto de esclavas y esclavos de su primer amo³, antes de ser subastada y separada de su

3.- He decidido no identificar a los sucesivos amos torturadores de Sojourner Truth, diluirlos en una masa de caciques. Que sus nombres no aparezcan aquí junto al de ella.

madre y de su padre a los nueve años. Aquella lúgubre ventana por la que jamás se filtró el sol, las planchas de madera carcomida que flotaban embarradas y sobre las que dormían entre tóxicos vapores. Aquellas noches en que «Bomefree y Mau Mau Bett, en su sótano oscuro, iluminados por un nudo de pino ardiente, sentados horas, recordando y volviendo a contar cada entrañable y angustiada circunstancia de la historias de los seres queridos difuntos, de aquellos que les habían sido robados, por quienes sus corazones aún sangraban».

Como explica Angela Davis en *Mujeres, raza y clase*, «en su empeño diario y desesperado por conservar su vida familiar, disfrutando de toda la autonomía que pudiesen arrancar, las mujeres y los hombres esclavos manifestaron un talento portentoso por humanizar un entorno concebido para convertirlos en una manada de unidades de trabajo infrahumano». Conocí a Sojourner Truth en las detonadoras páginas de esta obra fundacional del *black feminism*, imprescindible para descolonizar la noción de género, que Angela Davis comenzó a escribir en la cárcel y acabaría publicando en 1981.

Sojourner, ya adulta y libre, aseguraba recordar cada detalle de su vida desde que fue vendida por cien dólares a los nueve años y alejada de su madre y de su padre para siempre. El extrañamiento debió de ser terrible, ella solo hablaba holandés y sus nuevos amos eran angloparlantes. Fue bestialmente torturada en esta época y recurría al consuelo que les enseñó su madre a ella y a sus hermanos: hablar con aquel ser superior y benigno que estaba en el cielo. «Esas son las mismas estrellas, y esa es la misma luna, que desde arriba miran a vuestros hermanos y hermanas, y las que ellos ven cuando miran hacia arriba, aunque estemos lejos», les repetía por las tardes cuando había concluido su agotadora jornada.

Eligió una pequeña isla en medio del río cubierta de sauces como lugar de rezo donde tejió un círculo con las ramas. Protegida por el sonido de la corriente, podía aclarar su situación en voz alta y pedir lo mejor para el futuro. No temía a Dios, lo consideraba un aliado frente al despotismo blanco al que estaba sometida. En su autobiografía, ella misma reconoce que hay episodios de aquellos años de cautiverio que prefiere no narrar. Su nivel de alienación era tal que estaba convencida de que el amo era como Dios, que todo lo veía. Así que confesaba cualquier nimiedad que pudiera considerarse una falta para evitar castigos mayores y estaba convencida de pertenecer a sus amos por derecho natural.

Desde los nueve años, apenas pudo ver alguna vez más a su madre y a su padre. El anciano Bomefree, ciego y semiparalizado por toda una vida de explotación, sobrevivió varios años a Mau Mau Bett, muy a su pesar. La solitaria muerte de aquel gigante que fue capturado de niño en la costa atlántica africana es tan desoladora que elijo no narrarla.

Hacia 1815 la futura Sojourner Truth presenció cómo golpeaban brutalmente a su novio cuando fue a visitarla mientras estaba enferma. Eran propiedad de diferentes caciques; su relación estaba prohibida. Después, los amos de Robert le obligaron a emparejarse con otra de sus esclavas. Negar el matrimonio y la descendencia, es decir, privar de los lazos familiares (ya sea por raza o por combinación genérica, como viene sucediendo también con las parejas homosexuales), ha permitido históricamente situar a las comunidades consideradas infrahumanas en condiciones de total indefensión. Nunca volvieron a verse pero ella supo que Robert había logrado huir a Haití, el primer país americano que abolió la esclavitud en 1793

gracias a las revueltas de su amplísima mayoría de población afrodescendiente y el segundo, tras Estados Unidos, que logró su independencia en 1804. La entonces todavía Isabella fue obligada a emparejarse con otro esclavo, Thomas. Y comenzó a parir nuevos esclavos, hasta cinco. Se dice que Diana, su primogénita, era hija de Robert.

El estado de Nueva York había anunciado que el 4 de julio de 1827 quedaría abolida la esclavitud en su territorio y el amo de la futura Sojourner Truth le prometió que le concedería la libertad un año antes como recompensa a su leal servicio. Siempre hubo amos crueles y otros más compasivos, a veces los buenos son los peores. Al que había servido por obligación aunque laboriosamente durante dieciséis años se le antojó incumplir su promesa llegado el momento de liberarla. No estaba dispuesto a reconocerla como igual hasta que fuera inevitable, hasta que la ley le obligara. Para colmo, y como era habitual entre los caciques, responsabilizó a la propia esclava de la prolongación de su cautiverio. La excusa: una lesión en la mano de Isabella había reducido su productividad. Doblemente injusta teniendo en cuenta que ella se esforzó más a costa de su salud⁴. Fue entonces cuando no pudo más y escapó, medio año antes de que la ley reconociera su libertad por primera vez en la vida.

Al alba, recogió sus escasas pertenencias y a su bebé y huyó. Le sorprendió la inmensidad del sol en lo alto de una colina, aquella cegadora y nueva claridad. Nadie le seguía. Por primera vez, podía decidir su destino. Caminó

4.- Las secuelas en los cuerpos explotados por la esclavitud son espeluznantes. Al menos, Sojourner Truth no acabó siendo diseccionada sin anestesia como Anarcha y tantas otras esclavas a través de cuyos martirios algunos ilustres carniceros se convertirían en los padres blancos de la ginecología.

unos diez kilómetros antes de encontrar la casa de la familia abolicionista Van Wagenen, quienes le ayudaron a cambio de su servicio doméstico. Pero esta vez, era un trato. Como ella esperaba, su amo la encontró. Él le dijo: «te vuelves conmigo». «No, no volveré». El ultrajado esclavista trató de llevarse a la pequeña Sophia pero Isabella también se negó. Vivieron un año con aquella familia que había comprado sus servicios al antiguo amo por los meses que restaban hasta la liberación de todos los esclavos del estado de Nueva York. Pero ella ya no les pertenecía.

Aunque su tranquilidad duraría poco. Supo que su antiguo amo había vendido ilegalmente a su hijo Peter, de cinco años, a un cacique del estado de Alabama, donde la esclavitud no tenía los días contados. En la huida, Isabella tan solo pudo llevarse a su hija recién nacida. Las leyes neoyorkinas prohibían la venta de esclavos a otro estado y, por lo tanto, sabía que el resto de sus criaturas viviría ya pocos meses en cautividad. Pero los caciques no estaban acostumbrados a respetar derecho alguno de quienes consideraban su legítima propiedad, por mucho que cambiasen las leyes y los tiempos.

La todavía entonces Isabella fue a protestar ante su antigua ama en un intento de apelar a su empatía como madre, pero esta se mofó de su esperanza de recuperar a Peter y exclamó: «¡Tanto alboroto por un pequeño *nigger!*!». Estas infames palabras se grabarían a fuego en la memoria de Sojourner Truth, aunque no lograron desalentarla. «Yo sabía que lo recuperaría. Estaba segura de que Dios iba a ayudarme. ¡Yo me sentía tan alta por dentro, me sentí como si el poder de una nación estuviera conmigo!».

Buscó ayuda entre los cuáqueros, una comunidad religiosa antiautoritaria involucrada en acabar con la esclavitud. Fue recibida con amabilidad y aquella noche durmió

por primera vez en una «bonita alta limpia blanca cama». Se sorprendió tanto que a punto estuvo de tumbarse en el suelo. Le indicaron cómo denunciar los hechos y ella se dirigió sola al Gran Jurado. El responsable de la venta ilegal corrió a Alabama a por el hijo de Isabella para evitar la cárcel, aunque, cuando regresaron medio año después, se lo quedó como si fuera de su propiedad. Ella tuvo que pelear legalmente, como nadie pensaba que se atrevería a hacerlo una antigua esclava, hasta que recuperó a su pequeño Peter. Fue la primera mujer negra en Estados Unidos que ganó un pleito a un hombre blanco.

Tanto ella como su familia ya eran libres y en 1829 se trasladó a la ciudad de Nueva York con su pequeño a buscarse la vida en el empleo que el capitalismo tenía reservado para las antiguas esclavas: servir en las casas de los blancos por un sueldo miserable. A partir de 1843 rechazó su nombre de esclava para siempre⁵. La antaño Isabella Bomefree se hizo llamar Sojourner Truth, que podría traducirse como «predicadora viajera de la verdad». Y durante décadas se dedicó a hacer honor al nombre que había elegido para que guiase su vida, a viajar dando vehementes conferencias. Fue uniéndose a diferentes comunidades religiosas en las que, cada vez más, el discurso abolicionista de la esclavitud y emancipador de las mujeres se mezclaban con la fe. Como había sucedido en los albores del cristianismo, la igualdad humana frente a Dios se propagó como idea radicalmente liberadora entre

5.- Más de un siglo después, activistas del movimiento por la liberación negra comenzarían a renombrarse en lenguas africanas, entre ellas Assata Shakur, la irreductible Black Panther que lleva exiliada en Cuba desde 1984. Recomiendo acaloradamente *Assata Shakur. Una autobiografía* publicada en 2013 por Capitán Swing.

las mujeres y los esclavos en Estados Unidos a mediados del siglo XIX.

«El derecho no tiene sexo, la verdad no tiene color», proclamaba en su encabezamiento en 1847 *North Star*, el periódico de Frederick Douglass, esclavo liberto, escritor, activista y amigo de Sojourner Truth. La implicación de este hombre negro que detonó la lucha contra la esclavitud y el racismo con la causa de las mujeres fue sin reservas y de por vida. Participó en aquella Convención de Seneca Falls en 1848 que originaría el feminismo organizado en los Estados Unidos, exigió siempre que hubiera mujeres delegadas en los encuentros abolicionistas, se unió en segundas nupcias a la aguerrida sufragista blanca Helen Pitts y murió a los 77 años, poco después de regresar a su casa de un encuentro de mujeres en 1895. Sin duda, Frederick Douglass es uno de los primeros hombres feministas de los que tenemos rastro en la historia. También fue un firme aliado de la independencia de Irlanda.

El relato autobiográfico que publicó Sojourner Truth con la ayuda de su amiga Olive Gilbert concluye justo un año antes de que pronunciara su discurso más glorioso en la Convención de los Derechos de la Mujer de Akron, Ohio, de 1851. Lástima. Porque *And ain't I a woman?*, con la perspectiva de los siglos, se erige como una declaración imprescindible para la historia del feminismo occidental y fundacional para el feminismo negro, para el feminismo poscolonial, incluso para el feminismo queer. Y ese interrogante que llegó a repetir hasta cuatro veces en su breve, improvisada y reveladora intervención sigue resonando una y otra vez en los debates, las prácticas políticas, las redes, los encuentros y los desencuentros feministas, interpelando nada menos que a ese sujeto político fantas-

mal y escurridizo al que sirven las luchas de las mujeres. ¿Y acaso no soy una mujer?

Pero además, las palabras de Sojourner Truth obraron aquella tarde de mayo como un sortilegio liberador que desbloqueó la modestia que atenazaba las pretensiones de las activistas blancas y que les permitió aspirar todas juntas al sufragio femenino y a la igualdad. Los argumentos y el tono que utilizó aquella brillante oradora curtida en la predicación fueron desmantelando uno a uno los misóginos argumentos que habían esgrimido algunos asistentes del encuentro para limitar las reivindicaciones de las mujeres (que cómo iban a votar las mujeres si eran incapaces de subir a un carruaje o saltar un charco sin ayuda de un hombre, que Cristo era hombre y la malvada Eva, mujer), y que anidaban también en el interior de las participantes, todas blancas menos ella. Tras su discurso, ya nadie volvió a dudar de que las mujeres iban a pelear por su derecho al voto.

La presidenta de la convención, Frances Dana Gage, afortunadamente desoyó las peticiones de muchas compañeras blancas que no querían permitir a la única mujer negra presente subir al estrado y el abucheo racista de gran parte del público. Varias de las asistentes después transcribieron sus enaltecedoras palabras como las recordaban, de ahí que existan varias versiones. Esta es la que yo he elegido.

Cuando hay mucho alboroto es porque algo está pasando.

Creo que tanto los negros del Sur como las mujeres del Norte están todos hablando de derechos y a los hombres blancos no les quedará más que ceder muy pronto.

Pero ¿de qué estamos hablando aquí?

Los caballeros dicen que las mujeres necesitan ayuda para subir a las carretas y para sortear los charcos

en la calle y que siempre se les concede el asiento más cómodo en todas partes. Pero a mí nadie nunca me ha ayudado a subir a las carretas o a saltar charcos de lodo o me ha dado el mejor puesto.

¿Y acaso no soy una mujer?

¡Mírenme! ¡Miren mis brazos! ¡He arado y sembrado, y trabajado en los graneros y ningún hombre lo hizo nunca mejor que yo!

¿Y acaso no soy una mujer?

Puedo trabajar y comer tanto como un hombre, si es que consigo alimento, y puedo aguantar los latigazos también.

¿Y acaso no soy una mujer?

Parí trece hijos⁶ y vi como casi todos fueron vendidos como esclavos. Cuando he llorado mi dolor de madre nadie, excepto Jesucristo, me escuchó.

¿Y acaso no soy una mujer?

Entonces se preguntan, ¿qué es lo que tiene en la cabeza? ¿Qué significa esto? (Una mujer de la audiencia sugiere «intelecto»).

—¡Exacto querida! ¿Qué tiene que ver todo esto con los derechos de las mujeres y de los negros?

Si mi copa solamente contiene medio litro y la suya un litro entero, ¿no sería muy egoísta de parte de ustedes no dejarme tener mi copa llena?

Entonces el pequeño hombre vestido de negro dice que las mujeres no pueden tener tantos derechos como los hombres, porque Cristo no era una mujer. ¿De dónde vino Cristo? ¿De dónde vino Cristo? ¡De Dios y de una mujer! ¡El hombre no tuvo nada que ver con él!

6.- En la versión de Frances Dana Gage, la más difundida, Sojourner afirma haber parido trece criaturas. Hoy se sabe que fue madre cinco veces y que no presumía de más, por lo que el error ha de deberse a otra razón desconocida.

Si la primera mujer que Dios creó fue lo suficientemente fuerte para poner ella sola el mundo del revés, ¡todas estas mujeres juntas pueden volver a ponerlo del derecho! Y ahora que ellas piden hacerlo, más les valdría a los hombres dejarlas que lo hicieran.

Gracias por haberme escuchado, ahora la vieja Sojourner no tiene nada más que añadir.

Como recordaría maravillada Frances Dana Gage, «ella nos había tomado en sus fuertes brazos y nos había hecho pasar por encima de la ciénaga de dificultad reconduciendo la corriente a nuestro favor. Jamás en mi vida he visto nada como la mágica influencia que aplacó la atmósfera turbulenta de aquel día y que convirtió las muestras de desprecio y los abucheos de la multitud excitada en notas de respeto y admiración». Y como apuntaba Angela Davis 130 años después, «las mujeres negras, por esta razón (esclavitud) y también porque eran trabajadoras exactamente igual que sus compañeros, no se vieron degradadas por sus funciones domésticas del mismo modo que vinieron a serlo las blancas».

Esta es una de las grandezas que nos muestra Sojourner Truth, precisamente su propia historia de opresión económica y racial (como mujer negra, explotada primero por la esclavitud y después por el capitalismo), estaba quizás más preparada para transformar radicalmente la sociedad que sus hermanas burguesas y blancas, cautivadas por las exiguas ventajas de una feminidad privilegiada que fue infantilizando y patologizando progresivamente a las mujeres en Occidente en los siglos XIX y XX. Sojourner Truth, aunque no solo ella, desmiente que los cambios sociales vengán sistemáticamente de los estratos insurgentes más acomodados porque los más miserables bastante tienen con sobrevivir. Y, más concretamente, te-

nerla presente impide que comulguemos con la falacia de que el motor del feminismo han sido las mujeres blancas y burguesas que llegaron a comprender su propia opresión gracias al programa ilustrado y que después contagiaron a las otras su propia rebelión de género.

El feminismo blanco que trata de erigirse como universal afirma tener su momento fundacional en el proyecto ilustrado para transformar el Antiguo Régimen. El feminismo negro afrodescendiente emerge de la necesidad de liberación en el contexto esclavista, de las propias esclavas que rompieron sus cadenas y las de sus hermanas y hermanos y a las que jamás llegó Ilustración alguna. Son genealogías diferentes que se cruzaron cuando ambas ya habían echado a andar, aunque la blanca ha tratado de solapar históricamente a la negra y, si no fuera por las feministas negras que buscaron a sus propias antecesoras en la década de los ochenta del siglo xx, hoy nadie recordaría a Sojourner Truth ni a Ida B. Wells ni a Harriet Tubman ni a tantas otras. Por ello, repetir categóricamente que el feminismo fue impulsado por la Ilustración es supremacista blanco.

Sojourner Truth no solo infundió toda su potencia a la causa de las mujeres, además destapó los prejuicios de raza y de clase que ya estaban presentes en los orígenes del movimiento feminista. ¡Menos mal que no tuvo que presenciar el giro supremacista blanco del sufragismo en Estados Unidos a principios del siglo xx! «Sé que ver a una mujer de color levantarse para hablarles de cómo son las cosas y de los derechos de las mujeres suscita como un resquemor y algo parecido a deseos de silbar. Se nos ha hecho caer tan bajo a todas nosotras, que nadie pensó que algún día volveríamos a levantarnos, pero ya se nos ha pisado bastante. Nos alzaremos de nuevo y, por ahora, aquí estoy yo», proclamaba en 1853.

Sojourner Truth era una imponente mujer negra de 1.80 m, de ojos enormes, profundos y directos. Las impresiones que nos han llegado sobre ella fueron descritas mayoritariamente por sus compañeras sufragistas blancas y burguesas y, con mayor o menor cariño, con mayor o menor racismo, suelen destacar la rudeza, incluso la excentricidad de su atuendo. A mí siempre me ha recordado a una de nuestras etxeoandres de antaño. Eso sí, ella también se despachó irónica sobre los tocados voladores que acostumbraban a usar entonces las sufragistas blancas. Una vez alguien del público le acusó de ser un hombre. Ella, rotunda, se abrió la blusa y mostró sus pechos. La feminidad de una blanca no suele cuestionarse tan fácilmente, la célebre pregunta que lanzó Sojourner Truth en 1851 no era solo retórica.

El 1861, la colisión entre dos mundos, entre dos sistemas económicos, entre el Norte industrial y capitalista y el Sur agrícola y esclavista llevó a Estados Unidos a una guerra civil. Sojourner Truth hizo campaña para reclutar tropas negras para el ejército de la Unión porque el triunfo del Norte supondría la abolición definitiva de la esclavitud en todos los estados. Su propio nieto James Caldwell se alistó. También contribuyó a recaudar comida y ropa para los soldados y trabajó en el Hospital de Libertos en Washington, donde se atendía a las víctimas de la esclavitud. En 1864, un año antes de que acabase la guerra, fue recibida por el presidente Lincoln en la Casa Blanca.

En aquella contienda, una antigua esclava que trabajó como enfermera y también como espía, llegaría a dirigir un batallón, aunque el gobierno, que salió reforzado de la victoria, nunca le reconoció con una pensión por ello. Harriet Tubman, como afirma Angela Davis, «fue un ser excepcional desde cualquier criterio que se utilice para

juzgarla, negro o blanco, masculino o femenino». Nacida en esclavitud en 1820, fue tan brutalmente golpeada en la cabeza por el capataz siendo una adolescente que durante toda su vida sufrió cefaleas, desmayos, incluso visiones, algunas premonitorias. Con 29 años no pudo más y escapó sola una noche de verano únicamente guiada por la Estrella del Norte. Alcanzó la línea Mason-Dixon que separaba los estados de Maryland y Pensilvania, el Sur esclavista del Norte abolicionista, y se estableció en Philadelphia. Desde 1849 hasta que acabó la guerra fue la más famosa conductora del Ferrocarril Clandestino, una red que ayudó a miles de esclavas y esclavos a escapar de las plantaciones. Los caciques pusieron un desorbitado precio a su cabeza, pero Harriet, a la que apodaban Moisés, nunca fracasó. Jamás la pillaron y no perdió ni a uno solo de sus «pasajeros». Regresó hasta diecinueve veces al Sur y se calcula que guió hasta Canadá a más de 300 fugitivos, entre ellos toda su familia. Se orientaba en los bosques como nadie y siempre burló a los cazadores de esclavos.

Tras la guerra, dedicó toda su energía a cuidar de la gente negra anciana e indigente y, sobre todo, a la lucha sufragista. Esgrimía las propias gestas de su vida y las de otras esclavas libertas para argumentar la igualdad entre mujeres y hombres. En 1886 inauguró la primera reunión de la federación de mujeres negras de los Estados Unidos. Hay una foto preciosa de Harriet Tubman tomada poco antes de morir en la que la anciana posa con antiguos esclavos a los que había conducido hasta la libertad y con sus descendientes. Murió con 93 años en su casa de Auburn, en el estado de Nueva York, el 10 de marzo de 1913. Una multitud le rindió tributo entonando su canción favorita, aquella con la que cada expedición libertadora celebraba que habían llegado a destino, «Swing low, sweet chariot».

Es cierto que el resultado de aquella guerra supuso el triunfo del capitalismo ya que una esclava resultaba finalmente más cara que una obrera industrial, que Abraham Lincoln era un racista impenitente, que el fin de la esclavitud trajo la segregación, el linchamiento masivo e impune de la población negra y el nacimiento de abominaciones tan vigentes como el Ku Klux Klan (fundada en el mismo año de la abolición), pero me niego a lecturas reduccionistas y cínicas de la historia, quizás porque desalientan la resistencia y la esperanza. Y, sobre todo, porque afrentan las trayectorias de liberación y lucha de Sojourner Truth, de Frederick Douglass, de Harriet Tubman y de infinidad más de afrodescendientes a quienes la abolición legal de la esclavitud no engatusó y que no tardaron ni medio minuto en combatir las nuevas estrategias del racismo estructural al que se enfrentaban.

«Ahora que las cosas están agitadas, quiero seguir agitando hasta que se pongan bien del todo. Porque si paramos, será un trabajo terriblemente duro arrancar la máquina de nuevo», afirmaba clarividente Sojourner Truth. Tras la guerra, luchó contra la segregación racial en el transporte público, sobre todo después de romperse un brazo al ser expulsada violentamente de un tranvía por ser negra. Cuando Rosa Parks permanecía en el asiento de un autobús negándose a cedérselo a un blanco en 1955 y era detenida por ello iniciando el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, apuesto a que Sojourner Truth le susurraba desde las entrañas: «hija, de aquí no te muevas». También intentó concienzudamente durante siete años que el Gobierno cumpliera su promesa de repartir tierra entre los antiguos esclavos, cosa que nunca sucedió. La organización República de Nueva África soñaba cien años después con una nación independiente de EEUU y de

mayoría negra compuesta por los cinco estados de mayor tradición esclavista: Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi y Louisiana. También peleó por un sistema penitenciario menos racista, más benigno, y contra la pena de muerte, como hoy hace Angela Davis. Sojourner Truth fue una antecesora de todas las luchas que hoy sigue librando en Estados Unidos la población afrodescendiente contra el supremacismo blanco que acorrala sus vidas y las de sus comunidades.

Continuó políticamente activa hasta 1875. Pasó sus últimos años tranquila, rodeada de sus hijas y nietos, en la casa que había logrado comprar en Michigan. Falleció cuando tenía alrededor de 86 años, en 1883. Tan diferente su arropada despedida del espantoso abandono en que murió su padre. Había dedicado toda una larga vida a transformar la desolación en posibilidad para multitudes esclavizadas y para las mujeres, para toda su gente. Desde abril de 2009 hay un busto de Sojourner Truth en el Capitolio de Estados Unidos. Y mujeres negras de todo el mundo vuelven a recitar una y otra vez en público *And ain't I a woman?* a modo de homenaje, plegaria, sortilegio.



© Valerie Shaff

Sylvia Rivera

SYLVIA RIVERA NACIÓ EL 2 de julio de 1951 en Nueva York, ciudad a cuyas calles consagró una vida extrema y épica. Como casi todas las mujeres transexuales que conozco, Sylvia tuvo que marcharse de casa siendo apenas una niña. Abandonada por su padre al nacer y tras el suicidio de su madre al que sobrevivió milagrosamente cuando solo tenía tres años, quedó a cargo de una abuela venezolana que nunca aceptó la feminidad manifiesta e irrenunciable de su nieto Ray. Con tan solo diez años ya vivía en la calle, arropada por una comunidad de drag queens, como se llamaban a sí mismas las transexuales de la época y como se llamó a sí misma Sylvia Rivera hasta su muerte en 2002⁷.

7.- Sylvia Rivera era hija del tiempo en que se autodeterminó como mujer y de todas las décadas en que vivió insurgentemente y se refería a sí misma indistintamente como drag, travesti, trans, mujer transexual o transgénero. Yo las he retratado a ella y a sus compañeras de Stonewall desde esa desdramatización identitaria que a principios de los noventa comenzaría a conocerse también como queer. Pero ni se me ocurriría sugerir que todas esas identidades sean intercambiables. A cada cual hay que tratarle según el género que manifieste y el modo más respetuoso con ellas como comunidad es sin duda denominarlas mujeres transexuales.

La vida en la calle nunca ha sido fácil. Menos aún cuando en el estado de Nueva York seguía vigente una ley de 1845 que prohibía hacerse pasar por otra persona y que era utilizada para perseguir a travestis, marimachos y maricas. La primera vez que detuvieron a Sylvia iba con pantalones y sin maquillar. Llegó a pasar noventa días en la cárcel por «delitos contra la naturaleza». Ella se enorgullecía de haber sobrevivido a todo tipo de asaltos. Al menos, de uno de tantos intentos de violación, se vanagloriaba de haber salido victoriosa: «amablemente me libré de él a mordiscos».

Sylvia Rivera es recordada como la transexual que pegó un taconazo a la policía en aquellos disturbios de Stonewall que supondrían un punto de no retorno en la posibilidad de existir de transexuales, lesbianas y gays. Su nombre y su vida siempre estarán ligados a ese 28 de junio de 1969 en el que le faltaban cinco días para cumplir los 18. Pero ¿qué sucedió aquella noche de verano frente al bar Stonewall de Nueva York que socavaría radicalmente las heteropatriarcales democracias occidentales? Voy a relatar mi propia crónica basada en todo lo que he ido leyendo y escuchando a lo largo de mi vida.

El Stonewall Inn era un bar situado en el Greenwich Village neoyorkino (Christopher Street, 54) donde se atendía a clientela gay y se les permitía bailar libremente en sus dos pistas. Pocos bares lo hacían, la caza policial de homosexuales durante los cincuenta y especialmente en los sesenta se cebaba en clausurar los escasos lugares donde podían reunirse y ser posibles. Las redadas eran continuas y los nombres de los detenidos por conducta inmoral aparecían al día siguiente en los principales periódicos arruinando sus vidas. Pero la mafia italiana era experta en lucrarse al margen de la ley y en arreglo con la policía. Pagaban el soborno a los agentes de turno y conti-

nuaban con el negocio. Aunque las bebidas de garrafón al doble del precio habitual eran intragables y a pesar de las redadas continuas, el Stonewall era, según Martin Boyce, uno de los participantes en los disturbios, como «un abrevadero en la sabana». Un lugar donde poder mostrarse como eran, soltar sus plumas y bailar en parejas prohibidas merecía ser defendido con la propia vida.

A la 1:20 de la madrugada del sábado, dos agentes uniformados irrumpieron en el bar. Dentro aguardaban cuatro secretas que llevaban un rato fijándose en clientes a los que detener. Como las redadas eran habituales, todo el mundo sabía lo que iba a suceder. En cuanto se encendían las luces y se apagaba la música debían formar filas y tener su documento de identidad a mano. Pero aquella noche la clientela del Stonewall no quiso colaborar con su propio arresto. Había unas doscientas clientas divirtiéndose, Sylvia Rivera entre ellas, y la policía decidió darles una lección por su desacato y detenerlas a todas. Fuera del bar rápidamente empezó a congregarse gente que protestó cuando los primeros detenidos de la noche eran transportados a los coches de policía. Una drag queen pegó un bolsazo a un policía en la cara. La multitud insultaba a los agentes y se reía de ellos. Primero llovieron monedas hacia los coches de patrulla, después botellas. Los refuerzos policiales no llegaban. Alguien gritó «Gay Power». Los maderos se pusieron nerviosos y trataron de derribar a las agitadoras. La multitud fue envalentonándose cada vez más. Con el caos, varios de los detenidos escaparon. Se trató de volcar el furgón, pero los tres vehículos policiales huyeron en busca de refuerzos. Comenzaron a volar ladrillos de una obra cercana contra los agentes. Diez policías se atrincheraron dentro del bar con la clientela que aún quedaba retenida, dos periodistas y varios agi-

tadores del exterior que fueron apresados como rehenes. Cortaron los cables del teléfono del bar para incomunicar a la policía. Miss Nueva Orleans, ayudada por otras drags, Sylvia Rivera entre ellas, arrancó un parquímetro y lo usaron como ariete para abrir la puerta del Stonewall. Alguien fue a por queroseno. Los contenedores de basura ardían. Se rompieron las ventanas y la turba entró en el bar saltándolas. Las puertas se abrieron. La policía apuntaba a la multitud encolerizada. La policía tenía miedo. La batalla inicial había durado 45 minutos y en la calle seguían cientos de manifestantes enaltecidos por aquella primera victoria. Llegaron los antidisturbios que marchaban en falange. Un coro de travestis y maricas se colocó enfrente para bailar un cancán. Más detenciones, más resistencias. La multitud rodeaba la manzana y aparecía por todos los flancos cercando a la policía. Llovieron los porrazos. En algunos gloriosos momentos, la policía huía despavorida. Una panda de mariconas estaba contraatacando con inesperada fuerza. A pesar de que los agentes destrozaron después el interior del bar como venganza, el Stonewall Inn volvió a abrir la noche del sábado. Tras la primera batalla, la multitud en rebeldía se reunió en el parque Christopher en una asamblea improvisada. Aquella misma noche se imprimieron 5.000 octavillas denunciando a la policía y a la mafia. Por vez primera eran una comunidad política que se iba a defender de la violencia hegemónica heteropatriarcal. Los disturbios se repitieron con más violencia las dos noches siguientes.

«¿Sabes lo que fue más bonito de aquella noche? Ver a los hermanos y las hermanas de pie como una gente unida», evocaría siempre Sylvia Rivera.

Martin Boyce, uno de los amotinados, describe así el regreso a la calma. «Al día siguiente de la primera revuel-

ta, cuando acabó todo pero aún no había amanecido, recuerdo que me senté junto a una puerta, agotado, y miré la calle. Aún estaba lo bastante oscuro para que la luz de las farolas se reflejara en todos los cristales rotos, en todos los destrozos. Y la ropa de colores enganchada en distintos sitios. Era como si estuviera todo decorado, era precioso. Relucía como la mica. Era como si la calle de la pelea estuviera llena de diamantes, como una recompensa. Y pensé: lo hemos logrado. Pero esto lo vamos a pagar muy caro». Solo un gay puede describir tan preciosamente el escenario tras la batalla.

Algunas sobrevivieron al desarraigo, a la vida en la calle, a la violencia policial, al hostigamiento de la mayoría normalizada, a los crímenes de odio, a la cirrosis, a la sobredosis, al SIDA, a los intentos de suicidio. Algunas resistieron también al aburguesamiento y a la traición de buena parte del movimiento gay. De ese movimiento de liberación gay que ellas iniciaron aquel mítico 28 de junio de 1969 cuando acorralaron por vez primera a la policía en las únicas calles que habían logrado ganar al heterofascismo que invadió Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Algunas sobrevivieron incluso para contarlo, para narrar la gesta como sucedió, sin las posteriores mitificaciones que nada inocentemente tratan de reducir la hermosa fiereza de la batalla y atribuyen el mérito a los gays blancos de clase media que no estuvieron allí, ocultando a las aguerridas travestis callejeras. Así de rotunda se expresaba Sylvia Rivera en el año 2000: «Estoy furiosa porque la comunidad gay no respete lo que yo y otras trans hicimos para liberar a cada gay. La comunidad gay no recuerda que si no fuera por la gente de esa noche, esas drag queens de mi época, sin nosotras las trans, no hubiera existido ninguna liberación gay para nadie».

No es para menos, las crónicas de aquella noche coinciden en señalar a las drag queens como máximas agitadoras. A mí no me sorprende, muchas mujeres transexuales me han contagiado su arrolladora potencia a lo largo de mi vida, de ellas he aprendido una feminidad aguerrida e indómita. Fueron socializadas como niños y tuvieron que aprender a defenderse de las agresiones continuas de un entorno que no perdona las disidencias de género. Junta la fuerza de un hombre con la rabia de una mujer y comprenderás lo que sucedió aquel 28 de junio del 69. Y de todas las transexuales, Sylvia Rivera es la más citada, hasta convertirse en la heroína legendaria de aquella noche. Ella rechazaba ese protagonismo desde su responsabilidad política y con ironía: «Yo he leído en los libros de historia que me atribuyen el mérito de haber lanzado el primer cóctel molotov, pero quiero decir que fui solamente la segunda». Desde 2005, la intersección entre las calles Christopher y Hudson se llama Sylvia Rivera Way, aunque ella ya no estaba para disfrutarlo.

Otros participantes de la revuelta que a menudo se olvidan fueron los adolescentes sin techo que dormían en el cercano parque Christopher y que eran bien acogidos en la zona, sin que importase si eran gays o no. Aquellas calles eran el refugio de los marginados sociales, no solo por razón de opción sexual o de identidad genérica, sino también de clase, de adecuación social, de raza. En la única foto que existe de aquella primera noche aparecen tres chavales de la calle enfrentándose a la policía. Y mucha otra gente se acercó al calor de los disturbios. Estamos hablando de unos agitados años en los que las Black Panthers y el activismo antimilitarista contra la guerra del Vietnam mantenían en jaque al gobierno y cualquier lucha por los derechos civiles y contra la policía sublevaba multitudes.

Rita Mae Brown, pionera del feminismo lesbianista, pasó por allí con una amiga cuando llegaban los refuerzos policiales y confiesa que se alejaron de la zona aterrorizadas. Siempre he admirado a quienes reconocen su miedo en vez de colgarse medallas nunca ganadas. Pero muchas bolleras estuvieron allí. Aunque Nigel Finch, el director gay de la desatinada película *Stonewall* (1995), haya preferido borrarlas de la historia (¡no sale ni una!). A algunas les pilló la redada dentro del Stonewall. La policía solía dividir a la desviada clientela en tres grupos: supuestas mujeres, supuestos hombres y supuestos hombres vestidos de mujer. Es decir: bolleras, maricones y travestis. Las segregaban por su presunta genitalidad y el tercer grupo era conducido a los lavabos para que la policía pudiera comprobar qué tenían entre las piernas y de paso ultrajarlas. El asalto sexual de los agentes iba especialmente dirigido hacia las bolleras. No importaba que aquellas señoritas fueran ataviadas como Frank Sinatra. Bajo los pantalones, tenían coño. Dicen que la sublevación de la clientela se insufló aquella noche cuando las lesbianas que estaban dentro del bar comenzaron a defenderse del manoseo de los policías y sus hermanas maricas y transexuales las apoyaron.

Una de las heroínas anónimas de aquella larga noche ha sido descrita por muchos testigos como una marimacho que, cuando salía esposada y detenida del bar y trataban de subirla al coche de policía, se resistió durante unos diez minutos empujando e insultando a cuatro agentes que no podían con ella. En un momento se dirigió a la muchedumbre que se había agolpado en las puertas del bar y grito: «¿por qué no hacéis algo?». Aunque es imposible señalar el instante en que la multitud devino en horda, siempre se apunta la determinación, la rabia y el

llamamiento a la acción común de aquella lesbiana desconocida como uno de los detonantes que prendieron la revuelta.

Si, hasta aquel 28 de junio, las escasas organizaciones denominadas homofílicas pretendían transformar la peyorativa imagen mediática y social de gays y lesbianas (a los y las transexuales ni se les nombraba) a través de una incesante aunque tímida actividad pública que presentaba a los desviados sexuales como ciudadanos ejemplares, mostrando a maricas masculinizados y a bolleras feminizadas, tras los disturbios de Stonewall nada fue igual. Cambió el activismo radicalmente, ya no se volvería a pedir permiso para existir. Sylvia Rivera lo resume con estas enaltecidas palabras: «Y así comenzó la historia del orgullo gay. Cuando vimos al jefe de esos cerdos [de la policía] contemplar el éxito que teníamos al manifestarnos, para deshacer todo el horror en el que vivíamos. La gente corría, había sangre por todas partes. Pero, a pesar de ese horror, lo más hermoso de la situación es que no podíamos parar. No teníamos miedo y no nos importaba morir. Nunca más aceptaríamos seguir oprimidas».

Lo que sucedió aquel fin de semana de junio del 69 fue tan importante que comenzó a celebrarse el aniversario desde el año siguiente. El 28 de junio de 1970, la primera marcha gay de la historia recorría Manhattan, desde la calle Christopher hasta Central Park. Ya nadie se disfrazaba de heterosexual, ya no se escondían las plumas. Algunos asistentes recuerdan el pánico que sintieron antes de la marcha por reivindicar su homosexualidad en las calles, fuera del ghetto. Y la emoción desbordada al comprobar que multitudes salieron de los armarios a la luz para apuntalar aquel rotundo «ni un paso atrás». Aquel mismo 28 de junio otras ciudades estadounidenses acogieron

marchas gays y, en pocos años, todo Occidente. Hoy se celebra, o se intenta celebrar, en todo el mundo. Stonewall es tan trascendente por estas dos razones: por lo que sucedió allí y porque la conmemoración de lo que sucedió allí se ha convertido en una efeméride por las libertades sexuales a nivel internacional. Sylvia Rivera, a pesar de los avatares de su vida fronteriza, no se perdía ninguna marcha del 28 de junio.

Ella, que había nacido en Nueva York en 1951 en plena posguerra ultraconservadora y patriarcal. Ella, que con diez años ya vivía en la calle, arropada por una manada de drag queens. De origen portorriqueño-venezolano en una sociedad supremacista blanca, fue, además, puta, yonky, sin techo, transexual y activista siempre. Luchó contra la guerra del Vietnam, a favor de los derechos de las mujeres, de la gente sin hogar, de las adolescentes que tenían que fugarse de casa para seguir viviendo, de las lesbianas, gays y transexuales, de las trabajadoras del sexo, contra el racismo junto a las Black Panthers y a los Young Lords, contra la estigmatización del SIDA y de los drogo-dependientes. Y cuando digo luchó me refiero a organizó, coordinó, protestó, arropó, formuló, visibilizó... En sus propias palabras: «Antes de los derechos gays, yo estuve involucrada en el movimiento de liberación negra y en el movimiento por la paz. Yo me involucré con muchas causas diferentes porque tenía tanta rabia con el mundo, con la manera en que trataban a la gente. Pero estar en la revuelta de Stonewall fue tan bello, tan excitante. Dije, “ahora, es mi momento”. He sido una revolucionaria para todos los otros y ahora es mi momento para hacer lo mío por mi propia gente».

Fue incansable, callejera, desbocada. Y la encrucijada de opresiones (raza, género, clase, adecuación social...)

que marcó su vida condensa mejor que nada la potencia del activismo queer. Y también la potencia del feminismo. Creía en las alianzas políticas porque ella misma encarnaba la intersección de todas las segregaciones, es decir, se hallaba en el escalafón inferior de todas las pirámides sociales. Solía no perderse las manifestaciones. Una vez, cuando protestaban por la muerte de un chico negro a manos de la policía, los manifestantes afrodescendientes comenzaron a llamar maricones a los policías. Ella les dijo: «no, los maricones estamos aquí con vosotros». Y cambiaron sus gritos.

En 1971, se estaba trabajando para promover una ordenanza antidiscriminatoria en la ciudad de Nueva York y ella insistía en que esta no debía excluir a la gente transgénero. Mientras el Ayuntamiento en pleno debatía, escaló el edificio con tacones hasta la segunda planta. Sylvia Rivera trepando por la fachada del sistema político para exigir el fin de la violencia estructural contra los suyos me parece la mejor metáfora de la radicalidad.

Por aquellos años, el feminismo en Estados Unidos, liderado por Betty Friedan en la megaorganización now, trató de apartarse de las lesbianas y el movimiento gay de las drag queens. Utilizaron la misma excusa: era más fácil lograr objetivos políticos si cada comunidad se deshacía de sus grupos más estigmatizados socialmente. O lo que es lo mismo, la unidad de la lucha debe servir a los intereses de sus miembros más privilegiados. Esto que hoy nos parece una abominación política (aunque se siga practicando encubiertamente), entonces supuso que now expulsase a las lesbianas que exigían visibilidad, entre ellas Rita Mae Brown, y que la feminista Jean O'Leary, en el aniversario de Stonewall de 1973, criticara duramente a las transexuales por imitar a las mujeres y burlarse de

su feminidad. Sylvia Rivera saltó al estrado para gritar: «Podéis ir a bares gracias a lo que las drag queens hicimos por vosotras y ahora estas putas nos dicen que dejemos de ser nosotras mismas». Aquel mes de junio de 1973, Sylvia había ofrecido con otras compañeras un show drag en conmemoración de la revuelta. Entre el público se encontraban la explosiva escritora Jacqueline Susann y Shirley MacLaine. La inspiración mutua entre mujeres es innegable, sin que importe lo que tengamos (o tuvimos) entre las piernas. Sylvia y otras drags sin las que nunca hubiera estallado Stonewall abandonaron las organizaciones gays para centrarse en la lucha transgénero. Y Jean O'Leary se retractó sinceramente años después de su despiadada transfobia.

Entre todas sus hermanas, la drag queen negra Marsha P. Johnson era su inseparable. Siete años mayor que Sylvia, había cuidado de ella en sus primeros tiempos en la calle. Juntas fundaron a principios de los setenta el colectivo STAR (Travestis Callejeras Revolucionarias en Acción, en sus siglas en inglés) desde el que tejían una red de supervivencia entre mujeres transexuales sin techo. Lograron mantener una casa refugio durante dos años donde además repartían comida y ropa. Se llamaba la Casa de la Estrella y las dos amigas pagaban el alquiler prostituyéndose. El retrato más famoso de Marsha fue realizado por Andy Warhol seis años después del ataque de Valerie Solanas.

El cuerpo de Marsha apareció flotando en el río Hudson tras el 28 de junio de 1992. La policía dictaminó que se había suicidado, pero Sylvia y muchas compañeras creyeron que había sido víctima de un crimen de odio. Ella misma solía decir que había perdido la cuenta de las amenazas y agresiones que había sufrido en su vida por

ser una mujer transexual prostituta y negra, aunque también a manos de sus parejas. Ya entonces varios testigos aseguraron que habían visto a Marsha acosada por unos desconocidos cerca de donde aparecería su cadáver. Veinte años después, la policía de Nueva York ha reabierto el caso.

Desesperada por el desgaste de su arriesgada vida y por el desarraigo, Sylvia se lanzó a ese mismo río en 1995, pero fue rescatada. Ambas se habían prometido atravesar juntas el bíblico río Jordán hacia la vida eterna. Sospecho que allá están, empoderando a las travestis del inframundo. Nunca dejó de repetir la frase que haría famosa a Marsha, sobre todo desde que un juez le preguntó qué significaba la P de su nombre: «Pay It No Mind». Pasa, no tiene importancia.

Sylvia Rivera sobrevivió una vez más, afortunadamente. Todavía le faltaba por encontrar al amor de su vida. El 27 de junio de 1999 declaraba en el *New York Times*: «Mi futura esposa es Julia Murray. Antes de conocerla había oído hablar de ella. Julia había perdido la cabeza por un tiempo, como nos pasa a la mayoría de personas transgénero. Todas nos confundimos, perdemos la cabeza, y acabamos en hospitales. Cuando yo me mudé a la Transie House, justo Julia llegaba a casa. Nos hicimos muy buenas amigas. A Julia no le gusta dormir sola, entonces siempre bajaba al salón que era mi cuarto y se acostaba en la alfombra. Y yo le decía “tírate en la cama”. Así estuvimos mucho tiempo hasta que un día sin más pasó, y somos amantes desde entonces. Eso fue hace cuatro meses. Tenemos planeado casarnos en una iglesia al inicio de la próxima primavera. Nunca pensé que me casaría con alguien, pero estoy muy feliz. Siento que ambas, siendo transgénero, entendemos lo que la otra ha vivido. Siempre he-

mos estado con hombres, pero los hombres que hemos conocido en nuestras vidas no han podido darnos esa sensibilidad que compartimos entre nosotras. Ella ha hecho que mi vida sea diferente, me ha ayudado. No me estoy drogando y no estoy bebiendo tanto. Y la gente tiene que entender eso: solo queremos ser nosotras mismas».

En el 2000 fue invitada junto con Julia a celebrar el 28 de junio en Roma, donde fue proclamada la Mamma de todas las transexuales, maricas y bolleras del mundo. Esta maternidad política y simbólica deleitó a Sylvia. Ella siempre había cuidado a la gente más desamparada dentro de su comunidad. Cuando vivía en la calle, como aquellos gélidos inviernos en los muelles del West Village, o en la Casa de la Estrella que montó con Marsha, Sylvia aconsejaba, arropaba, consolaba, a las más vulnerables. Sobre todo adolescentes desterrados de sus asfixiantes y violentos hogares. Hubo épocas en las que aún teniendo techo, se mantuvo en la calle para seguir protegiendo desde su experiencia a la gente más joven y desvalida. Le llamaban Ma-ma Sylvia. Conocía lo imprescindible que llega a ser sentirnos protegidas por alguien cuando el machismo y la tiranía de tu familia te abocan a la intemperie siendo una cría. Y cuando en las calles te espera el acoso de los policías y otros machos. Ella misma fue adoptada por aquella comunidad de drag queens sin techo en 1961, cuando solo tenía diez años. También solía confesar que, tras una infancia de abandonos y falta de amor, sobre todo por haberse criado sin madre, no podía evitar volcarse en mitigar la soledad ajena.

Dedicó su activismo a generar una comunidad de desviadas que no solo se defendiera de la moral hegemónica, sino que también cuidara de sus miembros. Es decir, no se trataba solo de salir del armario, sino también de sa-

lir de la miseria, de ayudarse mutuamente para que los gays, las lesbianas y las transexuales que no eran blancas y burguesas pudieran sobrevivir sin tanta penuria ni tanto asalto. Sobre todo cuando, poco después de Stonewall, gran parte del movimiento gay traicionó aquella radicalidad fundacional y arrinconó a sus propias pioneras. Apenas tardaron cuatro años en aburguesarse. Hay un vídeo grandioso⁸ de aquel 28 de junio de 1973 tan funesto en el que Sylvia sube al escenario tras la manifestación y se hace con el micro. Tratan de quitárselo sin conseguirlo. Parte de la multitud le abuchea, otras aplauden. Ella grita para que el movimiento gay no olvide la violencia que siguen sufriendo sus colectivos menos privilegiados, para recordar a las hermanas que permanecen en las cárceles. Cuando quieren silenciarnos, solo nos queda chillar. Sylvia está colosal, con un mono elástico del que despuntan sus incipientes pechos hormonados y la melena negra revuelta con enormes franjas platino. Sospecho que el punk nació en ese preciso instante.

Una vez, a principios de los noventa, reclamó en el Centro Gay Lesbiano Comunitario de Nueva York que debían acoger a sus indigentes y fue expulsada. «Me deprimó cuando pienso que durante treinta años he estado luchando y luchando y todavía me siento como una paria en la comunidad gay», declaraba en 1999. Cuando un año después era aclamada en Roma como historia viva, ella declaró sonriente: «jamás recibiría este reconocimiento en mi país».

Las imágenes y vídeos que hay de ella muestran a una mujer cobriza de prominente nariz que sonreía con la boca y con los ojos. De cría era preciosa y los años, que

8.- *y'all better quiet down!* puede verse en <http://vimeo.com/45479858>

pasaron rápido para ella, le fueron otorgando cierto aire de hechicera. Su glamour siempre fue arrabalero. Su dosis, un litro de vodka al día. Era dulce, rotunda y divertida. Sus amigos se sorprendían de que una vida tan extrema en vez de amargar su carácter, la hubiera vuelto cada día más luminosa. Hay un palpitante tributo de su amada Julia que describe mejor que nada la generosidad que impulsó la vida y la política de Sylvia Rivera. «Nadie se ha entusiasmado por mí así en mi vida. Me acariciaba como si yo fuera un regalo».

Murió en febrero de 2002, con 50 años. Entonces coordinaba junto a su compañera Julia Murray un programa de distribución de alimentos en una iglesia gay. En su lecho de muerte batalló para que una ley antidiscriminatoria que se estaba redactando para el estado de Nueva York no volviera a excluir a la gente transgénero. Todavía tuvo aplomo para recibir en el hospital a unos representantes gays y echarles la bronca.

Esparcieron sus cenizas en las calles donde comenzó la revuelta.



Louise Michel

LOUISE MICHEL NACIÓ EL 29 de mayo de 1830 en el ruinoso castillo de una pequeña aldea francesa llamada Vroncourt. Era hija natural de una sirvienta y del hijo de la familia para la que trabajaba esta. Siempre llevó el apellido de su madre, a la que adoraba. De pequeña, recibió una educación ilustrada, racionalista y republicana de quienes consideraba sus abuelos y soñaba con ser poeta. Durante toda su vida escribiría poemas, ensayos, cuentos y obras de teatro. Llegaría a publicar una buena parte, otros son ilegibles. Recordaba su infancia en el campo como un periodo feliz en el que se despertó su curiosidad por el mundo y su compromiso por mejorarlo.

«Hasta donde puedo recordar, el origen de mi rebelión contra los poderosos fue mi horror al ver los sufrimientos infringidos a los animales. Deseaba que los animales pudiesen vengarse, que el perro mordiese al hombre que lo estaba maltratando sin piedad, que el caballo que sangraba bajo el látigo arrojara al jinete que lo estaba atormentando». También comprendió tempranamente lo arraigadas que se encontraban las estructuras de poder que per-

mitían la explotación humana. «Ningún campesino llega a rico trabajando la tierra, solo producen dinero para personas que ya lo tienen en demasía. Muchos hombres me han dicho: “no debe usted decirlo, pequeña, es una ofensa a Dios”. Esto es lo que me dijeron cuando les manifesté que aquí en la Tierra todos tienen derecho a todo».

Estudió para ser maestra y fue abriendo sucesivas escuelas libres donde puso en práctica sus métodos de pedagogía libertaria. Promovía la participación de las alumnas, su sentido de la responsabilidad y la formación de una mentalidad crítica, prohibía el castigo, alentaba el contacto con la naturaleza y con el arte. Aquellas técnicas de enseñanza antiautoritaria eran insólitas entonces y recibió más de una denuncia de las familias de sus alumnas. Aún y todo, otras maestras que trabajaron con ella aseguraban que la instrucción no se dejó de impartir. Las niñas no solo desarrollaban ideas propias, también adquirían conocimiento.

Pero ella ansiaba la agitación parisina, aunque le costaba mucho separarse de su madre que no podía seguirla mientras la abuela necesitara de sus cuidados. Finalmente, Louise Michel se mudó a la capital en 1856, donde fue maestra libre durante quince años. En 1865, tras vender unas tierras que había heredado de su familia paterna, pudo abrir su propia escuela y su madre por fin fue a vivir con ella. En aquellos desbocados años de oposición al emperador Napoleón III y previos a esa Comuna de París por la que lucharía como si no hubiera mañana, Louise Michel se comprometió de por vida con la revolución. «Mi compasión por todo ser que sufre fue lejos, mi rebeldía contra las desigualdades sociales fue aún más allá. Creció, y sigue creciendo, a través de combates y matanzas. Mi rebeldía domina mi pena, y esta domina mi vida. No hay manera alguna de que yo pueda impedirme a mí misma que dedique mi vida a la revolución».

El 12 de enero de 1870, un Bonaparte asesinaba al pe-riodista republicano Victor Noir. Su funeral concentró en París a 100.000 manifestantes contra el Imperio. Louise Michel acudió vestida de hombre y armada con un puñal. En julio de ese mismo año, Napoleón III declaraba una guerra a Prusia que en a penas dos meses le haría ser capturado y obligado a capitular. Por fin, las multitudes obreras se habían librado del déspota, aunque debían defenderse del ejército invasor que no depuso su avance hacia París. En tal turbulenta coyuntura, el 4 de septiembre era proclamada de nuevo la República y se formaba un Gobierno de Defensa Nacional liderado por el reaccionario Thiers. Vencido el ejército regular, el gobierno quería pactar la rendición con Prusia y, sobre todo, sofocar la revolución obrera que las masas estaban fraguando en medio del asedio y del hambre de París. Louise Michel, disfrazada, viajó hasta Versalles para comprobar cómo podía matar a Thiers. Cuando pidió consejo, le recomendaron que desistiera por miedo a que el terror que iba a desatarse tras el magnicidio sofocase la revolución que estaban a punto de detonar. Ella creía en la comunidad y decidió no seguir adelante con una acción que iba a afectar tan drásticamente al pueblo de París solo por iniciativa propia. Durante toda su vida se arrepentiría de no haber acabado con aquel político mezquino, arribista y sanguinario antes de que ordenase masacrar la Comuna.

El pueblo, organizado masivamente en la Guardia Nacional para defenderse del ejército invasor, estaba armado como nunca. «Mientras tanto, cada uno encontraba tiempo para ejercitarse en el tiro en las barracas. Llegué a ser muy diestra, lo que pudimos comprobar más tarde». Cuando tropas de Versalles abrieron fuego contra la multitud, el 22 de enero de 1871, Louise Michel, ataviada

con el uniforme de la Guardia Nacional, respondía con un fusil. El gobierno comprendió que debía retirar cuanto antes de los suburbios obreros los cañones de la Guardia Nacional que habían sido pagados por suscripción pública para la defensa de París. Aquella maniobra fallida para desarmar al proletariado desencadenó la Comuna el 18 de marzo de 1871. Así lo relató la más recordada de sus cientos de heroínas, Louise Michel:

«Al saber que los soldados de Versalles estaban tratando de apoderarse de nuestros cañones, hombres y mujeres de Montmartre, cual un enjambre, invadieron la colina en una maniobra sorpresa. Estas personas que estaban subiendo la cuesta sabían que podían morir, pero estaban dispuestas a pagar ese precio. La colina de Montmartre estaba bañada por la tenue luz matutina, a través de la cual las casas se vislumbraban como si estuviesen ocultas tras un fino velo de agua. Poco a poco, la multitud iba creciendo. Otros distritos parisinos, al enterarse de lo que estaba sucediendo en Montmartre, venían en nuestra ayuda. Las mujeres de París cubrieron los cañones con sus cuerpos. Cuando los oficiales ordenaron a los soldados que disparasen, estos se negaron. El mismo ejército que dos meses más tarde sería utilizado para aplastar París, ahora no quiso ser cómplice de la reacción. Los soldados desistieron de su intento por apoderarse de los cañones de la Guardia Nacional. Comprendieron que la gente, al defender las armas que los realistas y los imperialistas, de acuerdo con los prusianos, se disponían a utilizar contra París, estaba defendiendo la república. Cuando llegamos a vencer, eché una mirada alrededor y vi a mi pobre madre⁹, quien me

9.- En todas las crónicas que publicó Louise Michel, aunque muestra su admiración y cariño por muchísima gente, aparece una única y obsesiva referencia

había seguido a la colina de Montmartre creyendo que yo iba a morir. Ese día, el 18 de marzo, el pueblo despertó».

El gobierno de Versalles retiraba sus escasas fuerzas leales de París y la oligarquía, esta vez burguesa, huía de nuevo. El 28 de marzo se constituía un gobierno autónomo de la ciudad a través de elecciones (por sufragio masculino y censitario, eso sí) en el que había republicanos de clase media y también obreros radicales, seguidores de Marx y también de Proudhon.

La Comuna solo duró dos meses, pero le dio tiempo a dismantelar el sistema opresor. Tenían muy claro lo que debían transformar. Se abolió el ejército regular y se armó al pueblo, mujeres y hombres. La administración de los asuntos públicos quedó liberada de la intervención religiosa, se socializaron los bienes de la Iglesia y se le privó de beneficios económicos. Se abolieron las multas y los intereses de las deudas, se limitó el salario de los cargos públicos para que no excediese del que cobraba el proletariado y se tomaron medidas para equiparar los sueldos de mujeres y de hombres. Se extendió el derecho a percibir pensiones a concubinas y bastardos. Se instituyó la educación gratuita. Se decretó que las fábricas abandonadas por los empresarios que habían huido de la revolución pudieran ser puestas de nuevo en marcha cooperativamente para continuar con la producción. Se organizaron guarderías públicas para que las madres pudieran traba-

a su red afectiva: el lamento permanente por la preocupación que su arriesgada vida revolucionaria provocaba en su madre. Aunque jamás dejó de hacer lo que consideraba que debía hacer sin que las represalias hacia ella ni el comprensible disgusto de su madre pudieran disuadirla, sus textos están cuajados de ese «pobre mamá» que despierta una ternura irresistible hacia ambas. «¡Pobre mujer! ¡Cuánto la quería! ¡Cuán reconocida le estaba por la completa libertad que me daba para obrar según mi conciencia, y cómo hubiese querido ahorrarle los días tan malos que tuvo con tanta frecuencia!».

jar y participar en la revolución. También se destruyeron los símbolos del chovinismo y de la represión. El 6 de abril se quemaba la guillotina ante la ovación popular.

Louise Michel apenas durmió en los dos meses que duraría la Comuna. Organizó el Comité de Vigilancia de las Mujeres de Montmartre y también participaba en el de hombres, coordinó una guardería, reclutó a conductoras de ambulancias, muchas de ellas putas, montó un hospital de campaña. Sus descripciones sobre la entereza y la utilidad de las mujeres de la Comuna son memorables:

«Nuestros amigos hombres son mucho más propensos a la pusilanimidad que las mujeres. Una supuestamente débil mujer sabe decir mucho mejor que cualquier hombre: “esto hay que hacerlo”. Puede sentirse desgarrada hasta el mismísimo útero, pero quedará inmovible. Sin odio, sin ira, sin piedad por sí misma o por otros, independientemente de si su corazón sangra o no, es capaz de decir: “esto hay que hacerlo”. Así eran las mujeres de la Comuna».

El gobierno de Thiers lograba aplastar el sueño comunero con el beneplácito del ejército prusiano el 28 de mayo de 1871. Un testigo inglés recalcó la resistencia del batallón femenino de Louise Michel: «Pelearon como demonios, mucho mejor que los hombres, y tuve el dolor de ver cómo abatían a 52 de ellas, incluso cuando ya estaban rodeadas por soldados y desarmadas». Ella combatió hasta el final para defender la revolución y en el último momento logró escapar. Pero detuvieron a su madre y amenazaron con ejecutarla si no se entregaba. Así lograron apresar a Louise Michel.

«Sí, bárbara como fui, amaba el cañón, el olor de la pólvora y la metralla en el aire, pero, por encima de todo, ¡estaba enamorada de la revolución!».

Toda la Europa revolucionaria había mirado expectante aquellos meses hacia París y, puesto que todavía no se había producido la ruptura entre comunistas y anarquistas, ambas tendencias interpretarían la Comuna como el primer experimento de su programa político. Karl Marx diría: «esta fue la primera revolución en la que la clase obrera fue públicamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social, incluso por la gran mayoría de la clase media de París, con la única excepción de los capitalistas ricos». Para Mijail Bakunin, «la Comuna fue ante todo una audaz y claramente formulada negación del Estado».

El 16 de diciembre, Louise Michel fue llevada ante el Consejo de Guerra donde demostró una vez más su inquebrantable coraje.

Louise Michel: No me quiero defender, pertenezco por entero a la revolución social. Declaro aceptar la responsabilidad de mis actos. Ya que al parecer todo corazón que late por la libertad solo tiene derecho a recibir una pequeña porción de plomo, solicito la que me toca. Si me dejáis viva, no dejaré de clamar por la venganza.

Presidente del Tribunal: No puedo permitirle que siga hablando si continúa en ese tono.

Louise Michel: He terminado. Si no sois cobardes, matadme.

En los juicios sumarísimos contra las comuneras, se escuchaban acusaciones inspiradas por la misma misoginia con la que habían sido juzgadas Olympe de Gouges y otras contemporáneas suyas ocho décadas antes. «Criaturas sin mérito que parecen haberse empeñado en

convertirse en el oprobio de su sexo y repudiar el grandioso y magnífico papel de la mujer en la sociedad: una esposa legítima, merecedora de nuestro afecto y respeto, totalmente devota de su familia. Pero, si al desertar a esta sagrada misión, la naturaleza de su influencia cambia, y solo sirve al espíritu del mal, se convierte en una monstruosidad moral. Entonces la mujer es más peligrosa que el más peligroso de los hombres».

Se calcula que la población parisina ejecutada, encarcelada y deportada en el aplastamiento de la Comuna ascendió a más de 100.000. Louise Michel reconocía, veinticinco años después: «somos espectros habiendo vivido entre tantos muertos». Pero sobrevivió más de tres décadas a la masacre y nunca perdió el aliento. Tras haber logrado el ansiado gobierno del pueblo, aunque fuera en tiempos de guerra y por solo dos meses, nunca dejó de creer en la revolución ni de apoyarla allá donde resurgiera. «El océano de revoluciones nos llevará adelante con sus altas mareas».

Louise Michel fue condenada a deportación perpetua. Tras más de dos años encarcelada, el 28 de agosto de 1873 embarcaba en el buque *Virginie* rumbo al Pacífico Sur¹⁰. «La vieja fragata, que pusieron de nuevo a flote para nosotros, medio rota, se quejaba, crujía como si fuera a quebrarse, navegando solo con la vela mayor como un esqueleto de barco, semejante a un fantasma». Casi cuatro meses de travesía conversando sobre todo con otra comunera llamada Nathalie Lemel bastaron para que Louise Michel abrazara para siempre el ideario anarquista. El 10

10.- Louise Michel era una apasionada de la historia precolonial y veía indígenas por todos lados. Cuando el *Virginie* hizo una parada en las islas Canarias, ella anotó desde la inmensa jaula en que acotaban a las presas en cubierta, «los habitantes que acuden al navío a traer frutas son magníficos. ¿A lo mejor son guanches cuyos abuelos habitaban la Atlántida?».

de diciembre de 1873 llegaban a una isla tropical, situada a 1.800 kilómetros al este de Australia, que había sido colonizada por Francia veinte años atrás y a la que los invasores llamaban Nueva Caledonia. La población aborigen se autodenomina kanaka y hoy continúa reivindicando su tierra, Kanaky. En 2014, el archipiélago Kanaky todavía es colonia francesa.

Al contrario que la mayor parte de sus compañeros de deportación, Louise Michel apoyó inmediatamente la lucha kanaka por recuperar su independencia. «Los kanakas buscan la misma libertad por la que nosotros luchábamos en la Comuna». Comenzó a estudiar sus lenguas y trabajó como maestra tanto con la población francesa, como con la población indígena infantil y adulta. El alcalde protestó: «usted tiene que cerrar su escuela, llena las cabezas de estos kanakas de doctrinas peligrosas. El otro día le oyeron hablar de humanidad, justicia, libertad y otras cosas inútiles».

En 1878, mientras Louise Michel se encontraba en Kanaky, se produjo una revuelta indígena. «Una noche de tormenta durante la insurrección kanaka, oí llamar a la puerta de mi compartimento en la choza. “¿Quién es?”, pregunté. “Taïau”, respondieron. Reconocí la voz de nuestros kanakas, los que nos traían los víveres. Taïau significa amigo. En efecto, se trataba de ellos. Venían a despedirse de mí antes de alejarse a nado bajo la tempestad para unirse a los suyos y combatir a “blancos malvados”, decían ellos. Entonces dividí la banda roja de la Comuna que había conservado a través de mil dificultades y se la di como recuerdo». Hoy, la lucha por la independencia de Kanaky sigue venerando a su aliada Louise Michel.

«El hacha de guerra fue desenterrada y la sublevación comenzó. Del lado de los kanakas con hordas, lanzas y

mazas; del lado de los blancos con cañones de montaña, fusiles y todas las armas de Europa». La insurrección kanaka de 1878 liderada por Atai duraría dos meses hasta ser aplastada por el Ejército francés. «Cuando la cabeza de Atai fue enviada a París me pregunté quiénes eran los verdaderos cazadores de cabezas. El gobierno de Versalles hubiera podido dar clases de canibalismo a los nativos». Los invasores blancos siempre retrataron a las culturas indígenas que exterminaban como antropófagas y despiadadas, esa era la fama que tenía el pueblo kanaka. La cabeza de Atai sigue todavía hoy sin regresar a su tierra.

Kanaky funcionaba como colonia penal para Francia y hasta allí fueron deportados gran número de argelinos que habían luchado por independizarse de nuevo en 1871. Louise Michel también confraternizó con ellos. «Una mañana, en los primeros días después de nuestra deportación, vimos llegar a árabes, con sus inmensos albornoces blancos, deportados igual que nosotros por haberse sublevado contra la opresión». Como había hecho un siglo antes Olympe de Gouges, Louise Michel siendo blanca y originaria de una nación imperialista, por tanto, privilegiada internacionalmente, atravesó la línea de color para hermanarse con las luchas de todas las gentes oprimidas del mundo. No se podía ser revolucionaria y, sin embargo, racista. Al menos ella no podía.

La comunidad deportada francesa puso en marcha un grupo de teatro en el que se representaban dramas, vodeviles, incluso ópera. Louise Michel, interesada no solo en reproducir su cultura de origen sino también en conocer la que encontró en aquellas tierras lejanas, propuso que escenificasen obras de teatro kanakas. «A algunos camaradas les parecía que yo era más kanaka que los propios kanakas. Hablé incluso de presentar la obra ataviados con

negras mallas y agregué algunos otros detalles para exasperar a esa gente. El incidente siguió su curso normal, mis adversarios se enardecían y yo me divertía para mis adentros».

También tuvo disputas sobre la música, otra de sus pasiones desde que era niña. «Se hablaba de formar una orquesta. Yo tenía mis propias ideas, quería sacudir ramas de palmeras, golpear bambú, hacer trompetas con caracolas y utilizar sonidos producidos por una hoja cuando se la aprieta contra los labios. Deseaba una orquesta kanaka. Pero mi plan se vio frustrado por el Comité de Teatro Clásico Ligero, de hecho me acusaron de ser una salvaje». Era una apasionada erudita de la botánica, la biología, la nutrición y la observación científica. Envío sus minuciosos apuntes sobre la flora y la fauna de Kanaky al Instituto Geográfico de París. Probó los alucinógenos isleños y experimentó incluso una vacuna para salvar a las papayas de la ictericia con éxito. Llegó a aprender una de las lenguas kanakas y también recopiló sus canciones y leyendas, que publicaría tanto allí como a su regreso a Europa.

En 1880 se le permitió retornar después de una amnistía general y el 9 de noviembre una multitud le daba la bienvenida en París. Desde que la Comuna fue derrotada militarmente, quedaría mitificada entre las clases populares como un paraíso perdido revolucionario y Louise Michel como una de sus heroínas vivas, lo que le aseguraba amplias y entregadas audiencias para su misión agitadora. La prensa conservadora se mofaba de su aspecto asilvestrado, de su ausencia de coquetería, apodándola despectivamente «la Virgen Roja». Como señalaba Emma Goldman, «los periódicos franceses continuaban pintándola como una bestia salvaje, desprovista de cualidades femeninas o encanto. Cuando me senté al lado de ella

durante nuestro primer encuentro, me asombré de cómo alguien pudo dejar de ver su encanto. Es verdad que se preocupaba poco de su apariencia. De hecho, nunca conocí a una mujer tan completamente despreocupada por todo lo que le concernía. Su vestido era pobre, su gorro anticuado. Todo lo que tenía puesto le sentaba mal. Pero una luz interior iluminaba todo su ser. Una sucumbía en seguida ante su radiante personalidad».

Louise Michel, además de no mostrar interés alguno por la feminidad estética, jamás se casó ni fue madre, no se mostró emparejada con nadie ni reveló sus secretos de alcoba. Todo esto ya era más que suficiente para que se sospechase socialmente de la integridad heterosexual de cualquier mujer, más aún de una que no había dudado en coger un fusil y que perseveraba década tras década en la revolución. En 1923, casi veinte años después de su muerte, se debatía públicamente sobre la sexualidad de Louise Michel. Emma Goldman, muy adelantada a su tiempo en la defensa de la homosexualidad¹¹, intervino asegurando que si bien no le constaba que la inolvidable comunera fuera lesbiana, la dirección de sus pasiones sexuales era irrelevante. «Mi único deseo es ver a Louise Michel tal y como era en realidad: una mujer extraordinaria, una pen-

11.- Emma Goldman siempre fue una radical defensora de la libertad sexual, desde que apoyó públicamente a Oscar Wilde cuando fue encarcelado por sodomía en 1895. «Como anarquista mi lugar siempre ha estado al lado de la gente perseguida». No le importó que la mayor parte de anarquistas exhibieran la misma homofobia que el resto de la población durante el siglo XX. Federica Montseny seguía manteniendo en 1977 que lesbianas y gays eran «equivocaciones de la naturaleza» y que le horrorizaban las históricas manifestaciones de maricas, bolleras y transexuales que recorrieron las Ramblas aquel año exigiendo que se derogase la Ley de Peligrosidad Social. Aunque Emma Goldman siempre se visibilizó como una promiscua heterosexual, hoy se le atribuyen varias amantes mujeres, la también libertaria Almeda Sperry y la portentosa actriz Alla Nazimova.

sadora destacada y un alma profunda. Representaba un tipo nuevo de mujer que es, sin embargo, antigua como la raza humana. Y tuvo un alma impregnada de un amor por la humanidad que abarcaba todo y comprendía todo».

La reconstrucción posterior de la vida de Louise Michel ha obviado a menudo el consejo de Emma Goldman. En muchos textos se detecta el interés de emparejarla con un hombre, de buscarle un compañero. A pesar de que aquel idilio con Théophile Ferré, sobre el que ella nunca escribió, duraría tan poco tiempo como la Comuna, ya que él fue fusilado inmediatamente después de la derrota, su nombre suele aparecer sobredimensionado en las biografías de Louise Michel tratando de apuntalar su honra patriarcalmente. En otros estudios se ha especulado sobre si llegó a dar a luz un hijo de su amigo Victor Hugo en 1853 y también si la causa del repentino alejamiento de su compañera de exilio Nathalie Lemel fue una ruptura amorosa. Cualquiera que se acerque a sus *Memorias* de 1886 o al ampliamente documentado relato de la Comuna que publicó en 1898, comprende que Louise Michel se autorretrata desde la responsabilidad histórica como sujeto revolucionario. Y probablemente hoy le decepcionarían estas diatribas sobre su sexualidad.

Dedicó los 25 años que viviría tras su regreso del exilio a propagar la Revolución. Fue una obstinada escritora, articulista, conferenciante y también activista. La policía de todos los lugares que visitaba estaba advertida de antemano y nunca dejaron de vigilarla. Ella escribió a modo de postdata en una carta a un amigo: «Ruego a las personas responsables de abrir mi correspondencia que vuelvan a sellar las cartas y las pongan en el correo. Como ya habréis visto no hablamos de vosotros». También sería detenida y encarcelada innumerables veces, los expedientes incrimi-

natorios se acumulaban contra ella. El fiscal le preguntó una vez: «¿Toma usted parte en cada manifestación que ocurre?». Ella respondió irónica, «desgraciadamente sí, ¡siempre estoy de parte de los desdichados!».

Su desprecio hacia la policía y el sistema judicial era tan profundo que se negó a denunciar a un fundamentalista católico que disparó contra ella en 1888 hiriéndola en la cabeza. En 1890, mientras permanecía detenida, fue indultada pero se negó a salir de su celda mientras el resto de obreros acusados por manifestarse, levantar barricadas y saquear una fábrica no fueran liberados. Ella sabía que las autoridades siempre la inculpaban con cautela para evitar hordas de solidaridad con la heroína de la Comuna y lo utilizaba para proteger a otros represaliados. Enfurecida, destrozó todo lo que había en su celda. Fue entonces cuando el médico de la prisión le diagnosticó demencia y, por temor a ser internada en un manicomio como les sucedía entonces a tantas mujeres insumisas, huyó a Londres.

Su exilio duraría cinco años. Además de su irrenunciable actividad propagandística, se dedicó a crear una escuela libertaria en la que junto a ella enseñaban William Morris, Piotr Kropotkin y Enrico Malatesta. Regresó a París de nuevo aclamada por multitudes en 1895 y prosiguió sus giras, aunque la salud ya comenzaba a fallarle. A finales de 1904, viajó a Argelia para apoyar la lucha anticolonial y regresó exhausta y enferma. Moría el 9 de enero de 1905 de una pulmonía en Marsella. La ciudad que había proclamado la Comuna amaneció encartelada: «Pueblo de París, Louise Michel ha muerto». 10.000 policías fueron movilizados, no era para menos. 120.000 manifestantes acompañaron su cuerpo por las calles, desde la estación de tren hasta el cementerio, donde descansa al lado de su madre.

La historia del feminismo ha tendido a centrarse en las mujeres que lucharon principalmente contra la opresión de género relegando a menudo a las anarquistas, a las comunistas y también a las feministas obreras, que batallaban a la vez en la lucha de clases. Sobre todo ha costado incorporar a las aguerridas libertarias, en parte porque desde mediados del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial la lucha feminista se identificaba con el sufragismo y ninguna anarquista iba a pelear por el derecho al voto de nadie, sino por la destrucción del sistema representativo y del Estado. Muchas mujeres anarquistas rechazaron por este motivo denominarse feministas, aunque en sus vidas y en sus discursos detectaban y combatían radicalmente los mandatos patriarcales. Y al no focalizar sus energías en aquella consecución de un objetivo común, algunas de ellas se adelantaron y allanaron el camino para desafíos y rupturas en la causa de las mujeres que serían prioritarias una vez conseguido el sufragio femenino.

Emma Goldman comprendió tempranamente que las mujeres, para liberarse, tendrían que defender por encima de todo su autonomía sexual. Fue detenida por toda la geografía estadounidense a partir de 1916 por su pionera y tozuda campaña por la anticoncepción. Y libraría toda su vida una batalla heroica contra el amor romántico y la monogamia que tuvo la generosa valentía de relatar en su palpitante autobiografía *Viviendo mi vida*, sin ocultar sus contradicciones ni su dolor. La madrileña Lucía Sánchez Saornil, la más feminista de las tres anarquistas que fundaron Mujeres Libres en 1936, rechazaba el mandato biológico de la maternidad y se mostraba abiertamente como lesbiana en un contexto que, a pesar de ser libertario, esencializaba patriarcalmente a las mujeres. Por negarse a negociar con el poder establecido, las anarcofe-

ministas comprendieron antes que otras que lo personal siempre será político.

Las mujeres libertarias de aquellas décadas de esplendor revolucionario coincidían en una postura respecto al trabajo sexual insólita tanto entonces como ahora: estaban en contra de la prostitución pero a favor de las putas. La activista puta Beatriz Espejo las define como abolicionistas idealistas. Consideraban que la prostitución era una forma de explotación hacia las mujeres más pobres dentro de un sistema económico igualmente denigrante para la mayor parte de la población que debía demolerse de abajo a arriba. Pero empatizaban con las putas, buscaban la alianza con ellas y dinamitaban el estigma. Las putas y las anarquistas solían coincidir en comisarías y cárceles. Eran igualmente proscritas, no tenían ninguna honorabilidad que perder. Louise Michel siempre las defendió y solía repetir «ni una chica más para la prostitución, ni un chico más para el ejército».

La inspiradora de todas las anarcofeministas fue aquella guerrera irreductible llamada Louise Michel, que no solo encarnaba a una mujer de acción que iba a defender y a ensanchar sus ideales humanistas de por vida transgrediendo mil veces cada trampa de la feminidad, sino que además detectó las resistencias a las que tendrían que enfrentarse las nuevas mujeres. No bastaba con oponerse, el enemigo estaba agazapado más allá de las estructuras de poder, incluso entre los compañeros revolucionarios y también dentro de una misma. Era inevitable reconstruirlo todo.

«Yo admito que el hombre también sufre en esta sociedad maldita¹², pero ninguna tristeza puede compararse

12.- Toda iniciativa de repensar la masculinidad desde el victimismo debería escuchar a Louise Michel antes de proseguir su perversa andadura.

con la de la mujer. En la calle ella es la mercancía. En los conventos, en donde se oculta como en una tumba, la ignorancia la ata, y las reglas ascienden en su máquina como engranajes y pulverizan su corazón y su cerebro. En el mundo se dobla bajo la mortificación. En su casa, sus cargas la aplastan. Y los hombres quieren mantenerla así. Ellos no quieren que ella usurpe su función o sus títulos. Nosotras las mujeres simplemente debemos tomar nuestro lugar sin pedir permiso por ello... Tened cuidado del día en que las mujeres se cansen de todo lo que les rodea y se levanten contra el viejo mundo. Ese día un nuevo mundo comenzará».



Annie Sprinkle

ELLEN STEINBERG NACIÓ EL 23 de julio de 1954 en Philadelphia. Tras una infancia feliz, con 17 años se fue a vivir a una comuna hippie en Tucson, Arizona. En 1972 la futura Annie Sprinkle vendía palomitas en un cine cuando se proyectaba el gran éxito de la temporada, *Deep Truth*, una película porno de bajo presupuesto en la que la protagonista sufre por su incapacidad de sentir orgasmos hasta que un amable doctor descubre que tiene el clítoris caprichosamente situado en la faringe. Y ella comienza a practicar voraces felaciones para su propio deleite. Hasta Jackie Kennedy fue sorprendida saliendo de ver *Garganta profunda*, que se exhibía en cualquier cine y no solo en las salas x.

El presidente Nixon declaró la guerra a esta película y a quienes la mostraran. Cuanto más perseguida era, más gente iba a verla. El estado de Arizona decidió cerrar el cine donde trabajaba Ellen por obscenidad y ella fue llamada a declarar en el juicio. Durante las dos semanas que duraría el proceso, compartió la sala donde esperaba su turno para testificar con el director Gerard Damiano, «un caballero italiano de 46 años, guapo y encantador». Se

aburrían, decidieron aprovechar el tiempo y él le enseñó a practicar mamadas con la técnica garganta profunda. Se hicieron amantes, ella se mudó a Nueva York y así nació la estrella del porno Annie Sprinkle. La primera de las 150 cintas que rodaría se llama *Blow Some My Way*. «Cuando empecé a hacer películas en los setenta era mucho más fácil y divertido. Éramos un grupo de hippies con muchas ganas de follar».

Los fines de semana se empleaba en un elegante salón de masajes de Manhattan, el Spartacus Spa. Era sexualmente tan desinhibida que tardó dos meses en darse cuenta de que estaba trabajando como puta. Durante décadas, se consagraría abierta, feminista, responsable, artista y apasionada a ambas facetas del trabajo sexual: actriz porno y prostituta. Afirma orgullosa que si sumara en una línea ascendente la longitud de todas las pollas que se ha metido en la boca a lo largo de su carrera, alcanzaría el Empire State. Ha interactuado sexualmente con miles de hombres, mujeres, transexuales. En una de sus películas, folla con un excombatiente con el cuerpo abrasado por el napalm. «Era mi amante y lo consideraba muy bello. En el porno cabe todo el mundo». Toda su vida, su obra, su política, están impulsadas por el mismo dilatado e inagotable amor por la humanidad.

Aunque, como le sucediera a Olympe de Gouges dos siglos antes, la inquieta Annie Sprinkle no había nacido para interpretar los argumentos de otros. En 1981 se dirigió a sí misma por primera vez en *Deep Inside Annie Sprinkle* («Muy adentro de Annie Sprinkle»). La estrella del porno habla directamente a cámara, a un público que deja de ser tratado como voyeur, y narra su vida, desvela su nombre legal, muestra fotos de su familia. Deconstruye así el fetiche de actriz porno lejana y sumisa a un guion.

Detalla verbalmente los mecanismos del tan ignorado orgasmo femenino mientras se muestra a sí misma proporcionándose clímax múltiples con un vibrador. Irrumpe en una sala de cine x en la que se está proyectando una película suya y regala felaciones a sus atónitos admiradores.

Deep Inside Annie Sprinkle fue celebrada tanto por la crítica como por el público; sería la segunda película porno más taquillera de 1981 en Estados Unidos. Entonces, nadie imaginaba que el floreciente, disparatado y creativo mundo del porno estaba a punto de cambiar drásticamente. Llegarían las cámaras de vídeo y con ellas la reducción de los guiones a su mínima, mecánica y repetitiva expresión genital transformando el oficio en industria. Llegaría la crisis del SIDA, el porno se oscurecería con la muerte y no toda la profesión iba a estar dispuesta a asumir la responsabilidad de mostrar sexo seguro. Llegaría la era Reagan, y la nueva derecha iba a encontrar a unas inusitadas aliadas en su programa de puritanismo cultural: las feministas. O, al menos, gran parte de ellas.

En 1981 Annie había cumplido 27 años y se sentía cada vez más empoderada como artista y como puta. No iba a dejarse arrollar por los tiempos aguafiestas que se avecinaban. Mientras el porno se transformaba en industria reduciendo todas las posibilidades de diversión y subversión, Annie Sprinkle siguió creciendo como creadora, dirigiendo e interpretando sus propios relatos sexuales. Empeñada en liberar al público de la clandestinidad, la soledad, la ignorancia y la culpa, saltó de las pantallas a los escenarios y se esmeró en ofrecer también instrucción sexual. En su desmedido afán por expandir las posibilidades del placer, experimentó el BDSM, la sexualidad tántrica, rodó lluvias doradas, eyaculaciones femeninas y sexo con sangre menstrual, penetraciones con puños y con

muñones... En 1989 grabaría la primera película porno que muestra escenas de sexo entre una mujer y un transexual masculino.

Annie Sprinkle había reventado gozosamente todos los límites culturales de la representación sexual. Era cada vez más autónoma, más audaz, más sabia, y también más ajena a la económicamente boyante aunque narrativamente empobrecida industria del porno. Cuando compañeros y amantes comenzaron a morir de SIDA¹³, se comprometió para siempre a mostrar sexo seguro, volviéndose todavía más maldita para el porno comercial. Mientras tanto, en Estados Unidos se habían desatado las Guerras Feministas del Sexo en las que Annie se implicaría desde la responsabilidad, la inteligencia y el entusiasmo que impulsan todo cuanto hace.

A mediados de los setenta, parte del movimiento feminista comenzó a obsesionarse con la pornografía y a definirla como categóricamente degradante para las mujeres. La escritora Andrea Dworkin y la jurista Catharine MacKinnon, entre otras, fundaron en 1979 la organización Women Against Pornography (WAP) con la que pretendían volver a centralizar el feminismo con un objetivo común aglutinador: prohibir la pornografía. Dieron entonces un salto cualitativo muy peligroso: ya no se trataba solo de articular una crítica feminista de la cultura patriarcal, sino de intervenir, de cambiar las leyes para eliminarla. Y se convirtieron en censoras. Cuando Ronald Reagan llegaba a la Casa Blanca en 1981 y emprendía su

13.- «¡Mis almorranas me salvaron del SIDA!», le escuché afirmar una vez a Annie Sprinkle. Se refiere a que la infección por VIH es mucho más fácil a través de la penetración anal que de la vaginal. Antes de la pandemia, nadie utilizaba preservativos en el porno.

reacción mesiánica, WAP no dudó en aprovechar la oportunidad. No importaba que sus nuevos aliados republicanos fueran antifeministas en todo lo demás, estaban de acuerdo en lo más importante para ellas que era borrar todo rastro de pornografía.

Andrea Dworkin y Catharine Mackinnon idearon un modelo de ordenanza para presentar en los ayuntamientos a través de la que cualquier mujer pudiera denunciar la producción, venta, exhibición y distribución de pornografía en la ciudad con el argumento de que se sentía agredida. Para evitar que la publicación de estos materiales fuera amparada por la primera enmienda que defiende en la Constitución de Estados Unidos la libertad de expresión, afirmaron que la pornografía violaba los derechos civiles de las mujeres.

Las feministas de WAP aseguraron que los hombres sentían el irrefrenable deseo de violar a las mujeres y que consumir pornografía les insuflaba aún más ese deseo. Una de sus máximas fue «la pornografía es la teoría, la violación es la práctica». Por supuesto, jamás lograron probar científicamente esta tesis, ni siquiera lo intentaron. Solo les importaba ganar y acababan de descubrir dos ventajosas estrategias: aliarse con la siempre poderosa derecha y mostrar a las mujeres categóricamente como víctimas. Las líderes de WAP se autoerigieron portavoces de todas las mujeres y mandaron callar a las que no pensaban como ellas. Por supuesto, no se pararon a escuchar a una puta llamada Annie Sprinkle que había inaugurado su propio discurso sexual feminista con esa película que triunfó en 1981 y cuya sola existencia dinamitaba su monolítica teoría sobre la naturaleza feminicida de la pornografía.

Lo intentaron primero en 1983 en Minneapolis, pero el alcalde acabó vetando la ordenanza. Llegaría a aprobar-

se en otras localidades hasta que fue declarada inconstitucional en 1988. Eso sí, traspasó fatídicamente fronteras. En 1992 Canadá adoptaba legalmente la propuesta de WAP para prohibir la pornografía... gay. Andrea Dworkin, que era una feminista radical y se identificaba como lesbiana¹⁴, montó en cólera. Pero el daño ya estaba hecho.

Claro que no todas las feministas en Estados Unidos se sumaron a la cruzada de WAP y los debates sobre la sexualidad de las mujeres se reactivaron al calor de las disputas sobre la pornografía inaugurando el llamado feminismo prosexo y el feminismo anticensura. En 1982 tenía lugar en la Universidad de Columbia un encuentro llamado «Hacia una política de la sexualidad», que fue boicoteado por las feministas antipornografía¹⁵, y del que

14.- Andrea Dworkin era una aguerrida mujer terriblemente dañada por abusos machistas. Aunque creo que no pudo equivocarse más en sus cruzadas, hay algo de ella que siempre me ha despertado empatía. Annie Sprinkle la escuchó en su acalorada intervención en aquella infausta Comisión Meese que encargó la administración Reagan en 1985 para que emitiera un informe desfavorable sobre la pornografía y con la que las feministas de WAP no dudaron en colaborar. «Era muy apasionada. Una increíble artista de la performance, de hecho. Todo el mundo en el porno realmente la odiaba y la menospreciaba. A mí no me desagradaba. Ella estaba hablando, vociferando, acerca de hombres violentos matando mujeres y niños y grabándolo en vídeo. Y acerca de cosas realmente violentas. Que son cosas que pasan y me gustó que alguien hablara de ellas. Ella estaba obsesionada con el porno tanto como yo. Así que teníamos eso en común. Yo no estaba de acuerdo con la idea de censurar el porno para proteger a las mujeres. Pero básicamente tenía algunas de las mismas demandas en torno a la violencia. Cuando se murió no me sentí feliz. La gran mayoría de la gente que conozco estaba feliz. Pensé que ella era interesante y peculiar y que convertía el dedicarse al porno en algo más interesante. Una vez le escribí una postal, porque teníamos amigas en común. Pero nunca me respondió. Siempre quise conocerla. Pensé que podríamos tener un encuentro interesante. Pero nunca sucedió». Sinceramente, creo que a Andrea Dworkin le hubiese beneficiado aceptar la invitación de Annie Sprinkle.

15.- Lo que hicieron las feministas antipornografía centralizadas en la organización WAP a principios de los ochenta en Estados Unidos fue dar un golpe de estado dentro del movimiento de mujeres estadounidense, de un movimien-

saldría un libro memorable, *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Su compiladora Carole S. Vance introduce con estas clarificadoras palabras la encrucijada respecto al sexo en que se encontraba (y se encuentra a menudo todavía hoy) el feminismo:

«La sexualidad es simultáneamente un terreno de resistencia, represión y riesgo, así como también de exploración, placer y acción. Pensamos que esta doble dimensión es importante, ya que hablar solamente de placer y gratificación conduce a ignorar la estructura patriarcal en que actúan las mujeres, pero a la vez referirse únicamente a la violencia sexual y a la opresión conduce a ignorar la experiencia de las mujeres en su elección y actividad sexuales, e inconscientemente incrementa el terror sexual y la desesperación en que estas viven».

La antropóloga Gayle Rubin aportó un texto imprescindible advirtiendo, ya en 1984, que históricamente toda persecución sexual siempre había acabado cebándose con las comunidades más estigmatizadas, que se iba a dar caza a los gays y no a los machos heterosexuales, como de hecho sucedió en Canadá. Pero las feministas prosexo no solo teorizaban sobre la ley y el deseo. Gayle Rubin había fundado junto a otras en 1978 en San Francisco el primer colectivo que se conoce de lesbianas BDSM. Para las

to que es y debe ser horizontal, diverso y descabezado. Se erigieron como las feministas auténticas y trataron de callar a las que no pensaban como ellas. Esta maniobra autoritaria retumbaría en todo Occidente y todavía hoy, treinta años después, seguimos sufriendo sus consecuencias. Demasiadas veces en mi vida, incluso ante los tribunales, he tenido que aclarar que no por ser feminista estoy en contra de la pornografía. Da igual todo lo que hayamos hecho desde entonces miles de mujeres en todo el mundo para afirmar nuestro propio discurso sexual positivo frente a esas cruzadas que amortajan el deseo femenino, en cuanto nos manifestamos como feministas se nos presupone antiporno. Bueno, no da igual. Disfrutamos mucho llevándonos la contraria, política y orgásmicamente.

feministas de WAP, que contraponían una sexualidad idílica, dulce y difusa de las mujeres frente a los supuestos instintos depredadores masculinos, aquello era el colmo. ¡Bolleras sadomasoquistas!

Pero, además de defender una política sexual constructiva, gran parte del feminismo se opuso frontalmente a promover la censura como medio para obtener ningún beneficio para las mujeres, más aún al comprobar el entusiasmo con que las propuestas de WAP eran recibidas por la derecha. Entre muchas otras, Kate Millet, Vivian Gornick, Adrienne Rich, Rita Mae Brown y también Betty Friedan, se involucraron en el movimiento anticensura. Desde entonces y en todo Occidente, muchas veces los gobiernos han utilizado la defensa de las mujeres como excusa para reforzar los sistemas de control legales y policiales, para menoscabar las libertades ganadas a pulso por la población. Y para apuntalar de paso esa misma estructura heteropatriarcal que revictimiza en bucle a las mujeres y que las propias feministas resquebrajamos. Para mí esta es una de las encrucijadas ineludibles ante las que se encuentra hoy el movimiento feminista.

Por supuesto, Annie Sprinkle se involucraría al instante con el feminismo prosexo, tanto política como carnalmente. «Mi padre y mi madre se identificaban como feministas. Cuando me metí en el porno, pensé que entonces yo no era una feminista porque había oído que estaban en contra del porno. Pero después, a los 30, fui a la universidad y tomé una clase de Estudios de Género, y aprendí lo que realmente era el feminismo. También, en ese tiempo, la idea de feminismo positivo con el sexo apareció como respuesta al feminismo antiporno. En el minuto en que oí el término feminista prosexo o feminista proporno, me convertí en feminista».

Quizás la obra más conocida de Annie Sprinkle es *Public Cervix Announcement*, una performance repetida durante años¹⁶ en infinidad de países y espacios, incluidos museos, en la que la porno-artista se recuesta con las piernas abiertas mientras un espéculo dilata su vagina para que quien lo desee pueda vislumbrar su cérvix con una linterna. Nunca ninguna mujer enseñó tanto ni de una manera tan empoderada. Las imágenes la muestran vestida de *pin-up*, sonriente y relajada, y al público, agradecido. Annie Sprinkle exhibe las profundidades de la anatomía femenina con un amor y una naturalidad que neutralizan la patriarcal demonización del coño.

En 1982 se publicaba *El punto G y otros descubrimientos recientes sobre la sexualidad humana*, un libro que fue recibido como ciencia ficción porque aseguraba que las mujeres podían correrse abundantemente. En aquellos años la genitalidad femenina era como el Triángulo de las Bermudas, casi nadie se aventuraba a internarse en sus complejidades. La inquieta Annie invitó a almorzar en su casa a uno de los autores, el sexólogo y ministro de la iglesia John D. Perry, con un grupo de amigas. Ella tenía la sensación de eyacular, pero todavía no estaba segura, así que instó al amable doctor a que localizase los centímetros detonadores en el interior de su vagina. La experiencia fue reveladora para todo el grupo, incluido el señor Perry.

Hoy, Annie Sprinkle es una de las mayores expertas sexólogas del mundo, en 2002 obtuvo el doctorado en el

16.- En julio de 2011 Annie Sprinkle volvía a mostrar su cérvix públicamente y para nuestro deleite en la Muestra Marrana de Barcelona, un encuentro porno-feminista que organizan Diana Pornoterrorista y Lucía Egaña Rojas, entre otras, desde 2008.

Instituto de Estudios Avanzados en Sexualidad Humana de San Francisco. Obsesionada con indagar en las olvidadas posibilidades del orgasmo femenino, en otra de sus actuaciones sube a un grupo de mujeres al escenario y, cual reina del akelarre, las conduce al clímax por la respiración ante la maravilla del público. Annie Sprinkle asegura que las mujeres pueden experimentar siete tipos de orgasmos diferentes, uno de ellos incluye tres variables del orgasmo vaginal. Su afán por expandir instrucción sexual la ha llevado a montar consultorios gratuitos en plena calle.

Como activista sexual, una de sus luchas cruciales es la defensa de las putas, no en vano trabajó durante veinte años «en los mejores e incluso en los peores burdeles de Nueva York». La astuta Annie Sprinkle desactiva el estigma positivizando la imagen social de las trabajadoras del sexo, agradeciéndoles sus «servicios prestados a la comunidad». Pero es dolorosamente consciente del avasallamiento permanente en que viven las prostitutas. «He experimentado enormes cantidades de hostigamiento por parte de sectores sexofóbicos, ignorantes e intolerantes con sus leyes arcaicas, clasistas y misóginas. Es mezquino y absurdo que el sexo consensuado sea un crimen». De todas las acusaciones disparatadas que la policía ha formulado contra ella en sus cuatro décadas de puta multimedida, «conspiración para cometer sodomía» es su favorita.

En 2003 un padre de familia de Seattle que había aniquilado a unas noventa mujeres durante veinte años reconocía que «eligió a prostitutas porque sabía que podía matar a cuantas quisiera sin ser descubierto». Si la violencia contra las mujeres es estructural, la violencia contra las putas suele quedar además impune, incluso se justifica socialmente con el despiadado argumento de

que ellas se lo han buscado por su inconveniente modo de vida. Annie Sprinkle, consternada, propuso que el 17 de diciembre fuera el Día Internacional para Eliminar la Violencia Contra las Trabajadoras del Sexo.

Toda su vida ha promovido que las putas se organicen y velen por su salud y su seguridad, dedicó su tesis doctoral a investigar los aprendizajes concretos que pueden capacitar profesionalmente a las trabajadoras del sexo. Como la actriz y directora de cine porno lesbiana Sharon Mitchell, quien tras defenderse de un acosador que la había violado y estaba a punto de matarla, estudió Sexología y montó una clínica especializada en la salud sexual de trabajadoras y trabajadores de la industria del sexo.

Mientras hoy un sector del feminismo arrimado a las instituciones y que ha imitado la estrategia del lobby de las líderes antipornografía de principios de los ochenta conspira, esta vez para tratar de prohibir la prostitución, trabajadoras del sexo en todo el mundo se afanan en enseñar a las putas más vulnerabilizadas a cuidar de sí mismas, como Annie Sprinkle, Sharon Mitchell o las italianas Carla Corso y Pia Covre con su programa Stella Pollare. Las abolicionistas de la prostitución consideran que las putas son las víctimas cardinales del patriarcado, sin embargo, no solo no velan por su seguridad sino que además combaten a quienes sí cuidan de ellas. Con las putas pasa algo sorprendente: socialmente son consideradas las únicas víctimas que merecen su castigo.

Los dos asuntos que más controversia interna han generado en el feminismo blanco occidental en las últimas décadas son la pornografía y la prostitución, dos fenómenos sociales que ocupan a una minoría de mujeres pero que atañen explícitamente a la sexualidad. Desde hace décadas también hablamos de feminismos en plu-

ral porque no necesitamos ponernos de acuerdo en todo y no aceptamos mando entre nosotras. Sin embargo, las que quisieron prohibir la pornografía hace treinta años y las que quieren prohibir hoy la prostitución tratan de impedir el debate y las diferencias de posturas¹⁷. Eso sí, ni las antipornografía de ayer fueron actrices porno¹⁸, ni las abolicionistas de hoy han sido putas. Sinceramente, creo que este sector del movimiento feminista debería regalarse unas sesiones de diván, o más bien acudir a terapia sexual. Desde aquí propongo a Annie Sprinkle como sanadora. ¿De verdad la pornografía y la prostitución hacen más daño a las mujeres que el racismo, la pobreza o la violencia machista?

En 1991 Annie Sprinkle publicaba *Post Porn Modernist*, su autobiografía y manifiesto político. Su propio devenir como creadora y activista sexual situada frente a una industria que había arruinado culturalmente el porno y en medio de las Guerras Feministas del Sexo la llevó a formular ese novedoso lugar que ella había generado y al que denominó posporno. «Posporno es material sexual explícito, que no es necesariamente erótico, suele ser más

17.- En las Jornadas Feministas del Estado español celebradas en Granada en diciembre de 2009 una horda descabezada llegamos con la propuesta «El feminismo será trans o no será». Todavía me emociono al recordar la ovación interminable que recibió Kim Pérez, activista transexual que había sido incluso expulsada de encuentros feministas antaño. Las transfeministas creímos que íbamos a encontrarnos con la oposición de «las otras» y, sin embargo, nos escuchamos, dialogamos y nos fundimos. Pero ¿dónde se localizó el único conflicto en aquellas jornadas multitudinarias? Cuando dos abolicionistas se empeñaron en no dejar hablar a una puta. Yo no estaba delante, si no...

18.- Excepto Linda Lovelace, la protagonista de *Garganta profunda*, que se convirtió en una furibunda antiporno en los ochenta y llegó a asegurar en la Comisión Meese que se había sentido violada mientras rodaba escenas sexuales. Al final de sus días, volvió a posar para una revista erótica y dijo que las líderes de WAF se habían aprovechado de ella.

irónico, más político, más experimental, más espiritual, más feminista, más alternativo, más intelectual que el porno. El posporno también está hecho para excitar, pero no únicamente a los hombres, y también está hecho para pensar, experimentar, dialogar». La propuesta de Annie Sprinkle es directa, empoderante y contagiosa. «Si no os gusta el porno que hay, poneros a hacer el porno que os guste». Desde entonces, la pornografía disidente ha proliferado cual plaga bíblica por todo el mundo.

La mujer que había pornificado el feminismo, con el nuevo milenio decidió pornificar el amor, la ecología y la fragilidad del cuerpo que enferma y envejece junto a su esposa, la artista Elizabeth Stephens. Se habían conocido en los ochenta, cuando Beth programó una de las obras de Annie para una exposición de arte que estaba comisariando. «Vino a mi apartamento. Pero yo era bastante heterosexual por aquel entonces, y ella tenía novia. Sentimos una energía bonita y nos gustamos. Después de la exposición, hicimos una sesión de fotos juntas para su proyecto final de carrera en 1992. Beth estaba trabajando sobre sexo y género. Se llamaba *¿Quién le hace zoom a quién?* y abordaba la mirada femenina. Seguimos en contacto a lo largo de los años como amigas casuales. Y luego, un día, corrimos la una hacia la otra. Ella lo había dejado con su novia, yo había comenzado a interesarme por las mujeres y tuvimos nuestra primera cita que básicamente consistió en tres días en la cama teniendo sexo. Beth y yo empezamos a hacer proyectos creativos de una forma muy natural. Realmente amamos trabajar juntas la mayor parte del tiempo».

Beth es profesora de la Universidad de Santa Cruz y tiene un buen seguro médico, mientras que las trabajadoras del sexo suelen quedar desprotegidas en el sistema

sanitario privado estadounidense. Así que decidieron inscribirse como pareja de hecho para que Annie pudiera beneficiarse de su cobertura. Afortunadamente, porque en 2005 se le detectó un incipiente tumor maligno en un pecho y, gracias al seguro médico de Beth, el proceso de curación «fue muy excitante y no tan terrible». Se fotografiaron afeitándose la cabeza la una a la otra y besándose desnudas y calvas. Desdramatizaron y erotizaron el hospital con su *Quimio-Fashion Show*. Compusieron montajes fotográficos con las ecografías mamarias de Annie e imágenes suyas antiguas de *pin-up* y se explayaron en una obra de teatro llamada *Exposed-Experiments in Love, Sex, Death and Art*.

Las magníficas tetas de Annie Sprinkle siempre fueron emblemáticas en su trabajo mientras iban creciendo con las décadas al ritmo de su genialidad. Con ellas había bailado *El Danubio Azul* sobre los escenarios y también compuso cuadros impregnándolas en pintura. Ni la dolencia ni la madurez iban a hacerle esconder sus pechos, pero incorporó las experiencias adquiridas sobre el cuidado, sobre la pérdida de la lozanía, sobre el pudor de los cuerpos que incumplen los cánones estéticos pero que no renuncian a la plenitud sexual. E hibridó pornografía y ecologismo. «Tener cáncer nos hizo pensar acerca del medioambiente y la polución y acerca de cómo tanta gente tiene cáncer. Así que devinimos en activistas medioambientales enseguida. Al principio fue acerca de cuidar a la gente, pero después se transformó en cuidar también de la naturaleza, los animales, el agua...».

Desde entonces, Elizabeth Stephens y Annie Sprinkle se han dedicado a formular, experimentar y propagar el Ecosex. Consideran a la Tierra como una amante, exploran las experiencias eróticas con la naturaleza y la defien-

den del desarrollismo implicándose en las luchas ecologistas. En 2013 Beth filmaba la película *Goodbye Gauley Mountain. An Ecosexual Love Story*, un viaje de regreso a la sierra de los Apalaches donde se crío para relatar su historia de amor con Annie y denunciar la desaparición de montañas enteras por la minería al aire libre. Ambas imparten talleres ecosex, vuelven a subirse juntas al escenario con la obra *Sexecología guarra. 25 maneras de hacer el amor con la Tierra* y han festejado quince bodas rituales entre América y Europa para celebrar el amor y posicionarse contra la guerra y contra toda forma de violencia hegemónica.

Aquella chica risueña que se mudó a una comuna hippie con 17 años se siente hoy colmada de dicha con la vida insurgente, aventurera y lujuriosa que le ha dado Annie Sprinkle.



Olympe de Gouges

MARIE GOUZE NACE EL 7 de mayo de 1748 en Montalban, una pequeña ciudad occitana cerca de Toulouse. Su madre era Anne-Olympe Moisset y, aunque su marido Pierre Gouze reconoció a la niña, todo el mundo sabía que era hija ilegítima del Marqués de Pompignan. Cuando muere el carnicero Pierre, la futura Olympe tiene dos años y su padre biológico manifiesta el deseo de ocuparse de su educación, al que la madre se niega, quizá porque no quería perderla. Olympe siempre lamentó no haber recibido mayor instrucción. «La suerte me coloca privada de luces en el siglo más iluminado», declamaba en una de sus obras teatrales. Sus incontables enemigos se mofaban de ella por su incorrecta ortografía francesa, algo totalmente excusable en una mujer sin formación, como la inmensa mayoría en su época, y cuya lengua materna era el occitano. El conde y diputado supuestamente revolucionario Mirabeu diría sobre ella: «debemos a una ignorante grandes descubrimientos».

Anne-Olympe, a pesar de su propio estigma de adúltera, o precisamente con el propósito de dotar a su hija del

coraje necesario para combatir su estigma de bastarda, la educó con mucho amor, enardeciendo su autoestima. Pero, como era habitual en la época y ha acontecido a multitudes femeninas en los milenios patriarcales, la futura Olympe de Gouges fue obligada a contraer un matrimonio concertado contra su voluntad. Este ultraje a su libertad apuntalaría en sus entrañas tal rebeldía de género que no iba a extinguirse ni después de su muerte. Así lo narró ella: «Tenía entonces catorce años cuando me casan con un hombre que no conocía, que no era ni rico ni de buena cuna. Fui sacrificada sin ninguna razón que pudiese equilibrar la repugnancia que tenía por este hombre».

En 1766 alumbró a su único hijo, Pierre. Tres meses después, una crecida del río Tarn o las epidemias que esta provocó, quién sabe, la hizo enviudar prematura y alegremente. Liberada, a partir de ese momento decidió aferrarse a su recobrada soltería. «El matrimonio es la tumba del amor y de la confianza». Creía en el amor libre, en un libre pacto renovable entre amantes que no tenía por qué incluir la monogamia. Y defendió el divorcio igualitario. Conocía en carne propia cómo el matrimonio subordinaba a las mujeres y ni siquiera se quiso arriesgar a mantener un compañero de vida permanente. «Creo que puedo constatar con honestidad que no veo hombres dignos de mí».

Fue entonces cuando nació Olympe de Gouges. Olympe, por su madre. Incluyó «de» quizás para camuflar su procedencia plebeya, aunque también en su tierra significaba «hija de». Gouges era una transcripción libre de su apellido oficial.

Ya viuda y, por tanto, emancipada, se marcha de Montalban, a donde no regresará jamás, hacia París en 1768 con su amante Bietrix. Él declaró ante notario haber recibido de ella una gran cantidad de dinero y se comprome-

tió a devolvérselo con intereses cada mes. Así consiguió Olympe una renta vitalicia y pudo vivir sola. No era de extrañar que una mujer soltera o viuda buscara que un hombre la mantuviera. En el Antiguo Régimen las mujeres no podían montar ningún negocio ni ostentar cargo alguno, solo les quedaba matarse a trabajar como sirvientas o la prostitución.

Fueron amigos casi hasta el final, hasta que, poco antes de que Olympe fuera detenida y ejecutada, Bietrix se arruinó y no pudo seguir pagándole su falsa deuda a modo de pensión. Ella lo denunció en vano. Desde luego y sin más datos, parece una canallada por parte de Olympe ya que su fiel amigo llevaba casi veinte años manteniéndola generosamente. Aunque, quién sabe cuál era el trato que habían acordado. ¡No seré yo quien ose volver a juzgar a Olympe de Gouges!

Su vida cotidiana en los primeros años en París tenía mucho en común con la de las putas. Se acicalaba esmeradamente por las mañanas, se dejaba ver por las Tullerías o por el paseo de Luxemburgo, era asidua a la ópera, al teatro, a conciertos, cenas y bailes hasta bien entrada la madrugada. Durante una década, fue una fiestera desbocada y sus incontables enemigos la tachaban de puta, aunque ella supo mantener la discreción respecto a sus amantes. Siempre le persiguió el rumor de haberse acostado con Luis XVI cuando era príncipe. Ella lo negaba. A mí me fascina la idea de que Olympe de Gouges y María Antonieta, la más derrochadora escapista de todos los tiempos, hubieran compartido al menos el contacto con semejante mentecato. Tal era su popularidad en la noche que fue escogida como la quinta mujer más hermosa de París.

Rápidamente se hizo un hueco en los círculos sociales más acomodados. Aunque fuera una advenediza de clase,

era brillante y ágil en la conversación. Entusiasmada con los grandes avances que la ciencia y la técnica estaban experimentando en aquella época, creía sin embargo en la reencarnación y era devota de la hipnosis. Inspirada en Rousseau aunque no en su machismo, consideraba que la naturaleza era corrompida por la sociedad y que para preservar la bondad humana esencial «haría falta guardar desde su nacimiento a doce chicos y doce chicas en un recinto con adultos sordomudos». Era también masona y una gran amante de los animales. Adoptó desde monos hasta un gran danés. Fue tan inquieta que en veinte años se mudó quince veces de casa.

Tras una década disfrutando del París más ocioso, decidió consagrarse al teatro y a la literatura con el mismo ahínco que había dedicado a la fiesta. Comenzó a frecuentar los misóginos círculos intelectuales como pensadora y autora. Admiraba a Ninon de Lenclos, una cortesana erudita que murió con 90 años en 1705 y de quien se decía fue amante de la reina Cristina de Suecia. Olympe le dedicó una obra teatral, *Moliere en casa de Ninon o en el siglo de los grandes hombres*. Alumbraba así un nuevo arquetipo de mujer, encarnado por ella misma, heroína de su propia vida y obstinada en contravenir las limitaciones socialmente impuestas a su género.

Su padre biológico trató de adoctrinarla sobre esa asfixiante condición femenina a la que ella jamás aceptó plegarse. Aquel que quiso instruirla y también era escritor, le dedicó estas esclarecedoras líneas: «No esperéis, señora, que me muestre de acuerdo con vos en este punto. Si las personas de vuestro sexo pretenden convertirse en razonables y profundas en sus obras, ¿en qué nos convertiríamos nosotros los hombres, hoy en día tan ligeros y superficiales? Adiós a la superioridad de la que nos sentimos tan or-

gulosos. Las mujeres dictarían las leyes. Esta revolución sería peligrosa. Así pues, deseo que las Damas no se pongan el birrete de Doctor y que conserven su frivolidad hasta en los escritos. En tanto que carezcan de sentido común serán adorables. Las mujeres sabias de Molière son modelos ridículos. Las que siguen sus pasos son el azote de la sociedad. Las mujeres pueden escribir, pero conviene para la felicidad del mundo que no tengan pretensiones»¹⁹.

Ella le respondió a él, y a todos los que le recomendaban que mantuviera su intelecto bien amarrado, a través de su recreación teatral de Ninon de Lenclos. «La disposición que reflexiono me ha hecho llevar mis consideraciones sobre la división desigual de las cualidades que se ha convenido exigir a los dos sexos. Siento la injusticia y no puedo aguantarla. Veo que se nos ha cargado con lo más frívolo y que los hombres se han reservado el derecho a las cualidades esenciales. Desde este momento, me hago hombre. No me ruborizaré, pues, por el uso que he hecho de los dones preciados que he recibido de la naturaleza».

En 1784 muere su padre biológico. La viuda y su propio hermanastro se niegan a cumplir con la voluntad del difunto de dejar una pensión a la madre de Olympe que empieza a pasar penurias económicas, por lo que ella le asigna una cantidad mensual de su renta. Olympe enfurece. A partir de ese momento, asume y reivindica su bastardía y se empodera como escritora.

En la década de los ochenta, el teatro estaba de moda como nunca en París y comenzaba a escapar al control real

19.- A las que, como ella, hemos sido desalentadas por un padre con pánico a ser superado por nosotras, nos congratula sobremedida que los siglos hayan reducido al Marqués de Pompignan a su condición de espermatozoide colaborador en la gestación de la brava Olympe de Gouges.

para reflejar las aspiraciones de justicia del pueblo. La mayor parte de la población era analfabeta, por lo que las ideas ilustradas y revolucionarias podían socializarse a través de las obras dramáticas. Olympe contaba desde hace años con su propia compañía teatral, pero ella no había nacido para representar las obras de otros. Se empeñó en llevar a los escenarios, y especialmente a la prestigiosa Comédie Française subvencionada desde Versalles, sus propias piezas, osadía que no se le iba a perdonar a una mujer. Y menos aún a una humanista radical e irreductible como ella.

Si la camarilla masculina que manejaba la Comédie no hubiera maltratado de una manera tan misógina y vejatoria a la autora teatral Olympe de Gouges en aquellos años prerrevolucionarios, ella quizás no habría llegado tan sedienta de igualdad ni tan cabreada al gran levantamiento que prometía liberar al pueblo y que a ella le costó la vida. Hasta los actores se obstinaron en desautorizarla cuando ella los dirigía. Encolerizada, llegó a retar a uno de sus detractores a un duelo con espada. Las críticas que recibía ni siquiera trataban de disimular su machismo: «hace falta tener barba en el mentón para escribir una buena obra dramática». No es de extrañar que soñara con un teatro en el que solo estrenasen mujeres.

Pero el rechazo de la élite dramatúrgica parisina hacia Olympe de Gouges no se debía solo a su sexo, sino también al inoportuno discurso que pregonaban sus obras. Sobre todo, *Zamore y Mirza o el naufragio feliz*, alegato contra la esclavitud presentada ante la Comédie en 1785. Grandes fortunas francesas se amasaron con la captura y venta de africanos para su posterior explotación en las plantaciones de las colonias de ultramar robadas a los pueblos nativos de América. Negocio redondo, todo beneficios. Así se forjó la grandeza de Europa.

Olympe vivió en plena expansión colonial esclavista y, como ciudadana francesa que se consideraba, asumió su responsabilidad de denunciar a los culpables y beneficiarios de semejante sufrimiento humano para ella intolerable. Las multitudes estaban tan agitadas como ella a ambos lados del Atlántico. En 1791 tenía lugar en la colonia francesa de Santo Domingo la primera rebelión de esclavos. Uno de sus líderes, esclavo liberto, llegaría a proclamar la independencia de Haití en 1804. En 1794 se había derogado desde París «la esclavitud de los negros en las colonias», pero Napoleón la restituiría apenas unos años después. No sería abolida definitivamente en las colonias francesas hasta la revolución de 1848.

Olympe fue una fervorosa aliada de la causa abolicionista y socia del Club de los Amigos de los Negros. Para ella, que había sido entregada a un hombre contra su voluntad, cualquier forma de esclavitud era abominable. Olympe de Gouges comprendió tempranamente que todas las opresiones sirven al mismo sistema de poder. El supremacismo que ella tanto aborrecía no solo era masculino y acaudalado, era también blanco. Y preconizó la alianza entre el abolicionismo de la esclavitud y la emancipación femenina, que fructificaría (aunque también llegaría a pudrirse) en Estados Unidos a mediados del siglo XIX y que encarnó mejor que ninguna Sojourner Truth. Desde su precoz e intuitiva radicalidad feminista, Olympe traspasó esa línea de color que se empeña en ignorar, y en realidad refuerza, el feminismo blanco ilustrado que dice haberse inspirado en ella, el único que ha alcanzado poder gubernamental en Europa.

Ella demostró que su noción de la libertad humana era universalista, innegociable, sin límites conocidos. Y que no iba a doblegarse ni ante las amenazas de muerte

de oligarquía alguna. Jamás lo hizo. Los negreros y sus cómplices se mofaban de ella apodándola «la doncella escritor de malas novelas sobre el Congo». Olympe cayó en desgracia, a punto estuvo de acabar encarcelada en la Bastilla por su empeño de arremeter contra la esclavitud desde los escenarios. A duras penas, llegó a estrenar el 28 de diciembre de 1789 en la Comédie su obra maldita, que sería retirada a las pocas semanas por motivos supuestamente económicos, aunque el propio director reconoció a la autora que los colonos esclavistas habían amenazado con dejar de pagar el abono de sus palcos si se continuaba representando. Acababa de estallar la revolución y ella la emprendió entusiasmada. Pero ya se había forjado incontables y poderosísimos enemigos.

Si cuando Olympe decidió volcarse en el teatro se mudó frente a la Comédie, al inicio de la revolución se fue a vivir al pueblo de Versailles. Durante todo el periodo revolucionario y hasta que fue ejecutada en 1793, no paró de publicar cartas, obras teatrales, panfletos, artículos, proyectos de ley manifestando su opinión y dando consejo. Firmando con su nombre y exponiéndose al peligro y a la mofa. Otra vez fue Mirabeau, el marqués supuestamente revolucionario, quien decía de ella, «si esta mujer no tuviera cohetes en la cabeza, nos diría a veces cosas excelentes».

Sus primeros escritos políticos proponían fórmulas para acabar con la bancarrota del Estado y con el hambre del pueblo. Consideraba impostergables tanto una reforma agraria que colectivizase las tierras en desuso como una reformulación fiscal que recaudara más dinero entre quienes más tenían, que grabase especialmente los artículos de lujo y la servidumbre. También planteaba exigir a los comediantes la mitad de sus beneficios para las arcas

públicas, probablemente resentida por el maltrato que había recibido de ellos. Y se adelantó a su tiempo reclamando la protección estatal de los sectores más desfavorecidos. Soñaba con refugios de acogida para huérfanos, ancianos desvalidos y viudas sin recursos a los que llamaba Casas del Corazón y en los que proyectaba desarrollar talleres de trabajo para obreros en paro. Se empeñó en idear centros sanitarios de mejores condiciones donde las mujeres pudieran parir sin tanto dolor ni peligro de muerte. Y abogaba especialmente por los derechos de los niños bastardos y de las madres solteras. Ansiaba que con la revolución llegase por fin la hora de las multitudes pobres y estigmatizadas.

El 26 de agosto del 1789, la Asamblea Constituyente aprobaba la histórica Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano y cuando, transcurridos dos años de revolución, Olympe comprobaba que la igualdad que esta pregonaba no se hacía extensiva a las mujeres, ella publicó su propio listado. El 14 de setiembre de 1791 salía a la luz la única obra que suele recordarse de Olympe de Gouges, la Declaración de Derechos de la Mujer y de la Ciudadana. Por un lado, en un acto de reapropiación feminista, se trataba de un calco de aquella declaración pretendidamente universal pero que solo contemplaba a los varones y donde ella sustituyó hombre por mujer. Pero también incluyó aportaciones que especificaban cómo debía corregirse la desigualdad entre los sexos. Aunque no iba a ser hasta mediados del siglo xx cuando la filósofa Simone de Beauvoir y la medicina clínica diferenciaron entre sexo biológico y género social, Olympe de Gouges comprendió radicalmente que nada en la naturaleza podía justificar por siempre la inevitabilidad de la opresión a la que permanecían sometidas las mujeres, antes y después de la revolución.

«Esta revolución no se llevará a cabo hasta que todas las mujeres estén convencidas de su deplorable suerte y de los derechos que les ha arrebatado la sociedad», escribió certeramente en la introducción a su Declaración de Derechos de la Mujer y la Ciudadana. Empeñada en promover una alianza entre mujeres, se la dedicó «a la reina», que ya llevaba detenida con el resto de la familia real más de un año tras su intento de fuga. Y arrancaba con esta célebre interpelación: «Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Es una mujer quien te lo pregunta; no le quitarás al menos este derecho. Dime, ¿quién te ha dado la autoridad soberana para oprimir a mi sexo?».

De la inmensa producción política de Olympe de Gouges, quizás hay una frase que sobresale iluminada y premonitoria, la del artículo x. En este caso no se trata de un calco en femenino de la supuestamente universal pero en realidad masculina, blanca, y acaudalada Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano emitida tan prometedoramente en los inicios de la revolución, sino de una enunciación justiciera que pretendía devolver a las mujeres la voz social que el patriarcado les había usurpado históricamente. «La mujer tiene derecho a ser llevada al cadalso y, del mismo modo, el derecho a subir a la tribuna». Ella reclamaba que si las mujeres eran obligadas a responder por sus actos, debía dejárseles actuar. Pero, igual que la declaración de derechos para las mujeres autopublicada por Olympe no fue un documento oficial sino una producción alternativa, marginal, carente del más mínimo valor legal, ninguna mujer en las democracias occidentales heredadas de aquella revolución ocuparía cargo político alguno, ni siquiera llegaría a votar, de no haber existido el movimiento sufragista y feminista que ella impulsó tempranamente. Es decir, el derecho a

participar en la vida política, a ser ciudadanas, que reivindicaba Olympe de Gouges cuando comprobó que el viejo orden mutaba en uno nuevo sin rozar siquiera la inferioridad impuesta a las mujeres, nos lo tuvimos que ganar a pulso, luchando década tras década. Las francesas no pudieron votar hasta 1944, nada menos que 153 años después de que Olympe de Gouges reclamara los derechos políticos para las mujeres. Eso sí, cabreó tanto a los hombres de la revolución con su insistencia de exigir la participación femenina que, para dejar bien claro que no iban a permitir que ninguna mujer subiera a una tribuna, ella fue conducida al cadalso. Ser ejecutada fue el único derecho que le reconocieron.

Olympe de Gouges fue la única mujer guillotizada por difundir sus ideas durante la Revolución Francesa. Fue detenida y juzgada en plena persecución jacobina y la ejecutaron pocos días después que a los líderes girondinos, pero lo que nunca se le perdonó fue su osadía de intervenir en el proceso revolucionario y su agudeza al desenmascarar lo que se estaba produciendo en realidad; un mero traspaso de poderes. Aunque ha pasado a los relatos oficiales en el mejor de los casos como una reformista política, fue procesada como una antisistema. Una mujer que fue dolorosamente consciente de la oportunidad histórica que las multitudes oprimidas estaban perdiendo para cambiar radicalmente su suerte por culpa de las maquinaciones de aquellos que decían pilotar la revolución y que en realidad la traicionaron. A los líderes de aquel experimento de nuevo orden tan preocupados por mantener los privilegios masculinos y burgueses, por centralizar el poder desde París, por imponer una moral revolucionaria tan puritana, por aniquilar a sus adversarios políticos, debió exasperar profundamente que una

mujer no dejara de señalarles con el dedo. Los maldijo con nombres y apellidos, se erigió como enemiga pública de los líderes jacobinos del Terror con una valentía que ya nadie mostraba cuando empezaron a rodar cabezas. Y firmaba como Olympe de Gouges o, cuando peor se pusieron las cosas, con el inconfundible seudónimo de Polyme.

«Te proclamas autor de la revolución, no lo has sido, no lo eres, no serás más que oprobio y execración... tu aliento contamina el aire que respiramos actualmente, tu párpado vacilante expresa a pesar tuyo toda la infamia de tu alma y cada uno de tus cabellos lleva un crimen». Así se despachó sobre Robespierre. Le acusó de perseguir una dictadura personal, la que pocos años después impondría Napoleón, y vaticinó la ejecución de muchos revolucionarios. De once que predijo, acertó diez.

Olympe de Gouges fue una reconciliadora nacional, aborrecía la pena de muerte. El mismo Robespierre había sido también un fervoroso detractor de la pena capital, pero cambió de parecer cuando pudo dictarla. Impuso el Terror y la guillotina rebanó miles de cabezas, mayoritariamente de pobres. El primero fue un ladrón. En septiembre de 1792, tras una gran oleada de matanzas de presos supuestamente contrarrevolucionarios, Olympe se personó en la cámara legislativa junto a un anciano a quien había salvado de la muerte y que llevaba treinta años encarcelado por capricho de un noble. Su empeño en que no rodaran más cabezas le hizo perder la suya. Incluso cuando ya nadie se atrevía a pedir que se le perdonara la vida al depuesto Luis XVI, ella insistía. Y no solo por piedad. «No es suficiente decapitar a un rey para matarlo, vive aún mucho tiempo después de su muerte; pero está muerto verdaderamente cuando ha sobrevivido a su caída».

El 21 de enero de 1793, el rey fue ejecutado. La vida de Olympe y la de París se precipitaban por momentos. Ella empezó a temer en carne propia los excesos de una revolución que parecía reflejar más las luchas por recuperar el poder que las ansias populares de establecer un orden más igualitario y benigno. Las monarquías europeas, aterradas por perder su despótica hegemonía e incluso la cabeza, como le había sucedido a Luis XVI, no dejaron de conspirar ni un segundo contra la Francia revolucionaria.

Olympe logró huir de un rapto, se sabía vencida. Con solo 45 años ya escribía «en estos últimos días de mi vida...». Quiso despedirse de su hijo Pierre, enrolado en el ejército y totalmente desapegado de ella. Viajó hasta el campo para encontrarse con su nuera con la esperanza de verlo o de tener noticias suyas. Allí, cerca de Saint Etienne de Chigny, Olympe compró una casita rodeada de bosques y viñedos en la que planeó refugiarse. Esa decisión le hubiera salvado la vida, pero aguantó poco lejos de París. Era incapaz de apartarse de la vida pública. Divulgó sus pensamientos y su testamento político. «Lego mi corazón a la patria, mi honradez a los hombres (la necesitan), mi alma a las mujeres».

El 13 de julio de 1793, la girondina Charlotte Corday apuñalaba en la bañera al líder jacobino Marat, responsable de elaborar las listas negras de contrarrevolucionarios, es decir, de conducir a la gente a la guillotina. Sobre él, Olympe ya había escrito: «¿Y este caníbal ha podido seducir al pueblo francés?, ¿y este hombre despreciable ha llegado a ser temible?». Robespierre aprovechó para centralizar más aún el poder sobre sí mismo e impuso la Ley de Sospechosos, por la que podía ser detenida cualquier persona sin prueba incriminatoria alguna. Tras ser ajusticiada, en la autopsia se constató que la asesina de

Marat, con casi veinticinco años, era virgen. Al no poder tacharla de puta como a las demás enemigas de la Revolución, fue descrita en los periódicos de la época como una monstruosa marimacho. La desconfianza hacia las mujeres acechaba París. Tan solo tres días después de ser ejecutada Charlotte Corday, era detenida Olympe de Gouges.

La francesa fue una revolución protagonizada por las mujeres, sobre todo en su estallido, aunque en pocos años resultaron sus grandes vencidas. La noche del 5 de octubre de 1789 una multitud de mujeres armadas que había salido desde París marchaba sobre Versalles. Las crónicas más reaccionarias de la época llamaban a la inmensa turba femenina Las Furias y fueron descritas como prostitutas borrachas y sucias. Pero no solo había mujeres, también algunos hombres travestidos, probablemente para aparentar una muchedumbre menos amenazante y así alcanzar su objetivo. Aunque también hay registros de la época que contabilizan a quienes hoy llamaríamos transexuales. Las putas parisinas participaron activamente en la Revolución, hasta que fueron expulsadas por los nuevos poderes de la vida política, incluso de las calles. Pero que Las Furias fueran identificadas como prostitutas demuestra, sobre todo, el modo en que el estigma puta se arroja siempre sobre las mujeres en rebeldía. Algo borrachas podían estar, en aquellos tiempos no era tan accesible el agua potable. Sucias, qué decir, a las pobres siempre se nos hermana con la mugre. Tampoco podían llegar a Versalles demasiado impecables tras recorrer veinte kilómetros de caminos embarrados en una madrugada de otoño y bajo la lluvia.

Entraron hasta los aposentos de María Antonieta, el lujo faraónico debió exasperar a aquellas humildes mujeres privadas de todo. Aún así, no se produjo ni un arran-

que de violencia. El propósito de aquella multitud femenina sin mando era claro: conducir a la familia real hasta su residencia parisina de las Tullerías, a disposición del pueblo. Y así lo hicieron. Existen huellas de Las Furias previas a la Revolución.

Tan solo cuatro años después, el 30 de setiembre de 1793, estando Olympe de Gouges ya detenida, eran prohibidos los clubes femeninos. Utilizaron como excusa una bronca en la Sociedad de las Republicanas Revolucionarias. En plena etapa del Terror, cuando todo se resolvía bajo el filo de la guillotina, a las mujeres políticamente activas no se les perdonó que discutieran. Fueron traicionadas por todos, por todas las fracciones revolucionarias. En esto sí que se pusieron de acuerdo: las mujeres, a casa.

Después de que fueran multitudes femeninas quienes encabezaron todas las protestas para derribar el Antiguo Régimen, el proceso revolucionario se volvió misógino. Y culminaría con Napoleón, que instauró en 1804 un código familiar ultramachista vigente hasta hace poco tiempo a nivel legal en muchos estados occidentales y que considera a las mujeres como menores de edad que deben ser tuteladas durante toda su vida por sus padres, por sus maridos, incluso por sus hijos. El divorcio igualitario que anhelaba Olympe de Gouges llegaría a legalizarse en plena detonación revolucionaria en 1792 para ser después reducido a privilegio masculino por Napoleón en 1804 y totalmente prohibido a la caída del emperador en 1816. Las francesas no podrían volver a divorciarse tan fácilmente como en 1792 hasta 1975, y solamente gracias al empeño de sucesivas generaciones de feministas durante dos siglos.

Los jacobinos identificaron la libertad sexual con los desmanes monárquicos y la Revolución se volvió purita-

na. Echaron a las putas de las calles a pesar de que fueron muy visibles y activas en las protestas. La historia nos demuestra que los periodos en que se persigue a las putas son siempre letales para la libertad de todas las mujeres. Prohibieron los libros e imágenes «licenciosas» contraviendo esa libertad de expresión que ellos mismos habían prometido en su flamante declaración de derechos. Si al principio de la Revolución se despenalizó la homosexualidad, después sería perseguida. E ilegalizaron el carnaval. Impedir al pueblo que se disfrace no suele coincidir tampoco con buenos tiempos para las libertades.

Durante los tres meses y medio que permaneció detenida, Olympe no paró de denunciar tanto su suerte como la insalubridad de las prisiones. Nunca pidió clemencia, más bien lo contrario. «Una republicana no sabe mendigar un perdón cuando se le debe una reparación». Fue condenada a muerte el 2 de noviembre de 1793 en un juicio sumarísimo. Cuando pidió un abogado, el presidente del Tribunal le espetó, «tenéis suficiente coraje para defenderos vos misma».

Horas antes de ser guillotinado, dejó este mensaje escrito a su hijo: «Adiós, hijo mío, ya no estaré cuando recibas esta carta, pero deja tu posición para vengar la injusticia que le han hecho a tu madre y el crimen que han cometido con ella. Muero, hijo mío, mi querido hijo, muero inocente. Han violado todas las leyes con la mujer más virtuosa de su siglo». Él la repudió. No corrían buenos tiempos para vincularse a una ejecutada por traicionar a la Revolución, aunque fuera su propia madre. Eso sí, pasados los años del Terror, Pierre la reconoció para tratar de heredar sus propiedades.

El 3 de noviembre fue conducida hasta la guillotina de la Plaza de la Revolución. Los relatos oficiales de la

época solían ridiculizar a los ejecutados más ilustres atribuyéndoles sollozos y súplicas ante el verdugo. Como si fuera indigno e incomprensible temblar ante la inmediatez de la propia muerte. De Olympe se ha repetido durante siglos que flaqueó, pero los testimonios más fiables aseguran que encaró su sacrificio como había vivido, con altivez y coraje.

Durante la Revolución, las ejecuciones de Estado se convirtieron, más que nunca, en un espectáculo de masas. Vendedoras ofrecían limonada al público sediento de sangre, que enmudecía cuando una nueva cabeza era acomodada bajo la cuchilla y estallaba de júbilo al verla rodar. A esa muchedumbre que iba a celebrar su decapitación dedicó Olympe sus últimas palabras: «¡Hijos de la patria, vosotros vengaréis mi muerte!». Al Marqués de Sade le quedaban pocas semanas de su recién recuperada libertad cuando mataron a Olympe, no pudo divisar desde su celda ni, para su mayor espanto, oír la ceremonia multitudinaria de este ajusticiamiento. Pero sí de muchísimos más. «La guillotina ante mis ojos me ha hecho cien veces más daño del que me habían hecho todas las bastillas imaginables».

Los jacobinos festejaron su muerte: «Recordad esta virago, esta mujer-hombre, la imprudente Olympe de Gouges, que instituyó sociedades de mujeres abandonando los cuidados de su casa, quiso politiquear y cometió crímenes». Hoy la historia oficial francesa es de herencia jacobina y, a pesar de que era la primera y creo que la única mujer mencionada en mis libros de historia del colegio sin ser reina, solo las feministas recordamos a Olympe de Gouges. Aún y todo, Ségolène Royal, la que estuvo a punto de ser primera mujer presidenta de Francia, prometió en 2007 que, si ganaba las elecciones, trasladaría

los restos de Olympe al Panteón de París, donde reposan «los grandes hombres». Pero ganó Sarkozy.

Cuando se la recuerda, suele ofrecerse una versión moderada, aburguesada, blanqueada, tibia de la audaz Olympe de Gouges²⁰. Y se malgastan 488 páginas en un cómic que la reduce a una pizpireta cortesana que gustaba de entretenerse con la política de vez en cuando. Eso sí, no hay genealogía del feminismo europeo blanco e ilustrado, ese que trata de imponerse como pionero, auténtico y universal desde los privilegios que ostenta y contra los que luchó Olympe de Gouges toda su vida, que no la incluya, incluso que no arranque con ella. Quizás por esto, muchas hermanas feministas radicales y periféricas con las que he hablado la consideran una antecesora sobrevalorada y objetan diferentes episodios de su vida para invalidarla. Olympe de Gouges sigue levantando sospechas dos siglos después de sus hazañas y de su muerte. Y yo confieso mi afán de recuperar para nosotras la subversiva potencia de su legado.

Fue intrépida, obstinada, altiva, altanera, ambiciosa, justiciera, tocapelotas, irreductible. Más que una ilustrada fue una librepensadora. Más que una intelectual, una activista. Más que una agitadora, una mujer que se negó a acatar el mandato patriarcal de morderse la lengua. Menos aún cuando estalló esa revolución que marcaría su vida y su muerte, y que no quiso perderse. Olympe de Gouges reclamó a la Revolución Francesa que no fuera sanguinaria y que beneficiara realmente a todo el pueblo, sobre todo a sus estratos más desfavorecidos. Se empeñó

20.- Para compensar, hace poco se publicó en castellano una magnífica biografía suya, *Olympe de Gouges. La cronista maldita de la Revolución Francesa* de Laura Manzanera López (El Viejo Topo, 2010).

en difundir sus opiniones políticas y en aportar propuestas en pleno proceso constitutivo de un nuevo orden que presumía de dar por fin voz al pueblo tras una eternidad de tiranía, pero que no tardó en excluir al 50% de la población: las mujeres. Una revolución que no perdonó a Olympe de Gouges que se sintiera parte de ella.

A black and white, close-up portrait of Kathleen Hanna. She is shown from the chest up, looking slightly to the right of the frame. Her hair is pulled back into a bun. She is wearing a dark, textured sweater and a thin, long necklace. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her face against a dark background.

© Jody Rogac

Kathleen Hanna

KATHLEEN HANNA NACIÓ EN PORTLAND EL 12 de noviembre de 1968. Su madre era enfermera y su padre fontanero. Su madre era feminista y su padre un macho. Acabarían divorciándose cuando ella era una adolescente. En casa compartían la lectura de *Ms.*, una revista centrada en las luchas de las mujeres, a escondidas de él. «Yo hacía carteles con recortes en los que ponía cosas como “las chicas pueden hacer cualquier cosa” y mi madre se reunía en el sótano de una iglesia en un grupo contra la violencia doméstica. Entonces ella me llevó a un acto del Día de la Solidaridad en Washington DC. Fue la primera vez que formé parte de una multitud de mujeres que gritaban y desde entonces he querido volver a estar ahí siempre». Aquel día, la futura cantante punk tenía 9 años y el inflamado discurso de la editora de *Ms.* Gloria Steinem le impactaría para siempre.

Se matriculó en Fotografía en una universidad de Olympia y empezó a trabajar como stripper. Ávida de feminismo y frustrada ante la ausencia de asignaturas con perspectiva de género, se nutría en la biblioteca y conspiraba junto a otras compañeras. Sus trabajos denunciaban

sobre todo la violencia sexual que asedia las vidas de las mujeres. En una de sus obras, Kathleen posa de niña como una miss, en bikini, con una cinta cruzada con su nombre escrito y una sonrisa en la que faltan dos dientes, recortada sobre un fondo en el que se lee varias veces SLUT (zorra), todo en blanco y negro, muy del estilo fanzine punk.

Un compañero y ella decidieron sacar a la luz sus trabajos fotográficos, él abordaba el SIDA y ella el sexismo. Los expusieron en las paredes de la facultad sin permiso y fueron retirados a los pocos días por la noche. Tras esta experiencia de censura, decidieron montar su propia galería feminista autogestionada en el centro de Olympia a la que llamaron Reko Muse y que se mantendría activa durante tres años.

«Una noche me quedé hasta tarde trabajando en el taller y mi mejor amiga fue atacada en nuestra casa. Ella se fue a su habitación y se quedó dormida, se despertó y él estaba de pie en la puerta. La agarró del cuello y la arrastró escaleras arriba. Mientras le decía: “voy a violarte y después te mataré”. Ella estudiaba música y estaba escribiendo su propia sinfonía. Después me dijo que solo pensaba: “terminaré mi maldita sinfonía”. Entonces enloqueció, golpeó al tipo, se soltó y escapó. Cuando regresé a casa estaba toda golpeada. Y pensé: “debo asegurarme de que esto no suceda nunca más”». Era 1989 y Kathleen Hanna estaba preparando un desfile de ropa con sus propios diseños. Decidió seguir adelante con sus planes. La pasarela se realizó en el edificio de la biblioteca de la universidad y estampó en un vestido: «mientras la arrastraba hacia arriba agarrada por el cuello».

«Soy tu peor pesadilla hecha realidad. Soy la chica a la que no puedes callar. No hay mordaza suficientemente grande que pueda con esta boca. Le diré a todo el mundo lo que me hiciste. Fue en la madrugada en mi casa. Fue en la madrugada en mi casa. Fue en la madrugada en mi casa».

Las imágenes muestran a Kathleen Hanna en 1991 gritando esta poesía en público mientras se balancea, da un paso al frente y retrocede, una y otra vez²¹. Acudió a un taller de la autora feminista punk Kathy Acker y le dijo que quería escribir para ser escuchada. «Entonces deberías estar en una banda porque nadie va a escuchar a una poeta».

Olympia era a principios de los noventa un hervidero de rock alternativo. Tobi Vail publicaba un fanzine sobre feminismo y punk llamado *Jigsaw* y le propuso a Kathi Wilcox montar una banda. Kathleen ya había tenido dos grupos antes y decidieron pedirle que fuera la cantante. Empezaron ensayando las tres, pero les faltaba alguien a la guitarra. Aunque preferían una chica, como no la encontraban, se lo propusieron a un amigo llamado Billy Karren. Así nació Bikini Kill, aquella banda de punk feminista que recuperaría el espacio, el discurso y la voz usurpados a las chicas por la fuerza de los machos, también en el mundo alternativo.

Desde el principio recibieron mucha atención, a veces demasiada. Kathleen Hanna conducía los conciertos aguerrida e hipnótica. Y generaba cortocircuitos en la cultura punk para destronar la masculinidad dominante. Vestía a la vez sexy y aniñada, a veces solo llevaba una camiseta corta y bragas. Interpelaba al público directa e incesante, empoderando a las chicas y advirtiendo a los chicos. Vociferaba mensajes feministas impostando el acento de una pija californiana. Se contorneaba sobre el escenario advirtiendo que se defende-

21.- La Womanhouse fue un proyecto colectivo coordinado por Judy Chicago y Miriam Schapiro, profesoras de arte de la Universidad de Fresno, en el que mujeres artistas experimentaron durante cuatro meses entre 1971 y 1972 en una casa que iba a ser demolida. Se considera pionera del arte feminista. Allí se representó una de las obras que más me siguen conmoviendo en la vida, *Waiting for*, de Faith Wilding. Y en la que pienso cuando veo y escucho a Kathleen Hanna en esta *spoken word*. Ella, por supuesto, es también admiradora de la Womanhouse y de Judy Chicago.

ría de cualquier agresor. Y reorganizaba el espacio clamando aquel mítico *Girls to the front!*. ¡Las chicas delante!

Quien haya acudido a conciertos punks sabe de lo que estoy hablando. Los chicos tomaban las primeras filas de manera expansiva bailando pogo y expulsando a quienes no fueran capaces de mantener ese nivel de confrontación física. Básicamente se trata del baile del más fuerte. Si no podías o no querías entrar en combate, tu única opción era quedarte desplazada en la parte de atrás del concierto. Se repetía la misma jararquización del espacio que en los patios de los colegios, donde los niños suelen ocupar el espacio central y las niñas, la periferia. Y, aunque a los chicos no les diera en esa ocasión por lanzarse a su danza arrolladora, la multitud se apretaba posibilitando los manoseos anónimos a los cuerpos de las chicas. Ser una punk entrañaba sus riesgos y costaba defenderse. Hasta que llegó Kathleen Hanna para desafiar la hegemonía de los machos alternativos.

«Las chicas delante, no bromeo. Chicos, sed buenos por una vez en vuestra vida, atrás, atrás, atrás». «Chicas, si algún tío os molesta durante este concierto venid adelante y sentaos en el escenario. Decídnoslo. Ninguna chica en una multitud debe tener la responsabilidad de lidiar con idiotas». «Tengo todo el puto derecho de ser hostil y no me quedaré sentada en plan “paz y amor” con la maldita bota de alguien en mi cuello». La imagen de Kathleen Hanna gritando con el micro a espectadores abusivos a escasos centímetros de sus caras es imborrable²².

22.- Entro en éxtasis solo de imaginar que, una de tantas noches en que mis amigas y yo resistíamos en las primeras filas de aquellos conciertos punk en gazzetxes hace veinte años, nos hubiéramos encontrado con Kathleen Hanna delante...

Por si el mensaje no quedaba suficientemente claro, repartían octavillas y fanzines feministas en sus conciertos. Animaban a las chicas del público a que subieran al escenario y tomaran el micro para narrar sus experiencias de abusos y deshacer así el nudo del silencio al que se nos condena socialmente tras haber sufrido violencia machista. Y sus letras denunciaban la opresión sexista, exaltaban a heroínas cotidianas que revientan los moldes de género e instigaban a la hermandad entre mujeres. Sus canciones se convirtieron en himnos para una generación de chicas que habitaban los espacios alternativos pero que ya no estaban dispuestas a ser relegadas a periferia alguna ni a soportar la intimidación sexual.

Rebel Girl:

Esa chica se cree que es la reina del barrio
ella tiene la mejor motocicleta de la ciudad
esa chica tiene la cabeza tan alta
creo que quiero ser su mejor amiga
chica rebelde chica rebelde chica rebelde
tú eres la reina de mi mundo
creo que quiero llevarte a casa
quiero probarme tu ropa también
cuando ella habla escucho la revolución
en sus caderas hay revolución
cuando ella camina la revolución viene
en sus besos saboreo la revolución
chica rebelde...
esa chica se cree que es la reina del barrio
tengo noticias para ti: ella lo es
ellos dicen que es una puta
pero yo sé que ella es mi mejor amiga.

Don't need you:

No necesitamos que nos digas que estamos guapas
no necesitamos que nos digas que estamos bien
no necesitamos tu actitud de mierda tío
no necesitamos tu beso de buenas noches
no te necesitamos, no te necesitamos
nosotras las chicas no te necesitamos
no necesitamos que nos digas que somos buenas
no necesitamos que nos digas que apestamos
no necesitamos tu protección
no necesitamos tu polla para follar.
¿Te asusta que nosotras no te necesitemos?
Nosotras putas punk no te necesitamos.

Claro que ese cambio en la relación de fuerzas no iba a producirse sin que los machos destronados reaccionaran violentamente. «Queríamos que las chicas se plantaran delante en nuestros conciertos, a veces simplemente necesitábamos protección. Algunos tipos se agolpaban contra las chicas de las primeras filas, y nuestros conciertos no eran para eso». Kathleen estaba muy expuesta, recibía continuas amenazas y sufrió agresiones, no solo de desconocidos. Fue acosada por un exnovio adicto al crack y le costó mucho pedir ayuda. Le paralizaba pensar que nadie iba a creerle precisamente a ella, una feminista pública empeñada en denunciar la violencia contra las mujeres. Cuando lo hizo, el único que la defendió fue su amigo Kurt Cobain.

En agosto de 1991, durante un encuentro internacional de música independiente celebrado en Olympia, se dedicó un día a las bandas de chicas. Pero, en esta ocasión, se trataba además de bandas feministas. Tocaron Bikini Kill, L7, Tiger Trap, Bratmobile, 7 Year Bitch y The Slits.

En 1992, Bikini Kill y Bratmobile se mudaban de Olympia a Washington DC. Por aquellos meses las noticias sobre violencia contra las mujeres llenaban las televisiones y aquel círculo de amigas que compartían punk y feminismo no pudieron más. Y emprendieron su propia revuelta, anunciada en un fanzine al que llamaron *Riot Grrrl*.

A principios de los noventa, tras aquella reacción apisonadora de la era Reagan²³, en Estados Unidos trató de darse por muerto al feminismo. Se decía que las mujeres ya habían conseguido todos los derechos que necesitaban y que la mayoría de ellas había comprendido que, fuera de su destino heteromatrimonial y maternal, eran profundamente desgraciadas. Y entonces Rebecca Walker anunció en enero de 1992 en la revista *Ms. la Tercera Ola*, el advenimiento de un feminismo radical, prosexo, poscolonial, no esencialista, por lo tanto queer y hermanado con la lucha transexual, contracultural. «No somos posfeministas, somos la Tercera Ola». Kathleen Hanna define el feminismo como «un movimiento político de base amplia empeñado en desafiar las jerarquías de todo tipo de nuestra sociedad, incluido el sexismo, el racismo, el clasismo, el capacitismo...». El movimiento *Riot Grrrl* era parte de ese nuevo tsunami feminista.

Comenzaron a reunirse en un local de Washington DC. Ya eran muchas y necesitaban ese imprescindible espacio entre mujeres en el que hablar sobre violencia sexual y empoderarse entre todas. Kathleen Hanna publicó su propio manifiesto en un fanzine y alentó a las demás a que

23.- *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, de Susan Faludi, es un libro que nunca me cansaré de recomendar, aunque lleva años agotadísimo. Afortunadamente, existen las bibliotecas de mujeres impulsadas por el movimiento feminista donde podrás leerlo.

escribieran los suyos. «La idea era que cualquier mujer en cualquier lugar pudiera usar el nombre Riot Grrrl y crear lo que quisiera». Hijas de la contracultura y del punk, se reproducían a través del *DIY*, hazlo tú misma, y rechazaban cualquier intento de centralización. Todo esto sucedió en los años previos a la irrupción de internet y, sin embargo, las Riot Grrrl se propagaron cual plaga de brujas.

Era la primera vez que el feminismo se contagiaba a través de la música, y además del punk. En agosto de 2000 tenía lugar en Olympia la primera LadyFest, un encuentro de arte y feminismo autogestionado cuyo nombre puede utilizar cualquier comunidad en cualquier parte del mundo para organizar su propio evento. Desde entonces, se han celebrado innumerables por todo el planeta. En junio de 2013 tuvo lugar una LadyFest en Iruñea. Y el 21 de enero de 2012 las Pussy Riot irrumpían en el altar de la principal iglesia ortodoxa de Moscú para entonar su plegaria punk por la libertad y pedirle a la virgen que se haga feminista y que les libere de Putin. Tres de ellas eran encarceladas para espanto del mundo y el discurso del feminismo radical era propagado como nunca antes, como jamás hubieran soñado sus inmediatas antecesoras, aquellas que detonaron la Riot Grrrl y que han apoyado sin tregua a sus hermanas rusas²⁴.

A principios de los noventa, la prensa, tratando de ridiculizarlas, llegó a englobar a las Spice Girls en el movimiento Riot Grrrl. Y el despiadado foco mediático se centraba sobre todo en Kathleen Hanna. «Una reportera del *USA Today* escribió algo muy condescendiente sobre lo

24.- Me fascina que en el juicio contra las Pussy Riot se les llegase a acusar de querer vengar a Hypatia de Alejandría, asesinada por fanáticos cristianos en el año 415 nada menos.

que estábamos haciendo, se centró en nuestra vestimenta y en nuestros cuerpos. Decía que todas debíamos ser supervivientes de abusos sexuales porque cantábamos sobre violaciones. Fue muy frustrante para nosotras que una mujer escribiera algo que creíamos tan estúpido». Decidieron no atender a periodistas y entonces se les acusó de realizar un bloqueo informativo.

El *Washington Post* llegó a publicar que Kathleen había sido violada por su padre. «Yo jamás afirmé eso y lo repito: mi padre nunca me violó. Mi padre tenía actitudes sexuales inapropiadas. No fue un gran padre. Era abusivo física y verbalmente a veces, pero no me violó físicamente. Hago una distinción entre lo sexualmente inapropiado y el abuso porque conozco historias de otras personas que son terribles». Al mostrarse de una manera tan rotunda como una feminista radical empeñada en sacar a la luz la violencia sexual, además con aquella imagen de puta punk, se lanzaron sobre ella. A menudo el feminismo no es tampoco muy generoso con sus activistas más visibles. Así que Kathleen Hanna empezó a sentirse asfixiada y a menudo sola.

En una mesa redonda dijo: «no estoy dispuesta a lidiar con la prensa dominante cuando me preguntan constantemente sobre abusos sexuales, sobre si fui stripper o no lo fui. Hacen preguntas sexistas continuamente e intentan que la banda en la que estoy o los proyectos en los que estoy involucrada se vuelva en contra de otras mujeres a las que respeto en la comunidad. Y generan todas estas desavenencias porque venden revistas». Consciente de cómo la prensa mayoritaria tiende a alimentar el mito patriarcal de la rivalidad femenina, Kathleen Hanna siempre ha sido muy cuidadosa en sus declaraciones y en su blog. Nunca habla mal de otras mujeres, ensalza a las que

admira y elabora una crítica constructiva sin personalizar cuando difiere. Cuando una vez se le preguntó insistentemente su opinión sobre Madonna, ella respondió una y otra vez que prefería hablar de Shulamith Firestone, pionera del feminismo radical, sin caer en la trampa. En 2003 escribió un texto para el libro colectivo *Sisterhood is Forever* (la hermandad entre mujeres es para siempre).

Bikini Kill se disolvió definitivamente en 1998, tras nueve años de incesante actividad. Habían sacado cinco discos y varios singles y recopilaciones. Habían estado de gira por Estados Unidos, Europa, Australia y Japón. Habían colaborado con su adorada Joan Jett, la madre de todas las feministas punk. Habían detonado junto a otras la Riot Grrrl. Pero apenas sobrevivían económicamente y viajaban en una furgoneta siempre al borde del colapso. Desde el principio recibieron mucha atención, demasiada, y se sentían acorraladas. Se habían agotado y las relaciones del grupo estaban desintegradas.

Entonces, Kathleen Hanna, en solitario, ideó un disco que se llamaría *Julie Ruin*. Firmó con seudónimo, necesitaba escapar de los focos. «Con Bikini Kill le cantaba a un hombre idiota que jodía al mundo. Y les permitía a otras mujeres verme hacer eso. Quería empezar a cantarles a otras mujeres directamente». Y lo hizo desde su habitación, donde compuso, grabó y diseñó la maqueta. Ya no tenía una banda, así que se compró un sintetizador de segunda mano por 40 dólares y transitó hacia la música electrónica. «Suena a cultura de la habitación, suena a algo que hace una chica en su cuarto. El cuarto de una chica a veces puede ser un espacio muy creativo. El problema es que nuestros cuartos están todos separados entre sí. Entonces, ¿cómo conectas ese cuarto con los de todas las otras chicas que están en secreto escribiendo co-

sas secretas? Quería que el disco sonara como si una chica lo hubiera hecho en su cuarto, pero que finalmente no lo descartó, no lo dejó en su diario, sino que lo sacó a la luz y lo compartió con otras». Sola en su habitación, sin presiones de nadie, pudo experimentar con la música y con su voz, algo que anhelaba desde hacía años. *Julie Ruin* es considerado hoy una joya.

La revista *BUST* publicaba en 1999 una entrevista conjunta a Kathleen Hanna y Gloria Steinem. «No quería ser la líder o la persona señalada. Y estoy segura de que Gloria puede comprender la posición de recibir tanta atención negativa de los medios. Una se siente como si recibiera golpes en el rostro de ambos lados». Aquella mujer cuyo discurso público había inflamado el feminismo de Kathleen cuando tenía 9 años le dijo algo revelador: «Los hombres critican al miembro débil del grupo, las mujeres tienden a criticar a la miembro fuerte. Es una de las muchas maneras que se nos han enseñado a internalizar para perpetuar los roles de género»²⁵.

Regresó a Portland agotada y deprimida, y entonces se reencontró con Johanna Fateman. Y decidió que tenían que ser amigas, que tenían que montar una banda y que iban a partir de las cosas buenas y a celebrarlas sin renunciar al feminismo. «Quiero hacer algo que sea totalmente placentero y político a la vez». Se fueron juntas y sin dinero a Nueva York y comenzaron a grabar un disco. Con Sadie Benning, fundarían el mítico grupo *Le Tigre*. Después Sadie se fue y se les unió un chico, J.D. Samson.

25.- Sobre la opresión horizontal dentro del feminismo son imprescindibles los textos de Jo Freeman. El ya clásico *La tiranía de la falta de estructuras* de 1972 y el demoledor *Ensuciando. El lado oscuro de la hermandad entre mujeres* de 1976. Ambos pueden encontrarse en la red.

Hacían punk electrónico feminista contagiosamente alegre y bailable. Y triunfaron.

La gira mundial duraría año y medio. Un día, Kathleen Hanna perdió la voz en un ensayo y a partir de ahí comenzó a enfermar a menudo. En 2005 anunció que dejaba la música por decisión propia, pero realmente su cuerpo no podía más. En 2008, en un acto público a favor de la autodeterminación sexual de las mujeres en Nueva York, tuvo problemas para hablar. En el hospital le aseguraron que solo podía ser un ataque de pánico. Como suele ocurrir cuando la salud de una mujer desafía al diagnóstico médico, Kathleen Hanna fue derivada a psiquiatría. Hasta 2010 no detectaron que padecía la enfermedad de Lyme, ya en fase tardía y, por lo tanto, difícil de curar. Esta extendidísima aunque desconocida dolencia está provocada por la picadura de una garrapata y afecta al movimiento y al habla, puede provocar descompensaciones cardíacas, visión borrosa e incluso alucinaciones, parálisis facial, fatiga crónica y artritis. Su vida había cambiado drásticamente.

Condicionada por las temporadas en que su salud se deteriora, ha montado otra banda llamada The Julie Ruin, en la que vuelve a trabajar junto a su compañera de Bikini Kill, Kathi Wilcox. También divulga el feminismo punk en clases y conferencias y se implica en proyectos que combaten el avasallamiento estructural en que vivimos las mujeres y las minorías. Los últimos años están siendo difíciles para ella. Afortunadamente cuenta con el apoyo cotidiano de Adam Horovitz, guitarrista de los Beastie Boys, su pareja desde 1996.

Kathleen Hanna siempre quiso que se escuchara la verdad de las mujeres y se hizo cantante para amplificar su voz. Se ha enfrentado toda la vida al pacto de silencio patriarcal que nos ahoga y a la incredulidad social que nos

espera cuando nos decidimos a hablar. Identificada con el feminismo desde que era una niña, ha utilizado su proyección pública siempre para defender la libertad sexual de las mujeres. Saliendo herida a veces, pero incesante en su empeño. «Mientras siga existiendo abuso sexual, odio y violencia contra lesbianas y transexuales, no podemos hablar de que hemos alcanzado la liberación sexual».

Defensora del aborto sin disculpas y sin estigmas, es de las que siempre dijo «he abortado». Obsesionada con la violencia sexual que soportamos las mujeres a lo largo de nuestras vidas y con ese pacto social no reconocido que nos presiona para que no lo contemos, Kathleen Hanna se ha empeñado siempre en hablar, cantar, incluso gritar, lo que debe ser callado. «Se necesita una gran cantidad de fortaleza para vivir en este mundo si eres una mujer. Y mucha más si eres una mujer que quieres que las cosas cambien». Hace poco reconocía que fue violada con 15 años por un desconocido y que su estrategia fue fingir que disfrutaba porque tuvo la intuición de que otras niñas no habían salido de aquel apartamento con vida. También contó que, mientras era la cantante de Bikini Kill, fue violada por un amigo «que había leído todos los libros de feminismo que yo tenía en casa». Y lo duro que fue para ella irse de gira al día siguiente y subirse al escenario para animar a las chicas a romper con su silencio. Kathleen Hanna revela honesta y responsable las contradicciones en las que vivimos a menudo las mujeres feministas. Cómo nos puede costar más aún reconocer la violencia patriarcal por creernos a salvo y por un mayor temor a que nos acusen de mentir o exagerar. «Si una chica se siente menos sola al escucharme, habrá merecido la pena».

Siempre ha sido franca respecto al tiempo en que trabajó de stripper, se posiciona como feminista prosexo y, sobre

todo, completamente contraria a perseguir a las trabajadoras sexuales. Andrea Dworkin hizo una campaña para que se aprobara una ley que pretendía obligar a todas las trabajadoras sexuales del estado de Washington a inscribirse ante la policía con su dirección y sus huellas dactilares. En su búsqueda de apoyos, dio una charla en la Universidad de Olympia donde estudiaba Kathleen Hanna. «Creo que ella vio la ley como un elemento disuasorio para el trabajo sexual y también una manera de “mantener a la mujer segura”. Sus puntos de vista me parecieron muy paternalistas y sentí que estaba realmente obsesionada con la pornografía. Me acerqué al micrófono durante el turno de preguntas y le dije que estaba pagando mis estudios trabajando como stripper y que esa ley me dañaba y no me ayudaba en nada. Ella me dijo, delante de un auditorio lleno, que estaba equivocada, que sería perseguida siempre por ser una stripper y que arruinaría mi vida. Sentí como si ella fuera un sacerdote que me estaba condenando al infierno. Una de las cosas que más miedo me da es que feministas trabajen con la policía y con el gobierno para promulgar leyes que dañarán a las trabajadoras del sexo. Lo que hicieron MacKinnon y Dworkin me asusta realmente».

Respecto al trabajo sexual, por haberlo vivido en primera persona, ni idealiza ni condena. «Trabajar como stripper me permitió estar en Bikini Kill. ¿Hubiera deseado tener un trabajo con el que consiguiera esa cantidad de dinero y flexibilidad de horarios sin tener que desnudarme? Claro que sí. Pero no existía y yo quería hacer música. Trabajé en McDonald's y era vegetariana. Y sentía que era lo mismo. Era feminista y trabajaba como stripper en un club». Las feministas que no provenimos de familias acaudaladas tenemos menos dificultades para

comprender la dimensión laboral de la prostitución. Las abolicionistas de la prostitución no suelen ser pobres.

En 2013 se estrenaba un documental sobre su vida, *The Punk Singer*, dirigido por Sini Anderson. Kathleen Hanna concluye con estas cruciales palabras: «Cuando un hombre dice la verdad, es la verdad. Y cuando como mujer digo la verdad, siento que tengo que negociar la manera en que me percibirán. Siento que siempre está la sospecha alrededor de la verdad de una mujer, la idea de que estás exagerando. Tengo miedo de que finalmente daré un paso al frente, contaré la verdad y alguien dirá: “ah, no le creo”. Si no me hubiera admitido a mí misma el abuso sexual que he vivido en mi vida, y no fue solamente algo que sucedió cuando era una niña. También cómo me trataba mi padre y más cosas. Fueron todo cosas diferentes. Nunca le quería contar la historia completa a nadie porque sonaba loco. Parecía un problema muy complicado. ¿Quién iba a creerme? Y luego pensé: “otras mujeres me creerán”».



© Marisol Ramírez

Laura Bugalho

LAURA BUGALHO NACIÓ EL 6 de mayo de 1964 en Compostela. «Lo de Santiago es una invención de la Iglesia. Está históricamente demostrado que el apóstol nunca estuvo aquí. En todo caso, parece más creíble que los restos hallados en Compostela sean de Prisciliano, un monje hereje ejecutado por la Iglesia que creía en la mezcla entre la cristiandad y el paganismo y daba valía a las mujeres en las celebraciones religiosas»²⁷. Toda la vida de Laura Bugalho es un ejercicio de necesaria e insurgente reescritura.

26.- Galiza Nación Queer es la colosal enunciación que la lingüista y escritora Teresa Moure propone en el ensayo *Queer-emos un mundo novo. Sobre cápsulas, xéneros e falsas clasificacións*, galardonado con el Premio Ramón Piñeiro en 2012. Teresa reinterpreta la tradición literaria y la lengua galegas en clave desgenerada, en parte por ser uno de los pueblos finistéricos de Europa. Queer Nation fue un aguerrido colectivo callejero fundado en Nueva York en 1990 que conjugaba la rabia sexual, de raza, de género, de clase y la construcción de una comunidad multidentitaria superviviente y gozosa. Que Teresa Moure recuperara Nación Queer para renombrar Galiza me parece una genialidad. Y las tres mejores palabras para acompañar el nombre de Laura Bugalho.

27.- Unamuno afirmó que no había católico que no supiese que en la catedral de Compostela está enterrado Prisciliano y no Santiago. El historiador Xosé

Su padre era médico. «Ha sido un descastado ya que el mundo de la medicina era solo para hijos y nietos de médicos y él es de origen humilde, hijo de un carpintero de Ribeira». Laura pasó la infancia entre Compostela y Fene, el pueblo de su madre, cerca de Ferrol. «Me gustaba mucho estar en Fene, el contacto con el mundo rural, mis camaradas de juegos con los que fumé mis primeros cigarrillos, las cabañas que hacíamos en el bosque...». Conoce Galiza como la palma de su mano²⁸ en parte porque de niña fue scout. «Aquí era un movimiento muy anárquico, no atendíamos al reglamento».

Su padre organizaba reuniones opacas hacia sus hijas e hijos en la casa de Compostela. Ella reconocería años después entre aquellos anónimos visitantes a gente que había luchado contra la dictadura. La madre de Laura le sigue contando hoy cosas que siempre calló por miedo. Su padre era un militar republicano destinado en Cartagena y, cuando terminó la guerra, toda la familia fue detenida en un campo de concentración en Madrid, donde moriría su bisabuelo. Aunque en su casa no se hablara de política, Laura comprendió tempranamente que pertenecían al bando de los vencidos, de la gente que tendría que luchar siempre.

Tenía 11 años cuando murió Franco y un profesor les llevó a un encuentro anarquista. «Mi hermano mayor ya estaba muy politizado y con trece años iba a todas las manifestaciones que había en aquella época llamada transición. Cargaban los grises y yo tenía que explicar en casa por qué llegaba sin un zapato». Laura comenzó su activis-

Chao Rego ha documentado ampliamente esta usurpación histórica.

28.- Entrevisté a Laura en una aldea mágica llamada Ponte-Maceira. Al releer sus palabras, vuelvo a escuchar el salto de agua del río Tambre.

mo en la Juventud Obrera Cristiana. Una tarde, el movimiento obrero celebraba una eucaristía en la catedral y se les expulsó cuando empezaron a leer textos de Eduardo Galeano. «Nos dábamos la paz en misa con un beso en vez de la mano». Leyendo a Rosalía de Castro y a Castelao comprendió que el suyo era, además, un pueblo colonizado y oprimido.

Desde su imponente envergadura, siempre se encaró a la violencia hegemónica. «En el bachillerato me enfrentaba a los curas por su hostil comportamiento hacia el alumnado, sobre todo hacia compañeros gays». Decidió estudiar Magisterio y en la universidad se unió a la Esquerda Revolucionaria Galega. En 1985, fue rechazada en el servicio militar gracias a una hernia. «Eres inútil para la patria», le informaron. Ella les contestó eufórica: «¡podéis dármelo por escrito!».

Laura comenzó a salir de la clandestinidad tímidamente en esa época. «Yo tenía un coche, me iba a la aldea, me travestía en mi casa y estudiaba como Laura, aunque en clase todavía era Xoán. Mis padres me habían encontrado más de una vez travestida desde pequeña y ejercieron una represión hacia Laura que hoy considero inocua porque aquí estoy. Mi nombre me viene de la infancia, cuando jugaba con mi hermana y yo era Laura». Cuando empezó a estudiar Pedagogía Social conocería a Belén, la que iba a ser su compañera y amada durante años. Pensó entonces que podría ser Xoán y que Laura era una fantasía del pasado. Celebraron en Canedo una boda preciosa con gaiteros.

Desde 1990 hasta 1992 presidió el Consello da Xuventude de Galiza. Fue entonces cuando interpuso su primera denuncia por corrupción al encontrarse con una irregularidad en los presupuestos. Denunció al presidente saliente y trató de inculpar al anterior, Pepe Blanco. «No

pude llegar a él porque ya no tenía dinero para hacer más auditorías. Ya entonces se me ofrecieron soluciones económicas para que no denunciase». Debió ser por aquella época cuando la oligarquía galega empezó a temer a ese joven justiciero que parecía tomarse en serio el bien común y no pensaba dejarse absorber por los beneficios personales de entrar en una maquinaria política putrefacta. Asqueada de la corruptela institucional, desde el 1 de noviembre de 1993 trabaja en el Departamento de Migraciones de la Confederación Intersindical Galega (CIG), sindicato ligado a la izquierda soberanista.

Mientras tanto, Xoán se entendía muy bien con Belén, su cotidianidad era amable, compartían activismos. «Pero aquello que me parecía que había quedado bajo una piedra gigante, se empezó a resquebrajar y Laura pedía sitio». Habló con Belén, decidieron separarse como pareja pero fueron reencontrándose como amigas. Hoy son hermanas. En 1996 Laura inició su proceso de feminización por hormonas, tenía 32 años. Anunció en el sindicato que iba a iniciar una transformación de género y que combatiría todas las agresiones. Ha tenido que enfrentarse a inenarrables rechazos y mofas dentro de un sindicato de izquierdas. Aunque, como nunca se olvida de aclarar, Laura también encontró aliadas desde el principio.

«Una compañera, haciéndome un guiño cómplice, me invitó a la despedida de soltera de su cuñada. Y me dijo: “no puede venir Xoán, tiene que venir Laura”. Fui a su casa, me maquillé, me vestí como Laura. Algunas mujeres que estaban en la fiesta y no me conocían me preguntaron: “¿estás casada?, ¿tienes hijos?”. Al regresar a casa ya no quise volver a esconder a Laura nunca más».

Durante los dos años que duró su transición, escribió mucho, sobre todo diarios y poemas, pintó acuarelas. Y

aprendió en carne propia lo que significa ser socialmente mujer. «Una compañera me dijo hace años que las mujeres vivimos en estado de sitio con toque de queda. A Xoán le parecía muy heavy que las mujeres vivieran tan amenazadas y se solidarizaba con ellas, pero Laura lo vivenció. Pasé de andar tranquilo solo por las calles a las tres de la mañana a sentir miedo. El riesgo era vital, tenía que pensar por dónde iba a ir, por dónde iba a volver. Tenía que pedir a alguien que me acompañase a casa y tenerlo previsto de antemano. Sentía pánico, y a la vez unas ganas locas de socializarme como Laura. En aquel momento, además, probaba de todo, era bastante loba. La adolescencia no vivida viene bastante loca y se desboca. Había vivido muchos años con los chicos heteros como uno de ellos aunque no lo fuera, y conocía muy bien sus códigos». Probó entonces el sexo con hombres y comprendió que Laura, igual que Xoán, prefería a las mujeres.

Sufrió varias agresiones por la calle en aquel tiempo, en Compostela, en su ciudad, donde había vivido tranquilo siempre. «Una noche me topé con un grupo, eran dos chicas y tres chicos. Fueron ellas las que empezaron a increpar a los chicos diciéndoles: “ese que va ahí es un maricón”. Los chicos contestaban: “no, no, es una mujer”. Ellas insistieron y empezaron a perseguirme. No sé de dónde saqué la fuerza para correr tanto. Llegué a casa muerta de miedo, incluso bloqueé las ventanas, algo que era ridículo porque ya estaba a salvo. A la mañana siguiente me asaltó la gran pregunta, ¿vuelvo para atrás? No, no podía. Abrí la puerta de la calle como Laura y me dirigí al sindicato, sabiendo que allí me esperaba otro tipo de hostilidad».

Era lunes y cuando Laura llegó a la sede de la CIG, casualmente habían cambiado el día semanal de reunión, «así que me encontré con todos los jerifaltes». Meses

atrás ya habían decidido a espaldas de ella no despedirla del sindicato por su cambio de identidad genérica, es decir, ¡habían llegado a plantearse! Las despiadadas muestras de misoginia y transfobia que ha soportado Laura en todos estos años en su entorno laboral cuesta teclearlas sin autocombustionarse. Claro que ella nunca se quedó callada. Y, como le sucede a toda mujer que protesta por su opresión, se le empezó a tratar como a una histérica.

«Eran incapaces de mirarme a los ojos, me llamaban por mi apellido para no decirme Laura. Como acababa de pasar el carnaval, me hicieron bromas sobre si iba disfrazada. Un compañero me dijo, “¿y te dolió mucho?”. Pensaba que me hablaba de la cirugía. “No, cuando te redujeron el cerebro”... No me gusta la palabra micromachismo porque minimiza. Nosotras no vivimos el machismo de manera micro, sino de manera grave, muy grave o incluso lesiva».

«Poco a poco, el tema se fue asentando y también poco a poco se me fue apartando de las tomas de decisiones. Hipócritamente por mi bien decidieron sacarme del departamento internacional, aunque se llevaron un buen palo cuando Mercedes Lugo Bertoldt, de la delegación cubana, y Liu Naili, de la delegación china, dijeron: “nos da igual, queremos estar con ella, y ahora doblemente”». Gente a la que había molestado la radicalidad de Xoán, trató de vengarse con Laura. «Xoán está dentro de mí, no le he matado. Haber sido Xoán me ha vuelto más feminista porque él tuvo privilegios que Laura no tiene. Xoán decía algo y punto redondo, Laura tiene que dar varias explicaciones».

Laura es mil veces más molesta de lo que nunca fue Xoán. Además de su irrenunciable trabajo de denuncia de la opresión estructural, ahora es una mujer, transexual, feminista radical... y lesbiana. «Cuando mi novia me venía a buscar al trabajo, ya se les rompían los esquemas del

todo». Para colmo, ha mantenido y ampliado sus redes de apoyo. «El sistema nos quiere a las transexuales solas, víctimas, pobrecitas, pecadoras». Laura mantiene una amistad inquebrantable con su exmujer. Belén le acompañó a operarse, lidió con los médicos y cuidó de Laura en su casa los cinco meses de recuperación tras una segunda intervención quirúrgica. «Donde no está la familia consanguínea, está la familia elegida. Belén es una mujer con una fuerza increíble. Ella hoy tiene un compañero catalán y una niña relinda».

A Laura su nueva identidad social mujer le permitió el acceso a los espacios feministas por primera vez en su vida, aunque no iba a ser tan fácil. Cuando ella llegó en 1997, otras dos mujeres transexuales ya habían abierto un camino arduo, titubeante pero imparable de integración en el movimiento feminista del contexto ibérico. La paciencia y obstinación de Kim Pérez y Juana Ramos han ido socavando poco a poco el rechazo de un feminismo que solo aceptaba en sus espacios y colectivos a quienes hubieran sido diagnosticadas como mujeres al nacer²⁹. Laura Bugalho adora a estas dos precursoras transfeministas, «me he sentido muy acompañada por ellas».

El movimiento feminista ha tardado varias décadas en acabar de creerse el sortilegio liberador que lanzara Simone de Beauvoir en 1949 en *El Segundo Sexo*, «una mujer no nace, se hace». Al distinguir entre sexo carnal y género

29.- Aunque siempre defenderé que cada comunidad oprimida se segregue según los criterios que decida en cada momento, y me enerva el cuestionamiento externo permanente al que se nos trata de someter a las feministas sobre por qué en un colectivo nos reunimos solo mujeres, o solo mujeres, bolleras y trans (como sucede hoy en algunos espacios en Barcelona), celebro que nuestro devenir nos haya ido volviendo cada vez más promiscuas, como anhelaba Arantza Urkaregi en aquel texto que me maravilló en los noventa y que no he vuelto a encontrar.

social, ya no existe ningún remoto anclaje biológico que explique la inevitabilidad de nuestra opresión como mujeres, ni como hembras, ni como nada. La incorporación de las trans a nuestras filas es una magnífica señal de que vamos deshaciéndonos de tantas losas de esencialización acumuladas siglo a siglo. Y, como espías transgénero que son, al degradarse socialmente hacia nuestra casta inferior, pueden instruirnos certeramente sobre las debilidades del patriarcado.

Yo hago una lectura positiva porque las amigas de las trans hemos ganado, pero las afrentas que superaron estas mujeres para ser admitidas en el movimiento feminista son a menudo infames. «Algunas compañeras me dijeron que las mujeres transexuales éramos el último intento del patriarcado de inmiscuirse en el feminismo». Laura Bugalho llevó una ponencia a las Jornadas Feministas Estatales de Córdoba del año 2000. Confiesa que se sintió intimidada por hablar ante tantas mujeres³⁰. Aquel día alguien de la audiencia le preguntó, «¿y qué le pedís las mujeres transexuales al feminismo?». Quienes estuvieron allí recuerdan cada palabra de la respuesta de Laura. «Las mujeres trans no les pedimos nada a las feministas, las mujeres trans somos feministas».

Otra deslocalización a la que se vio abocada Bugalho al convertirse en Laura fue la territorial. Aunque, en este caso, no pensaba dejarse desplazar ni un milímetro de su *terra*. «Mucha gente me decía que Galiza iba a ser un sitio jodido para una trans, por ello muchos y muchas transexuales se van a ciudades grandes, pero no deja de ser un exilio. Jodido será, pero es una apuesta. Cuando

30.- ¿Y quién no?

estás comprometida con el pueblo, con el idioma, con la cultura, marcharte por evitar el rechazo social no es una opción»³¹. Así que se quedó en su ciudad y en su trabajo, plantando cara a las viejas y nuevas hostilidades. «Siempre digo que para mí antes era Compostela amada. Después pasó a ser Compostela armada, siempre llevaba algo para poderme defender. Para ser ahora Compostela reconquistada».

Mientras tanto, continuaba su trabajo incesante de apoyo a migrantes y de denuncia de las redes de explotación que se iba encontrando en aquellos años previos al crack en los que una Europa embobada en sí misma parecía la tierra prometida y se perpetraban los mayores abusos contra quienes venían a probar suerte. «Yo me empoderé en mi trabajo con la emigración. Nunca he estudiado derecho pero me conozco las leyes y no permitía que se cometieran atropellos en Extranjería». Solo en 2008 acompañó a 620 migrantes ante las instituciones para tramitar su residencia. En su trabajo sindical y en su activismo lleva defendiendo muchos años a los estratos más estigmatizados socialmente: migrantes, putas, población gitana, transexuales, gente encarcelada...

Durante más de dos décadas ha interpuesto muchísimas denuncias, algunas a mafias. «La diecinueveava vez que denuncié a una mafia toqué fibra. Eran 57 marroquíes a los que habían estafado 10.000 euros a cada uno para regularizar sus papeles. La mafia apuntaba cada vez más alto, supuestamente parecía que estaban involucrados el

31.- La genial escritora bollera y chicana Gloria Anzaldúa decía algo sobrecolector sobre ese extraño lugar que ocupamos las sexualidades minorizadas dentro de los pueblos oprimidos. «No fui yo quien vendió a mi gente sino ellos a mí». Recomiendo como el orujo su vigorosa lectura.

Viceconsulado de España en Casablanca, estaban mandos de la Policía Nacional, funcionarios de Extranjería y de la Seguridad Social y 37 empresas del sector metalúrgico. A raíz de esa denuncia se me avisó de que iba a haber represalias, que iban a venir a por mí. Yo acompañé a los 57 chicos estafados a denunciar y en sus declaraciones todos me mencionaban».

Como no tenían nada por lo que inculparla, tramaron una denuncia por falsedad documental continuada en la que hubo amenazas de expulsión a inmigrantes a los que ella había ayudado, registro ilegal de su casa, extravío de un ordenador que se encontraba bajo el amparo de la Justicia, falsificación de la firma de la sindicalista. Incluso se aportaron como prueba incriminatoria gestiones de extranjería supuestamente redactadas por Laura en castellano, cuando ella siempre tramita en galego.

La detuvieron el 26 de mayo de 2009. El trato que recibió en la comisaría durante los dos días que permaneció detenida fue amenazante y vejatorio. Se burlaban de ella continuamente por ser amiga de las putas y de la gente emigrante, por ser una mujer transexual, por ser bolle-
ra. Se reían cuando les hablaba en galego. Le obligaron a permanecer desnuda ante tres policías hombres. Perdió la noción del tiempo y le repitieron tantas veces que de allí iría directa al centro penitenciario de Teixeira, que acabó creyéndoselo.

Fuera y en pocas horas, una campaña espontánea y descabezada de apoyo a Laura Bugalho inundó la red. «Cuando yo salgo de los calabozos después de 48 horas, me dice mi excuñada: “ay Laura, lo que has movido en internet”. Yo no era consciente. Cuando puse mi nombre, vi que había un movimiento que me sobrecogió. Me dije, “somos la hostia, cuidado, mundo, que estamos aquí. Si

nos tocáis a una de nosotras, no es que nos toquen a todas, es que mordemos”. Cuando empezamos a hablar de la red transfeminista, para mí era carne propia».

En 2014, la fiscalía pide tres años de cárcel para Laura Bugalho, el juicio está previsto, aunque sin fecha todavía, para la primavera del 2015. Seis años después de su detención. Durante todo este tiempo, Laura ha sufrido el acoso permanente de la policía. Cuando viaja a Euskal Herria, a Portugal o a cualquier sitio suele encontrarse con agentes de Compostela. «He recibido cinco llamadas anónimas pidiéndome droga y mujeres para la prostitución, burdos intentos de vincularme a mafias donde sí está la policía muy metida. Ahí no me van a encontrar». Durante años ha revisado el coche antes de montarse y ha tratado de ir siempre acompañada. La policía ha llegado a impedirle participar en manifestaciones independentistas.

«Me han jodido, pero creo que voy a salir airosa. La denuncia contra mí es una vendetta». Ahora no hay tanta emigración como los años previos a su detención, cuando su apoyo permanente a gente privada de ciudadanía y su denuncia de las mafias molestaba tanto. Por otro lado, se corrió la voz entre quienes no tienen regularizada su residencia de que Laura estaba siendo vigilada por la policía. Y durante estos años ella decidió dolorosamente no denunciar más mafias institucionales. «La siguiente vez que denuncie algo, lo haré colectivamente y no a título personal. No nos tenemos que declarar mártires. He aprendido esto, no tenemos que ir a cara descubierta. El sistema es un engranaje que se defiende y es capaz de comerte en cuestión de segundos».

Los 57 marroquíes que denunciaron recuperaron sus 10.000 euros, pero la sentencia solo alcanzó al escalafón más bajo de la pirámide mafiosa. Laura había cabreado

durante muchos años a la policía por acompañar siempre a las más vulnerables, emigrantes y putas. Pero esta vez, además, les arruinó el negocio. «Hay gente presa por denuncias que yo realicé, tengo enemigos poderosos. Y que conste que no creo en la necesidad de los centros penitenciarios. Hay que tirar los muros de todas las prisiones».

Cuando fue detenida, el sindicato en el que llevaba trabajando desde hacía dieciséis años la abandonó. Declararon públicamente que la acusación contra ella no tenía nada que ver con la CIG y que se trataba de una cuestión personal. A pesar de los sinsabores y de las traiciones, Laura sigue aglutinando y construyendo, además en un momento de emergencia feminista, anticapitalista y soberanista. Más que nunca, tiene claras cuáles son las dinámicas comunitarias que generan cambios positivos y las que enquistan procesos de liberación. «Respecto a Galiza, tenemos que acabar con nuestros procesos permanentes de división interna, esto parece *La vida de Brian*, con esas élites heterotestosterónicas que no se van nunca. Nosotras tenemos claro que el soberanismo galego será feminista o no será. Queremos ser matria más que patria».

Laura planea en un futuro cercano marcharse a Uruguay, país al que ha viajado varias veces y con el que se siente muy implicada. «Entre Galiza y Uruguay hay facilidad porque tenemos orígenes comunes, desde principios del siglo xx la mitad de la población uruguaya es de procedencia galega. Allá las luchas están en un momento en que se han aglutinado para formar un frente amplio y me apetece mucho vivir eso. Quiero irme un tiempo, no indefinidamente».

«Necesitamos más Lauras Bugalhos» es una de las frases repetidas en las campañas de apoyo a su causa judicial. Sin duda, poca gente genera tantas alianzas entre

oprimidas y es a la vez tan incansable como ella. «Para mí los vasos comunicantes de Torricelli no se refieren a líquidos, sino a los grupos sociales oprimidos que se comunican entre sí desde abajo». La integración de las luchas sociales que para otras es un anhelo, algo que se desea pero se teme, algo que cuando se intenta a menudo acaba centrifugando y atomizando aún más las fuerzas, para Laura Bugalho es una práctica política materializada desde hace décadas. Aúna la oposición al machismo, al hetero destino, al binarismo de género y a la transfobia, al racismo y al colonialismo, a la explotación de la gente y de la naturaleza, a la violencia estructural, económica y policial, al conformismo y a la desesperanza. Trasmite una seguridad sin atisbo de prepotencia, por algo lleva protegiendo tenazmente a los grupos sociales más vulnerabilizados durante tantos años. Contagia posibilidad, una posibilidad factible, encarnada, inmediata, nada ingenua. Y demuestra que se puede luchar por todo a la vez, sin prioridades y sin renuncias. Que sí se puede.

AGRADECIMIENTOS

A mi ama, Maribel Ziga.

A mi eterna, hermosa, sabia, sonriente, díscola, mamaracha, inapropiada, vencida pero triunfante, insumergible ama. I'm leaving TOMORROW...

A María Perkances (por continuar desplegando nuestras posibilidades bajo la higuera y vengar dichosas a las que solo pudieron elegir un fruto).

A Mikel Soto (por esa risa endemoniada, reveladora, dulce y siempre cómplice).

A Eukene Hernández Arrieta (por llevarme volando por las carreteras del infierno... Graxianarengana).

A Xabi Pérez Aldunate (por esa lúcida pasión para mejorar este mundo que nos contagias cada vez que vislumbramos tu estampa de Doríforo de la Txantrea).

A Elena-Urko (por hacerme ver que todas mis malditas han sido gloriosa carne de calabozo y por llevarme de piknik a la Barceloneta para ser espabilada por una ola).

A Yan Quimera, Ce Puglia, Aitzole Araneta, Diana Por-noterrorista, Miriam Solá, Bárbara Muriel, Marina en Conflicto, Laura Santone, Sayak Valencia, Klau Kinki, Diana Aller, Mariana Echeverri, Miss Sasa, Julia Munarritz, Ali Al-Qamar, Breanne Fahs y Teresa Moure (por acercarme a estas ocho gloriosas y a veces escurridizas malditas).

A todas las Bibliotecas de Mujeres que me han refugiado y nutrido a lo largo de los siglos, que albergan los tesoros del feminismo y a menudo sobreviven tan amenazadas. Sobre todo a Silvia Fernández Viguera, que siempre anda por la Nabarrería con tomos para mí en el bolso. Y a Maite Albiz, otra rubia fascinante que solía decirme los viernes por la tarde a la hora del cierre en Bilbao, «no te lleves tantos libros a casa para el fin de semana, ¡vete a beber por ahí!». Al final, preciosa, te hice caso.

A las Vaginoplastia de mi arrrma (por acogerme, hidratarme y engalanarme en la Mansión Travesti).

A Iván el Santo y Andrea Massimo (por cultivar ese vergel frente a la montaña mágica de la Verga Negra en el que refugiarnos cuando lleguen los zombies sin purpurina).

A mi hermanita Ainhoa Ziga (por reconstruir juntas esta cotidianidad agujereada que regenera la vida).

A todas y cada una de las inmundas malditas que pobláis este mundo y que lo volvéis para mí inmensamente más divertido y habitable, como diría Hannibal Lecter.

CONTRA-AGRADECIMIENTOS

Como brama la inmensa Manuela Trasobares...

NO CREO EN LAS VÍCTIMAS, LAS VÍCTIMAS SON LA PARODIA
DE LA SOCIEDAD.

Si hace falta acabaré tatuándomelo. Pero esto yo, lo
aprendo.

ÍNDICE

YO NO SOY HIJA DE BETTY FRIEDAN	9
VALERIE SOLANAS	15
SOJOURNER TRUTH	31
SYLVIA RIVERA	49
LOUISE MICHEL	67
ANNIE SPRINKLE	87
OLYMPE DE GOUGES	105
KATHLEEN HANNA	127
LAURA BUGALHO	145

Esta tercera edición del libro,
MALDITAS
UNA ESTIRPE TRANSFEMINISTA
se terminó de diseñar, componer y maquetar en Bilbao,
en el taller gráfico de MONTI DISEINU GRAFIKOA,
los primeros días del otoño de 2016
utilizándose para ello la familia tipográfica Celeste
creada digitalmente por Chris Burke en 1990.



Aurkeztu dizugun liburuaren eduki, itxura edo inprimaketari buruzko iritzia guri helarazi nahi izanez gero, bidaliezaguzu. Zinez eskertuko dizugu.

La Editorial le quedará muy reconocida si usted le comunica su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como sobre su presentación e impresión. Le agradecemos también cualquier otra sugerencia.

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado de correos 78
31300 TAFALLA
Nafarroa
Tfno.: 948 70 39 34
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.eus





Este es un libro de gestas escrito para negar esa historia única del feminismo en la que las mujeres más oprimidas tienen un papel secundario y pasivo, a remolque casi de las más privilegiadas. Mujeres negras, anarquistas, transexuales, bolleras y pobres de todos los tiempos consagraron su vida a una lucha feminista radical que no solo combatiera la opresión de género, sino todas las opresiones que atravesaron sus vidas.

Valerie Solanas, Sojourner Truth, Sylvia Rivera, Louise Michel, Annie Sprinkle, Olympe de Gouges, Kathleen Hanna y Laura Bugalho pertenecen a una estirpe bastarda, dispersa y guerrera que Itziar Ziga ha querido agrupar, analizar y conjurar para reproducir una genealogía política y emocional que empodere a las actuales guerreras y malditas.



ISBN 978-84-15313-93-9